R. 203802

CASA SOLARIEGA

Novela de costumbres latino americanas

POR

ARMANDO CHIRVECHES

BIBLIOTECA NACIONAL

UNIVERSITARIA
Arcé Hnos.
LA PAZ

LA PAZ—BOLIVIA

Talleres Gráficos "MARINONI"—Ayacucho 80

© Biblioteca Nacional de España

PARTE PRIMERA

I

Entre los emigrantes que el acaso lleva a Bolívia, llegó a Sucre Juan Luque, andaluz, hijo de un hidalguillo de provincia.

Sus padres poseían en los alrededores de Sevilla un pedazo de tierra que rendía para que ellos no se murieran de hambre. Sus hermanos se habían dispersado: dos estaban en Africa, uno en el norte del Brasil y otro en Madrid. Sus hermanas esperaban con resignación cristiana un novio que no se presentaba.

Juan Luque, gallardo, listo, medianamente instruido, con una moral muy ancha, alegre concepción de la vida y amor a la existencia regalona y al ocio, hallábase resuelto a sacar partido de sus cualidades naturales y adquiridas y de sus veinte años vigorosos.

Su sueño dorado al cumplir los cuatro lustros fué conocer París. Consiguiólo. Traspuso los Pirineos y entró en la gran capital del placer, con algu-

© Biblioteca Nacional de España

nos centenares de francos penosamente ahorrados, con muchas ilusiones y voluntad de triunfar.

Corrió aventuras: fué mozo de hotel, cómico, danzó en los café—conciertos jotas y boleros con bailarinas españolas, prosperó, aficionóse al juego, ganó dinero, fué *croupier*, tuvo buenas queridas, bailó el tango en *cabarets* elegantes, deslumbrando rastacueros con su figura distinguida y sus movimientos estudiados.

Una linda prostituta de diez y ocho años enamoróse apasionadamente de él. La explotó. Odette, no obstante su belleza, ganaba poco. Luque, sabedor de que en América se compra cara la mujer, partió con su manceba para Buenos Aires, cierto de hacer fortuna con la rubia mercancía que llevaba. Instalóla en la calle Sarandí y ella comenzó a ganar dinero para los dos. Elegante, decidor, mujeriego, siguió en la capital argentina su vida disipada. Odette ganaba para que él bebiese champagne, perdiese a la ruleta gruesas sumas y comprase otras mujeres. Cuando aquella protestaba celosa y llorando, recibía como respuesta palabrotas y golpes. Soportabálos resignada, como todas las esclavas blancas, enteramente sujeta al dominio despótico del macho que amaba, continuando ese y los días siguientes a caza de hombres, para sostener el lujo y satisfacer las exigencias de su querido.

La Prefectura de policía en Buenos Aires, resolvió castigar el caftismo con la pena del látigo y en vista de la ejecución enérgica y rigurosa de esa medida, comenzó la desbandada de explotadores de mujeres, que huían de aquella pena.

Juan Luque, sospechoso, fué formalmente de-

© Biblioteca Nacional de España

nunciado, después de una reyerta, por un camarada de juego, al que ganara algunos centenares de pesos argentinos.

Odette, llamada a un puesto de policía e interrogada, negó insistentemente que Luque la explotara. Empero, las declaraciones de otros testigos comprometían a aquél y aun cuando no se apurase la verdad, en razón de que el presunto rufián no se le conocían medios de vida ni profesión alguna, resolvióse que fuera expulsado y se le embarcó para Europa.

Luque, antes de partir, obligó a Odette a pagarle el pasaje y a poner en su cartera algunos billetes ingleses, después de lo cual la maltrató brutalmente.

Apesar de eso, ella estuvo a despedirlo en el muelle, llevando aun en el rostro las señales de los golpes que recibiera y al desprenderse el barco de la costa, envióle con el pañuelo prolongado adiós.

Luque desembarcó en Vigo y se internó en España. En Sevilla recibió una letra de cambio que con una carta cariñosa le enviaba Odette. Después nada. No volvió a saber de la francesa.

Gastóse con camaradas gran parte de lo que le quedaba de las generosidades de Odette. Sedujo a una muchacha, a la que quiso obligar a huir con él al Brasil, para explotarla. Ella resistióse al viaje. Luque la abandonó.

Se fué a Madrid. Allí encontró un condiscípulo que acababa de llegar de América con dinero. Abrazáronse cordialmente, evocaron recuerdos, contáronse aventuras.

El amigo le refirió su viaje a Bolivia.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Bolivia?—interrogó Luque—¿donde queda ese país?

—Bolivia,—respondió su interlocutor, sonriendo de la ignorancia de Luque,—está entre el Perú, Chile, la Argentina, el Brasil, y el Paraguay. Es dos veces y media más grande que España y tiene algunas ciudades de relativa importancia. Extraordinario que tú, siendo español y habiendo estado en Buenos Aires, no sepas donde está Bolivia, que fué una de nuestras colonias más importantes.

—Mi palabra. Había olvidado la existencia de esa República.

—El antiguo Alto Perú, actual Bolivia,—continuó el amigo,—tiene las más ricas minas del continente americano. En los contrafuertes de la cordillera de los Andes, que atraviesa el país de extremo a extremo y de norte a sur, abundan estaño, cobre, wolfram, bismuto y oro. Potosí está allá produciendo aún raudales de plata, no obstante lo mucho que dió a la corona de Castilla y a los mineros del pasado siglo. Ya sabes que el nombre de Potosí simboliza riqueza.

Pues, esa es la tierra de promisión para hombres de empresa.

Las fortunas se improvisan allá. Conozco mucho español que en poco tiempo ha realizado un centenar de miles de pesetas y no creas que gente avisada, no, gallegos estúpidos e ignorantes. Eso si, hombres de trabajo.

Para un buen mozo como tú,—continuó el amigo,—lo mejor allí es catar una capellanía. ¿A qué no aciertas lo que se llama una capellanía?

—De fijo, que no.

© Biblioteca Nacional de España

—Pues, una capellanía es una rica heredera.

En La Paz, en Sucre, en Cochabamba, en Potosí las hay. A los españoles nos tienen en buena cuenta. Con la labia que tú tienes y con tu buena figura no sería difícil que lo consigas. Es cuestión de proponerse.

Aquí donde me ves, tengo ahorradas ciento cincuenta mil pesetas que gané tomando en arriendo un pequeño mineral de estaño cerca de Oruro. Buenos Aires y Río Janeiro, ya no ofrecen campo a fortunas rápidas. Son grandes ciudades y en ellas todo está hecho. Bolivia es tierra virgen. Véte a Bolivia.

Con tales noticias, Bolivia se hizo una obsesión para Luque. El exuberante paisaje del Brasil se le antojó monótono; la pampa argentina, que escudriñara desde las borrosas aguas del Plata, triste y desolada. Bolivia, montañosa, llena de lagos, nueva Suiza, le sonreía como un paraíso.

No conocía a nadie por aquellos mundos y no necesitaba la recomendación de un padrino para comenzar. ¿De quién echar mano? Algunos días anduvo sin resolver el problema. Consultó a su amigo y éste le dió una idea luminosa. —¿Por qué no acudes a algún fraile?—le dijo—La América latina está infestada de frailes, desde los golfos de California y de México hasta el cabo de Hornos. Obtén cartas de recomendación para algún convento de Bolivia.

Luque buscó. Dijéronle que entre los frailes recoletos de Granada se hallaba uno apellidado González que había estado en Indias, en el Perú. Consiguió ser recibido por éste, guardián de la casa, que sin dificultad le dió recomendaciones para los supe-

© Biblioteca Nacional de España

riores del convento de recoletos y del colegio de jesuitas de Sucre, sus conocidos.

Fray González había estado mucho tiempo en Bolivia, en sus principales ciudades. Había sido misionero y como tal catequizado centenares de infieles en la región de Caupolicán, al norte de La Paz y en las misiones de Chiriguanos, desde Abapó hasta Yacuiba y desde Monteagudo hasta Carandaití. Conocía la provincia del Acero en el departamento de Chuquisaca y el Chaco boliviano, circunscrito por los ríos Paraguay y Pilcomayo, inmenso país deshabitado y de un futuro grandioso. Era autor de una gramática chiriguana y de algunos estudios de filología comparada. Poseía el *guaraní*, el aimará y el chiriguano.

El buen fraile animólo a ir a Bolivia.—Encuéntranse en la región andina de ese país,—le dijo,—estaño, plata, metales preciosos; en los bosques del oriente crecen el cacao, el algodón silvestre, el marfil vegetal, el árbol del oro o goma elástica y en los ríos que corren en las llanuras de Moxos, florece la incomparable «Victoria Regia», soberana de las flores.

Aconsejóle preferir la región de las minas, que aunque fría es saludable, habitada y con centros de población de importancia. La vida en sus ciudades es fácil.

—La zona de los bosques y de los llanos,—prosiguió el fraile—cálida, plagada de fiebres palúdicas, de enfermedades desconocidas por la patología moderna, me parece, por ahora, poco apropiada para la vida. En ella, la naturaleza y el hombre son hostiles. Ni puede ser de otra manera, si allí sólo exis-

© Biblioteca Nacional de España

ten selvas cerradas, obstruidas por innumerables parásitas y plantas trepadoras; llanos calientes, calcinados por un sol de fuego y bañados infectos, semilleros de gérmenes mórbidos y de insectos dañinos; si su variadísima fauna, abarca desde el gran felino, hasta el maligno anófeles que envenena la sangre de los moradores de esa región con el virus del paludismo. El salvaje, a su vez, es natural enemigo del ente civilizado que invade sus fiorestas o descubre sus tolderías y desde sus espesas matas envía alevosamente la flecha que ha de hincarse en las carnes de su víctima. Yo conozco mucho a esos señores,—afirmó fray González.—He tratado personalmente a los guarayos, tapietes, chorotis, matacos, tobas, chiriguanos y a los bárbaros que en el norte de Bolivia denominan lecos. Nombres pintorescos ¿verdad? Tengo recuerdos de ellos que se conservan en un pequeño museo de la casa.—¿Quiere Ud. que se los enseñe?—y al decir esto, fray González interrumpió su plática para conducir a Luque a una sala contigua a la biblioteca del convento, que hacía las veces de museo. Enseñóle allí una colección de objetos exóticos: collares de colmillos de cerdo montés y de tigre, tejidos de colores vivos, encajes de relativa finura, huesos, cintas, hachas de piedra, porongos, dijes toscamente labrados, tembetas, cuernos sonoros, sombreros de plumas, arcos de chonta y flechas de diversas formas, desde la adornada con plumas multicolores hasta el arma dentada que usan los bárbaros en sus combates.

—He ahí la colección de objetos que traje de esa hermosa parte de Bolivia, que por ahora sólo es buena para la conquista por la fe, para la obra del

© Biblioteca Nacional de España

Evangelio. Pasarán muchos años, hasta que allí llegue la civilización.

Cuando terminó de decir esto, fray González, quedó un momento pensativo y silencioso, como si recordara con cariño las reducciones de infieles, en que había pasado una parte de su vida.

En otro estante mostró a Luque minerales. El aventurero vió allí piritas brillantes de varios colores, plata nativa, pepitas de oro, trozos de blenda estriados de estaño; metales que sobre una costra pétrea yacían afectando forma geométrica y tenían apariencia cristalina; blocs, cuyo color ceniciento, apenas si revelaba la subida proporción de metal que contenían.

De un grande armario extrajo fray González pieles y tejidos y desplegó ante su visitante finísimas pieles de chinchilla, lustrosas como el raso y suaves cual el terciopelo; pieles de vicuña, de un amarillo dorado y de pacovicuña, más finas aún, color paja o cenicientas; cueros de alpaca, de opulentas lanas sedosas.

Luque vió frazadas gruesas de colores vivos, tejidas con lana de llama y de oveja, a mano o en primitivos telares, por los indios aimaráes; mantas, cuyos dibujos y matices producían agradable impresión a la vista; ponchos finos y fuertes, que desafiaban impunemente la injuria de los años; *aguayos* primorosos, de labores simples y de policromias raras.

En la sección de alfareria examinó, atento, antiguos vasos de Tiahuanaco, de un barro amarillento pálido con dibujos simples, combinaciones de líneas rectas y de ángulos; garrafas extrañas que eran al mismo tiempo aptas para guardar líquidos y que

© Biblioteca Nacional de España

servían de instrumento músico, afectando formas animales.

Junto a figuras de piedra, que imitaban vasijas y cuerpos mounstruosos de insectos, miró Luque estatuetas de oro; llamas de una pulgada de altura, fabricadas con láminas delgadas del precioso metal; idolillos macizos de perfil egipcio, con el vientre desnudo y el miembro viril enorme; cintas de oro de un centímetro de ancho. Eran preciosidades halladas en las islas del Sol y de la Luna del lago Titicaca y en el templo de las vestales en la península de Copacabana. Valiosas reliquias del opulento imperio del Tahuantinsuyo o de los Incas.

—Las curiosidades que acabo de enseñarle,—dijo fray González, al cerrar el último armario,—pertenecen, con excepción de las pieles y las muestras de minerales, al pasado. Eso le probará a usted que la prehistoria del país que va a visitar es tan interesante como su porvenir. Están sin desvendarse aún los secretos de las razas misteriosas que edificaron Tiahuanaco y del mismo imperio de los Incas conocemos muy poco.

En la región minera de Bolivia se explota una pequeñísima parte de los yacimientos metalíferos. Entre tanto, la riqueza allí es fabulosa. No es una exageración el dicho aquel de que el altiplano boliviano es una mesa de plata con los pies de oro. Su porvenir está en esa región, en el occidente.

En aquel momento un hermano lego anunció a fray González un nuevo visitante. Luque, al que la elocuencia del recoleto había fatigado un poco, se despidió. El buen fraile dió unas cuantas palmadas

© Biblioteca Nacional de España

a su protegido en un hombro a guisa de despedida, y le deseó feliz viaje, anunciándole que en breve iba a enviarle las cartas de recomendación que le prometiera.

El aventurero poseía aún unas mil pesetas, con las que esperaba conquistar aquella tierra de promisión. Provisto de las cartas de fray González, sólo le restaba despedirse de los suyos y prepararse para partir.

Pocos días después se embarcaba en Vigo, a bordo del «Diana» de la P. S. N. C. Su escaso capital le permitió apenas tomar pasaje de tercera clase.

Vióse en la proa del navío entre pobres diablos que seguían el trillado camino de América, en pos de la fortuna. El hacinamiento de gente era repugnante allí. Por la suciedad de esa chusma de diferentes nacionalidades, bien podía sacarse la consecuencia de que el bajo pueblo en todos los países es igualmente enemigo del aseo. La mayor parte comía bajo el cielo raso, sobre cubierta y con avidez grosera. Habían sirios, gitanos, italianos, austriacos, rusos, portugueses y españoles. Formaban parte de esa marejada de seres humanos que todos los años arriba a las playas del Nuevo Continente. Limo viviente de la civilización occidental, que va a fecundar las tierras jóvenes y a regenerarse.

Las mujeres, más gritonas que los hombres, chillaban en varias lenguas, preparando la comida, zurrando a sus hijos o mirando el mar azul plomizo que golpeaba el buque y se deshacía en vórtices de espuma. Excepción hecha de una sola, llavaban pañuelos de color en la cabeza. Entre los raídos sombreros y entre las gorras de apache de los

© Biblioteca Nacional de España

hombres, destacábanse un rojo fez turco y un turbante de astracán.

Algunas veces la alagarabía de esa gente se apagaba, cuando los acordes de la concertina que tocaba un portugués irrumpían suaves, con la dulzura melosa y melancólica de un *fado* o cuando un *cantaor* español rasgueaba la guitarra y cantaba *cantes jondos* con voz trémula, exhalando largos ayes y haciendo gorgoritos.

Las serenas noches de luna, que apagaban los rumores del mar y adormecían las olas, en su grande ensueño de azul y plata, tornaban a aquellos rústicos, tristes y silenciosos. Bajo el beso dulce y callado de la noctámbula Selene, los emigrantes recordaban la patria cada instante más lejana y los chiquillos dormían mecidos en el regazo de sus madres.

Luque, mejor vestido que sus compañeros, cuyo desaliño le inspiraba repugnancia, elevaba la vista hacia el puente de primera (en el paquete no había segunda clase) y contemplaba las figuras graciosas y gentiles de las pasajeras jóvenes, cuyas faldas blancas o azules, agitaba la brisa y cuyos ojos escudriñaban el horizonte marino, al través del anteojo, al mismo tiempo que escuchaban con fruición las palabras dulces que vertían en sus oídos muchachos elegantes, lampiños, de cabellos cuidadosamente peinados, que hablaban mirándolas con sonrisa irónica en los labios. A veces, organizaban allí cerca, sobre el blanco puente esmeradamente limpio, partidas de palitroque y de pin pon. Era un desfile gracioso de parejas que sentían la voluptuosidad del vaivén del barco, meciéndose a modo de gigantesca hamaca sobre el océano azul, salpicado de movibles puntos blancos.

© Biblioteca Nacional de España

Atrajo particularmente su atención la figura de una jóven rubia, alta, esbelta, que acompañaban individuos de ojos azules y de anchos hombros. Un grupo de ingleses viajeros.

No sin cierta pena, el andaluz, que sentía que ese mundo de la primera clase era el suyo, contemplaba la linda muchacha, que en otras circunstancias más felices hubiera podido cortejar.

Ya había llamado su atención sobre la pasajera, uno de sus compañeros de viaje, el único ente tratable que había encontrado en tercera. Era madrileño y había sido profesor de gramática castellana y literatura en una pequeña ciudad de provincia. Cesante en su cargo, cansado de ganar una miseria y de las persecuciones que sufría por sus ideas ferozmente liberales, mejor dicho, francamente socialistas, embarcóse para América.

Aquel ser original, jóven, de unos treinta años, melenudo, con la barba crecida, mal vestido, habíale dicho señalando a la blonda inglesita:—He ahí un ser privilegiado. La naturaleza es tan injusta como los hombres en la distribución que a ciegas hace de cualidades y de defectos.

Sebastían Ramírez era poeta y se daba por feliz de tener un compañero de viaje como Luque, que escuchaba pacientemente sus críticas literarias, sus disertaciones filosóficas y sus programas socialistas, sin contradecirlo, divertido con la palabra fogosa del rebelde y con sus ideas temerarias.

Luque recordaba vagamente nombres de guerra que aquel fanático de la libertad, arrojaba para abrumar, como si esos nombres, por sí solos, constituyeran símbolos de combate o anatemas de la rei-

© Biblioteca Nacional de España

vindicación socialista: Prudhom, Faure, Grave, Max Stirner.

En Río Janeiro el «Diana», que no atracaba al muelle, detúvose a distancia y echó el ancla. Entonces Ramírez y Luque vieron dos grandes lanchas que se llenaban de emigrantes, bajo el sol tropical; pálidos, febriles de emoción algunos; indiferentes otros, ante la incógnita del futuro que guardaba para ellos esa tierra caliente, exuberante, hermosa, prometedora, que quizá llegase a convertirse en su nueva patria.

Las lanchas exhalaron un chillido agudo, repetido por los ecos de la bahía de Guanabara y partieron rápidas y alegres, entre las exclamaciones de los hombres, las risas de las mujeres y el llanto de las criaturas, dejando ancha estela. Entonces, Ramírez, ante esa visión que le parecía simbólica, sintióse inspirado y desde el sitio en que se hallaba, con teatral entonación, extendiendo el brazo hacia el océano y mirando a Luque, declamó una poesía suya:

«Los emigrantes»

A dónde va esa inmensa marea de emigrantes
a los que el suelo patrio niega el honrado pan;
los seduce el miraje de las playas distantes,
caminan al acaso, hacia el misterio van.

Libertos del pasado, vencidos de la vida,
se alejan del terruño, olvidan el hogar
y marchan a el «Dorado», la tierra prometida,
sobre el camino inmenso del proceloso mar

© Biblioteca Nacional de España

Abrumados se alejan del país de su cuna,
de la patria querida que hizo su corazón,
en tanto que allí al frente, la sirena fortuna
con su voz de oro canta cristalina canción.

Y a lo desconocido, como los israelitas,
marchaban a las tierras feraces de Canaan,
los emigrantes marchan en levas infinitas,
sufridos y animosos a conquistar el pan.

Ramírez se destinaba al Perú. La Argentina y el Brasil eran, según él, tierra conquistada. En ambas naciones el socialismo ha hecho escuela y florece. El iba a incorporar nuevas tierras y nuevos adeptos a los vastos dominios y a los innumerables militantes del partido internacional a que pertenecía.

En la capital argentina, cuya policía poseía la ficha dactiloscópica de Luque, no permitieron que éste descendiese a tierra. Los rufianes no tenían entrada en el territorio de esa República.

Al saberlo, Ramírez dijo a su compañero de viaje:—Lo destierran porque sabe usted hacerse amar por las mujeres y subyugarlas. A mí me persiguen porque convenzo a los ilusos de que son vilmente robados y explotados por las clases ricas, por los detentadores del capital.

Partieron para el sur. A medida que avanzaban la temperatura refrescaba. La costa a la vista, por momentos, aparecía como una franja de color uniforme o tomaba aspectos caprichosos de espejismo, entre jirones de niebla o bajos cirrus color fuego, en los crepúsculos.

Los días tornábanse más cortos. En Bahía Blanca el sol se puso a las cinco de la tarde y cuan-

© Biblioteca Nacional de España

do llegaron a divisar los peñones desnudos del cabo de las Vírgenes, a la entrada del estrecho de Magallanes, los días eran de ocho horas y el astro rey se ponía a las cuatro, en ocasos nebulosos y pálidos.

Los pasajeros sentían sus miembros ateridos por el frío intenso; el aire azotaba el rostro, quemábalo, parecía cortarlo con cuchillas de hielo.

Los puentes de primera clase en que, al pasar los trópicos, se movían figuras blancas, ahora sólo ofrecían a la vista colores oscuros de pieles de nutria, de marta, de zorro azul; caritas de muñeca, amoratadas de frío, cubiertas por gorros de pieles; gabanes peludos; lentes ahumados que protegían a sus dueños contra el viento helado y contra el mal que hacía el blanco de plomo, dominante en el paisaje.

Ramírez y Luque se mantenían el tiempo posible sobre cubierta, admirando el espectáculo. En medio de los fuertes tumbos del vapor, distinguíanse los negros arrecifes cubiertos de nieve. Olas enormes se estrellaban contra el «Diana». Una llegó a envolver la chimenea con golpe de agua y espuma, dejando una mancha amarillenta de sal sobre su superficie prieta.

Costearon el cabo Pilar y por delante de él, en la ruta que seguían, la costa del Pacífico comenzó a desplegar sus panoramas, sus verdes campiñas del Sud y más tarde, sus tierras blanquesinas, salitrosas; sus playas de arena muertas de sed, sus peñones oscuros, en que el musgo imitaba cabelleras rojizas y que en las olas colgaban collares de espuma. Se sucedieron el golfo de Penas, Aucud, Puerto Montt, Valdivia, Lebú, Valparaiso, pintorescamente encaramado sobre el anfiteatro de cerros que

© Biblioteca Nacional de España

forman la bahía de su nombre y pasado ese hermoso puerto, continuaron arribando a poblaciones de poca importancia: Coquimbo, Caldera, Taltal.

Un hombre del equipaje anunció Antofagasta, señalando casi imperceptible faja en el horizonte.

Estaba terminada la travesía marítima.

Trascurrió una hora hasta que se pudieran distinguir con claridad las extensas filas de casas que se recostaban sobre colinas escuetas, cenicientas, en cuya superficie distinguíanse grandes letreros, *reclames* mercantiles, que afortunadamente, no prostituían un paisaje bello.

El mar estaba bastante movido. Delante del puerto cabeceaban centenares de embarcaciones.

Un botero, llevando la placa metálica en el pecho, se ofreció a Luque, con aire imperioso:

—Venga a mi bote, patroncito.

Había llegado la hora de partir. Luque apretó fuertemente la mano de Ramírez que seguía hasta el Callao y que cuando lo vió en un bote, que a merced de las olas resultaba una cáscara de nuez, se puso a recitar a voz en cuello, batiendo el sombrero con una mano.

¿A dónde va esa inmensa marea de emigrantes
a los que el suelo patrio niega el honrado pan?

.....

El viento llevó aún a los oídos de Luque frases dislocadas, palabras sueltas de los versos que Ramírez continuaba declamando furiosamente en la proa del «Diana». Diez minutos más tarde saltaba en tierra.

Al partir de Antofagasta, en el tren nocturno, en primera, Luque estaba transfigurado. El pasajero de tercera clase había desaparecido.

© Biblioteca Nacional de España

La ropa usada durante la travesía yacía guardada en un saco de viaje. El andaluz llevabà ahora traje bien cortado, sombrerillo de fieltro a la moda, elegante abrigo gris al brazo; prendas de vestir que le quedaban de sus opulencias porteñas.

Con rapidez se sucedieron entonces a sus ojos el pueblo de Calama, sonriente entre su pequeña campiña, desnudos cerros, hondos precipicios, ingenios de bórax, salares que semejaban sábanas de hielo, montañas nevadas.

En las alturas de Ascotán sintió un poco de mal de puna; al pasar el río Loa lo entristeció la desolación del paisaje.

Entraron en territorio de la soberanía de Bolivia. Cuando se lo dijeron, alegróse.

Se detuvieron en Uyuni, pueblo grande, de calles anchas y escuetas, en que parece que sólo circulara el viento.

En Río Mulatos tomó el tren que partía para Potosí, cuya fama lo atraía casi tanto como Sucre, el país de las ricas herederas. Algunas horas de ferrocarril le brindaron ocasión de salvar una de las más altas cordilleras del mundo, sintiendo vagamente el mal de puna, ese malestar que los indios aimaráes llaman *sorojchi* y la depresión de ánimo que produce la desolación del paisaje en las gargantas sombrías de la cordillera de los frailes.

La ciudad fría y antigua, construida a cuatro mil metros de altura, al pie del histórico y bello cerro de su nombre, casi cónico, policromo, con variados visos metálicos, hallóla triste, evocadora de un

© Biblioteca Nacional de España

pasado suntuoso; más bien viviendo de recuerdos que del presente, en la solitaria tortuosidad de sus callejas, en la opulencia de piedra de sus caserones vetustos, en la severidad sombría de sus edificios coloniales. Hirieron su retina, como nota pintoresca, indígenas de extraños vestidos, indias que ostentaban en la cabeza altas monteras, *cholas* que llevaban con garbo amplias polleras de vivos colores y chales de seda y damas que ocultaban tentadoramente la opulencia de las formas bajo negros mantones de espumilla y se dirigían con tardo paso a la Iglesia cercana. Encontró justificado el nombre de segunda Toledo con que se designaba a esa población de calles tortuosas y estrechas, en que tañían largamente las campanas.

En el país reinaba la fiebre del estaño. Palpábase la riqueza. Pero Luque no aspiraba a hacerse millonario en una mina, por lo que cierta mañana partió para Sucre en un enorme *autoómnibus*, que marchaba a razón de veinticinco kilómetros por hora, levantando una nube de polvo y alborotando las tropas de llamas que cruzaban el yermo altiplano lentamente.

Llegó al atardecer a las proximidades de la capital de Bolivia, extendida como una villa de juguete, blanca y risueña, poblada de álamos y naranjos, sobre un extenso plano circunscrito en anfiteatro por oteros. Los tejados rabiosamente rojos de Sucre se destacaban entre estrías blancas de cal. La rotonda histórica enseñaba a lo lejos, con orgullo, sus líneas helénicas, bajo el cielo de amatista que limitaban el Churuquella y el Sicasica. El autoómni-

© Biblioteca Nacional de España

bus entró de noche en la antigua sede de la Audiencia de Charcas. Manuel Luque sintióse emocionado de llegar al término de su viaje y de encontrarse al fin en la noble ciudad de las siete colinas y de las ricas herederas.

© Biblioteca Nacional de España

II

Una vez en Sucre, huésped en un hotel barato, Luque pidió noticias sobre el colegio de jesuitas y sobre el convento de recoletos. Dióselas un compatriota suyo y con las señas recibidas, encaminóse a ambas instituciones.

En el convento de recoletos dijéronle que el superior se había cambiado. Su carta de recomendación para un ausente era inútil.

En el colegio de jesuitas, el hermano que le abriera la puerta de entrada invitólo a tomar asiento en la sala de recibo y a esperar un momento. Antes de dejarlo, inquirió curioso:

—¿Es usted andaluz, verdad?

—De Sevilla,—repuso Luque.

—Ya lo había conocido,—afirmó el hermano.—Los andaluces sois inconfundibles. Voy a ver si el padre superior puede recibirlo.

No tardó en volver el hermano y en conducir al andaluz al través de un grande patio cuadrado por

© Biblioteca Nacional de España

dos hileras de columnas de piedra, interrumpidas por el arco que cobijaba la escalera. Sobre este Luque leyó la divisa:

Ad majorem Dei gloriam

El padre Sierra, superior del colegio, recibió a su compatriota en una celda modesta en apariencia, pero que en realidad tenía dos buenos sillones forrados con cuero de Córdova y un lindo estante del siglo XVIII.

Sobre la mesa escritorio, un crucifijo de marfil abría sus finos brazos.

—Tenga la bondad de sentarse,—dijo el padre Sierra, señalando a Luque uno de los sillones, al mismo tiempo que se quitaba el *pince-nez* y que se limpiaba los ojos con un grande pañuelo gris. Púsose de nuevo los lentes, leyó la carta del guardián de la recoleta de Granada y comenzó a explorar el pasado, el presente y el futuro del mozo que tenía delante, con esa sutileza y perspicacia que le habían dado los años y el conocimiento de los hombres.

El padre Sierra, era joven aún: unos cuarenta años, de regular estatura, de rostro lampiño e inteligente, animado por un par de lentes que montaban con seguridad la nariz aguileña, fina, nerviosa, de su propietario.

Tenía voz sonora de jefe de batallón. Había sido capitán de caballería y estaba orgulloso de ello. Lo decía a todo el mundo.—Mire Ud., yo fuí capitán de dragones y estuve en Africa. Si señor, he tenido

© Biblioteca Nacional de España

la dicha de pelear con infieles por amor de Dios y de mi patria.

Sin embargo de la sencillez de sus hábitos notábase en él cierta distinción innata. Era un gran fascinador de mujeres. Gozaba de mucho prestigio en el seno de las congregaciones, cuyas asociadas le confiaban sus intimidades galantes, sus secretos de alcoba, al través de las rejillas del confesionario.

Cuando subía al rico púlpito de cedro, que engalanaba el templo de la Compañía, vistiendo sobrepelliz blanca festoneada de encajes, como un peinador de mujer, un murmullo de regocijo agitaba la asistencia femenina.

Sus sermones eran verdaderos discursos, conferencias interesantes que salían del patrón común de las piezas oratorias de esta clase. Tenían cierto parentesco con los del padre Van Trich de la misma compañía. Había en ellos dulce optimismo, promesas de fácil perdón para el pecado mundano, suave filosofía de la vida que, bajo su ropaje cristiano, parecía encerrar concepción epicúrea de la misma. Después de exponer una tesis moral, la reforzaba con una anécdota muy bien contada, en la que siempre eran protagonistas damas aristocráticas, ricas y piadosas; mozos que como hijos pródigos volvían al hogar, después de haber agotado el catálogo de los vicios; padres de familia, ingenuos y creyentes; doncellas que frecuentaban los templos y flirtaban discretamente. Era el suyo un mundo convencional de seres sin complicaciones psicológicas de mal tono.

Los sermones del padre Sierra, mundanos, sonoros, casi musicales, olían al perfume de moda y traían

© Biblioteca Nacional de España

pendientes de los labios del jesuita centenares de señoras y señoritas de varios círculos sociales, que creían en Dios y adoraban en el jesuita.

Hombre culto, conocedor de la vida y sus secretos, sabía herir la fibra sensible de las mujeres, sin despertar las susceptibilidades del egoísmo masculino.

Descubríase en sus sermones un poquillo de paganismo y algo de perversidad moderna. Conocía el lenguaje del buen tono, las palabras que París internacionaliza y que la *haute gomme* de todos los países acoge con fruición y vierte con orgullo. Seguía al márgen del Index la marcha de las literaturas y de la filosofía contemporáneas y con la misma facilidad podía comentar las obras refinadas de Mauricio Maeterlinck como la filosofía sutil de Bgerson.

Hablaba con lentitud, marcando las palabras, con pausas calculadas para producir efecto. Sólo cuando predicaba con vehemencia o con pasión, las frases se sucedían rápidas, fluidas, enérgicas.

El padre Sierra era una potencia social y hasta política. Un anatema del padre Sierra, bastaba para desterrar a un mozo de los salones de la mejor sociedad, un empeño del jesuita era decisivo en los círculos conservadores y su habilidad política había llegado hasta obtener el triunfo del partido conservador en ciertas elecciones para diputado.

El padrino que Luque tenía para conquistar aquel rincón de América no podía ser mejor.

Pronto se dió cuenta el jesuita de que el mozo que tenía delante había corrido mundo y de que era

© Biblioteca Nacional de España

lo suficientemente listo para granjearse una posición en el medio en que iba a moverse, fácil y poco complicado.

—Me alegro,—dijo—de tener un compatriota más en Bolivia y un compatriota nacido de gente hidalga. Los españoles que llegan aquí no son siempre de lo mejorcito. Un mozo como usted puede hacer fortuna.

—¿Y qué piensa hacer?

—De pronto, buscar un empleo que me permita vivir y orientarme, hasta hallar un negocio seguro, en el que gane dinero.

—¿Entiende de números?

—Conozco bastante la contabilidad mercantil.

—¿Habla usted algún idioma, fuera de la lengua materna?

—Sí señor, hablo francés.

El padre Sierra después de meditar un momento dijo a Luque:

—Hay en Sucre un comerciante catalán llamado Gaspar Carbonell que posee un almacén de abarrotes y al que no desagrada tener empleados de la Península, en general más listos que los hijos del país. Si a usted le conviene no será difícil que le consigamos un cargo en la casa comercial de nuestro hombre.

Carbonell es una excelente persona. Tiene la cáscara amarga porque ha sufrido y luchado mucho. Habla poco y difícilmente promete una cosa, pero cuando la promete la cumple. Lleva muchos años de trabajo duro, gracias al cual, ha acumulado una fortuna que no baja de un millón de pesetas.

© Biblioteca Nacional de España

¡Nada! Yo me encargo de hablar a Carbonell y espero comunicarle en breve un resultado favorable. Tenga la bondad de pasar por acá dentro de un par de días.

Una semana después estaba Luque empleado en la casa Carbonell y Cía.

Muy pronto su patrón le cobró cariño. El mozo era vivo. Embaucaba a los compradores con su palabrería. Los artículos de venta adquirían merced a sus elogios cualidades que no tenían. Cuando Luque percibía que el cliente comenzaba a flaquear, acosábalo con razones, con distingos y sutilezas, lo comprometía sin que este supiera cómo, mareábalo y el parroquiano compraba el género ofrecido. En un trimestre, desde que el andaluz estaba en la casa, las ventas aumentaron considerablemente.

Sus buenos servicios valieron a Luque mejoras sucesivas de sueldo, lo que le permitió vestirse en la mejor sastrería de la ciudad y continuar sus hábitos de elegancia.

Empero, habituado a la vida de grandes capitales, el medio en que se desenvolvía parecíale monótono y estrecho. Era la ciudad menos voluptuosa que había conocido en sus peregrinaciones por el mundo. Desde luego, resaltaba en ella la escasez de mujeres de vida fácil. Las que habían pertenecían a a la clase de las mestizas, las *cholas*, que casi todas eran prostitutas. Faltaban en las calles estrechas de la ciudad serrana, los perfiles graciosos y tentadores de las pecadoras, de las flores del vicio, que en las grandes poblaciones europeas y america-

© Biblioteca Nacional de España

nas perfuman las aceras y las alegran con sus siluetas elegantes.

Habían poquísimos centros de diversión. El teatro municipal de la ciudad, se abría sólo por temporadas. Los únicos recursos para matar el aburrimiento eran los cinematógrafos, los *skatings* y los clubs. No había ni un sólo café concierto, ni un *cabaret*. Ni el pasatiempo del juego le quedaba, pues solo se jugaba con decencia en los clubs y él no pertenecía a ninguno.

Los jueves y los domingos asistía a retretas, en que una doble hilera de hombres y mujeres, caminando en sentido contrario, se miraba y saludaba ceremoniosamente, aburrida, mientras un par de bandas del ejército ejecutaban música de operetas. Los domingos en la mañana, a las doce, veía chiquillas bonitas, que salían de la misa de moda, en la catedral, llevando, unas el manto vaporoso y provocativo, típico de ciertas ciudades hispano americanas y otras, un velo o una mantilla de encajes. Iban ellas a la plaza principal a cambiar sonrisas con sus enamorados.

Algunas noches, antes de comer, recorría templos, para buscar pecadoras entre las devotas. Arrodillado en un reclinatorio, próximo al de alguna mujer jóven, decíale cumplidos, que aquella oía volviéndose a veces indignada. Cuando terminaban la novena, el rosario o el sermón, situábase en la puerta de salida y desde allí espiaba la multitud silenciosa de hembras de diversas clases sociales, que abandonaban las mal alumbradas naves de la iglesia y se dispersaban en la calle. Por delante de él pasaban rostros bonitos de muchachas y caras graves de

© Biblioteca Nacional de España

mamás. Alguna de las jóvenes a quien echara flores mirábalo sonriente o aparentando enojo.

He ahí sus diversiones. Luque se moría de hastío. Casi estaba arrepentido de haber buscado aquel rincón de América.

La esposa de Carbonell daba pequeñas recepciones mensuales, en las cuales, como es natural, se encontraba el andaluz, que iba ensanchando el círculo de sus conocimientos. No hallaba empero la rica heredera de que le hablara su amigo de Sevilla. Las muchachas que frecuentaban ese estrado de segundo orden eran pobres o presuntas herederas de pequeñas fortunas. Bailaban bien el vals, la polka, el two step, la cuadrilla francesa y la cuadrilla lanceros; algunas cantaban pasablemente; una de ellas presumía de gran ejecutante y tocaba con afectación música de Ramenti. Varias de esas chicas casaderas coqueteaban con él, que las encontraba provincianas hasta la médula.

Para vencer su aburrimiento, Luque se hizo de una resignación musulmana y de algunos amigos, que gustaban pasear en compañía de un mozo tan alegre, animoso y decidor.

En la ciudad ya se había notado su presencia. Un hombre gallardo y elegante no pasa desapercibido en una población de treinta mil habitantes. Bordáronse al rededor de su persona historias más o menos verosímiles. Decíase que había sido fraile y que colgara los hábitos. Alguien afirmaba que era un noble arruinado, un vizconde pródigo y calavera, que se rehabilitaba en una vida de honradez y trabajo.

© Biblioteca Nacional de España

Muchos lo miraban con desconfianza. ¿Vizconde ese? Ese era un *parvenu*, un arribista.

Entre tanto, Luque triunfaba. Consiguió, lo que parecía difícil, que un amigo influyente, lo presentara al Club del Progreso, como socio pasivo. Aceptado, con cierta resistencia, hízose asíduo concurrente de aquella institución social.

Frecuentó las salas de billar y ocupó repetidas veces un asiento en las mesas de poker o bacará. Buen jugador, ganaba con frecuencia y sus lucros en el juego, doblaban su renta mensual.

Sobre el tapete verde adquirió amistades preciosas para él: diputados, gerentes de empresas industriales, elevados funcionarios públicos.

Adivinaba que iba a vencer, que la rica heredera no tardaría en presentarse y la vida de la ciudad, desde entonces, dejó de ser monótona para Luque.

© Biblioteca Nacional de España

III

Era el «Club Progreso» el mejor centro social de Sucre. Dábanse en él los mejores bailes, los más elegantes *five o'clock teas* y las audiciones musicales preferidas por la gente distingnida; jugábanse también allí las partidas interdepartamentales de ajedrez y se perdían al bacará, a la ruleta y a la pinta, cientos de miles de pesos bolivianos, que daban gruesos rendimientos a la institución.

A las once de la mañana reuníase en el Club, juventud elegante. Habían paseado a caballo y después de dejar las bridas del animal de sangre inglesa, más o menos mestizada, en manos de un lacayo, a las puertas del edificio, se sentaban a una mesa con el camarada que les deparaba el acaso y bebían cocktailes que se pagaban, según lo decidiera una partida de dados. En las tardes frecuentaban la cantina y el billar. El *arbitrum elegantiarum* de la temporada relataba sus aventuras amorosas en la capital francesa, echando al aire, en voluptuosos secos, el humo azuloso de un habano. Su repertorio de nombres comprendía artistas célebres y hembras de la alta galantería: Juana Granier, Marthe Brandés, Marga-

© Biblioteca Nacional de España

rita Carré, la divina Cleo, la hermosa Otero, la incomparable Gaby Deslis. Los que no habían estado en Europa escuchaban embobados la narración de tantas proezas e imaginativamente soñaban con las cocotas de *jupe fendue*, de ademanes serpentinos y nerviosos, de ojos encendidos por la codicia; silbaban y cantaban la música epiléptica de la danza de los apaches, que sabían de memoria o marcaban los pasos del tango, que acababa de introducirse en los salones.

Bebíase champagne a porfía. Con el pretexto más fútil los tapones de las botellas de Cliquot saltaban a tres metros de distancia con detonación de pistola y el licor rubio espumaba en las copas levemente cóncavas. Flotaba humo de cigarrillos finos; oíase cristalino sonar de copas y de monedas; cigarreras de cuero de Rusia unían su aroma discreto al del tabaco cubano y a la esencia que perfumaba los pañuelos de los circunstantes, salidos un palmo sobre el bolsillo izquierdo superior de la americana, imitando la lengua de un can sediento.

Allá fuera, en la plaza principal de la ciudad, a la misma hora, algunos victorias o landós tirados por buenos troncos de caballos paseaban el fastidio de una señora opulenta y aburrida o el alegre deseo de ostentación de jovencitas vestidas con falda *entravé*, llevando al cuello boas de pieles blancas y castañas, con testas de zorros o de simios, de pardos ojos de cristal y en la cabeza, el sombrerillo con plumas de ganso, que había sucedido a los descomunales chapeos de otrora. Los domingos y jueves, una banda de ejército amenizaba aquellos paseos con retretas en

© Biblioteca Nacional de España

que se tocaba de preferencia los valses de las operetas de Lehar: «El Conde de Luxemburgo», «Amor de Zíngaro», «Eva».

Los domingos en la noche, concluido un te danzante, organizabánse las partidas de bacará, poker y pinta. A media noche la bola de la ruleta corría en locas vueltas, en su círculo de metal, distribuyendo favores, caprichosa como una prostituta. A esa hora mirábanse caras pálidas, ceños fruncidos, sonrisas malévolas, fisonomías que contraía la mueca alegre de la fortuna. Impregnábase la atmósfera de humo de cigarros y subía el diapasón de las voces. Al amanecer se alineaban en el mostrador de la cantina botellas vacías, el administrador de la misma dormitaba y los mozos de pie, rendidos de sueño, maldecían interiormente al *croupier* de la mesa de ruleta y al resto de empedernidos jugadores.

Fuera, al través de los vidrios de las ventanas, veíanse las lámparas eléctricas de arco apagarse intermitentemente, sugiriendo la idea de grandes aves luminosas y soñolientas que agitaran las alas para no caer dormidas. El alerta prolongado del centinela de un cuartel próximo oíase nítido, llevado por el viento y el canto de un gallo anunciaba la proximidad de la aurora.

Los extranjeros distinguidos que llegaban a la ciudad eran aceptados en el «Club Progreso» como socios transeuntes. Había menos rigorismo para incorporarlos a esa institución que para aceptar hijos del país. Estos últimos si querían pertenecer a aquel,

© Biblioteca Nacional de España

sufrián severo proceso de averiguaciones sobre su orígen, costumbres, antecedentes, fortuna y círculo social en que se hallaren colocados. Rechazábaseles a menudo. En cambio, más de un aventurero vulgar, de un tahur, habían conseguido su entrada, por el sólo hecho de ser de otro país y de saber presentarse.

Dos o tres veces al año un gran baile atareaba al personal directivo del Club con los cuidados del ornato, organización de comisiones y recolección de las cuotas de los socios, pues esas fiestas eran generalmente de suscripción. La ciudad entera se emocionaba con el acontecimiento. Las mamás se ponían a resolver el problema de los trajes de las hijas y las señoras casadas, que sostenían con empeño reputación de elegantes, se preparaban a estrenar un lindo vestido *traído* de París. Los días anteriores inmediatos a la fiesta, las calles de la ciudad se animaban con el movimiento de damas elegantes y de jovencillas que recorrían las tiendas de comercio, comentando lo que se decía y lo que no se decía, murmurando, sacrificando a las amigas, dando paso a chismecillos, a pequeños enredos. En las tiendas de trapos faltaba tiempo a los empleados para vender y paciencia para atender a tanta clientela. Sabíase de antemano quienes habían sido invitados y quienes no y los periódicos de la prensa diaria llenaban sus columnas con noticias sobre la fiesta, haciendo pronósticos acerca del éxito que iba alcanzar.

En aquella estación, solemnizando un aniversario nacional, el «Club Progreso», dió un baile de suscripción, entusiasmando a la juventud elegante.

© Biblioteca Nacional de España

A media noche, pasadas las cuadrillas oficiales la fiesta estaba en su auge. Valses cadenciosos y profundos y *two steps* precipitados, amortiguaban las pupilas de solteras y casadas y pintabánles ojeras de cansancio. Terminado cada número del rol de baile, refugiábanse las primeras en una sala entapizada de rosa, en la que las rodeaban mozalbetes de la misma edad y reían, bromeaban, chillaban. Algunas, amorosas, se hundían en el muelle sofá de un ángulo, en un sitio de sombra, escuchando el cuchicheo tierno de sus galanes. Las señoras yacían en el salón principal, abanicándose furiosamente, murmurando, expiando a las hijas, pasando revista a los tocados de las circunstantes.

En los pasillos, los jóvenes que no tenían a la enamorada en la fiesta fumaban negligentemente, aburriendose. Algunos señores discutían sobre política, otros jugaban bridge en las salas del fondo.

En el saloncillo rosa, las muchachas criticaban, comentaban pintorescamente los flirteos de la noche, las *toilettes* exageradas, los descotes escandalozos de ciertas damas, los vestidos de mal gusto y de peor factura de algunas jovencillas, los fracs pasados de moda de papás pobres o de literatos despreocupados. Muchas de las maldicientes encontraban la fiesta aburridora. El baile no salía de lo común; era la grande e insípida reunión de siempre, llena de estiramiento y monotonía.

Después de que se bailó mucho boston y *two step*, oyóse una poderosa voz femenina que cantaba sentimental romanza, dando notas fuertes y gutura-

© Biblioteca Nacional de España

les, prolongándolas en escalas de gorgoritos. Un centenar de curiosos se agrupó a las puertas del salón principal para escuchar y ver. Cuando terminó el canto, sonaron palmadas indiferentes.

Una noticia, entre tanto, animó a los descontentos que comenzaban a mirar hacia el guarda ropa. La encantadora Alcira de Sepúlveda, que tenía deslumbrada a la ciudad con sus elegancias y que estaba recién llegada de París, iba a danzar el tango.

Las muchachas de la sala rosa, qne languidecían de tedio, al saber tal nueva, precipitáronse al salón seguidas de sus enamorados o del brazo de ellos; los caballeros que fumaban en los pasillos arrojaron los cigarros y hasta algunos jugadores de bridge abandonaron el tapete para presenciar la danza de moda.

La orquesta preludió un tango lánguido que se arrastraba voluptuosamente en los violines y ponía quejidos en los contrabajos, hiriendo la sensualidad de los espectadores.

Entre los circunstantes, el que mejor bailaba la danza argentina, transformada y refinada en París, era Luque, que fué presentado a Alcira y que esta aceptó de buen grado para su caballero.

Alcira, delgada, ligeramente morena, vistiendo un tráje admirable, deslumbrante de belleza, de elegancia y de joyas, de la mano de Luque, esbelto y gallardo, inició los pasos lentos de la danza lúbrica, entre la atención exclusiva, medio admirativa y un tanto burlona, de los presentes.

Con ondulaciones de todo el cuerpo, rimando

© Biblioteca Nacional de España

los movimientos, inclinándose a la izquierda, a la derecha, avanzando elásticamente algunos pasos, retrocediendo los mismos, arrastrando los pies con cierta molicie voluptosa, cruzando las piernas o separándolas lentamente, girando, deteniéndose en éxtasis, huyéndose, persiguiéndose, juntando los cuerpos, levantándose sobre las puntas de los pies como si intentaran un vuelo en pleno baile, esbozando una genuflexión, danzaron las figuras de armoniosa lujuria del tango argentino: el corte, el medio corte, la media luna, el veteo, el cruzado cortado, el cruzado por ocho.

Una salva estruendosa de aplausos acogió el final de la danza.

Los concurrentes que formaban amplio círculo pidieron repetición. Algunas voces gritaron *vis vis*.

Alcira accedió gustosa, después de descanzar un momento y de humedecer sus labios con champagne y previo acuerdo con Luque, de cuya pericia estaba encantada, bailaron figuras del tango brasilero, *one step* y *turkey trot*, terminando con la danza del oso, cuyo ritmo simple, lento, tiene en su vaivén de dos a dos lujuria refinada, que enloqueció de entusiasmo a los espectadores.

Aquellas danzas bailadas con arte, dejaron en las chiquillas que las contemplaban, palpitantes, curiosas, deslumbradas, un escalofrío de deseo y exacerbó la lascivia de los hombres.

Concluida la danza del oso, entre atronadoras palmas, Luque continuó siendo el caballero de Alcira que coqueteaban furiosamente con él. La arrogancia y la desenvoltura del andaluz agradaron a la hembra

© Biblioteca Nacional de España

amiga de aventuras. La concurrencia, en un movimiento de escándalo, presintió otro adulterio. Los amigos de Sepúlveda sumaron un par de cuernos más a los apéndices imaginarios que adornaban su calva del marido y Luque, sintiendo que había despertado el interés de la hermosa mujer con quien bailara, adivinó que la fortuna amorosa comenzaba a sonreirle en la ciudad serrana.

© Biblioteca Nacional de España

IV

Baldomero Sepúlveda y su esposa acababan de llegar de Europa. Ella tenía fama de linda. A él se le consideraba como a un pobre hombre. Afirmábase que no sabía pronunciar bien ni su apellido. Jamás decía Sepúlveda sino Seplúveda. Baldomero Seplúveda, servidor de usted.

Como en aquella pequeña pero un tanto maligna sociedad, la mayoría de las personas era conocida, además de su apellido, por un apodo que las definía por decirlo así, tan bien y con tanta gracia estaba escogido, llamáronles Pomarell y la Casta Suzana y tan general se hizo este sobrenombre, tomado de la bella opereta de Lehar «La Casta Suzana», que al ver a cualquiera de los dos no se decía ahí viene Baldomero Sepúlveda o ahí va la mujer de Sepúlveda sino, «miren a Pomarell» o «cuidado, que llega la Casta Suzana».

Sepúlveda era un provinciano rico, de regular figura, no tan desprovisto de inteligencia como se le quería suponer. Amaba con pasión a su esposa y ese era su gran pecado. Aquel amor llenaba su vi-

© Biblioteca Nacional de España

da entera. Se consideraba feliz sólo cuando podía satisfacer los deseos o los caprichos de la mujer a quien uniera sus destinos.

Habíala conocido en un sarao, el día en que ella cumplía los diez y nueve años. Estaba linda. Hizo furor. Fué un estreno extraordinario. Durante la noche tuvo una docena de gomosos en torno suyo, disputando por un número de baile y como aquellos pleitos la fastidiaban, acabó por perder el *carnet* para resolver los compromisos contraidos, a su antojo. Sepúlveda que gastaba su renta bebiendo, vistiéndose como un tenorino italiano, haciéndose explotar por mujeres públicas y jugando a la ruleta, apostó que se casaba con ella y.....ganó la apuesta. Su fortuna alucinó a los padres y a la muchacha enamorada de sí misma y ambiciosa. Pero ésta, hízole pagar cara la satisfacción de su vanidad. Al mes de matrimonio estaba envuelta en una aventura galante que causó alarma en la sociedad y de la cual se apercibió todo el mundo, menos el marido.

A ese desliz siguiéronse otros más ruidosos y Alcira de Sepúlveda fué consagrada una enferma de amor, un caso patológico.

Al mismo tiempo comenzó el derroche loco de las rentas del marido, la adquisición de joyas costosísimas.

Poseía un *chalet* que era una monada, regalo de su esposo en el día de su cumpleaños y como no tenía hijos, una hermosa muñeca de cabellos blondos como espiga de cebada, ponía en su corazón inconstante un pálido reflejo de amor maternal.

Satisfecho su capricho de viajar, su vida fuera del

© Biblioteca Nacional de España

país continuó siendo una aventura.. Muchos amigos del marido pasaron por su alcoba perfumada, convirtiendo su casa en distinguido lupanar, mientras aquel dormía borracheras de champagne en medio de cocotas.

Trascurridos tres años, Sepúlveda, un poco fatigado con esa vida de diversiones, obtuvo sin dificultad la aquiescencia de su mujer para volver a Bolivia. Ella aceptó con gusto. Quería anonadar a la sociedad de su tierra con su distinción y su elegancia y obtuvo su propósito. Su llegada fué triunfal. Consagráronla la reina del buen tono. Hasta su insaciable sed de amores fué tolerada con cierta complacencia culpable, que casi se convertía en complicidad. Había que perdonarla. Era su temperamento. Alcira constituía un adorno de la sociedad que se envanecía de su cultura y de su refinamiento.

Ella se apercibió bien pronto de que no había en la ciudad ningún nuevo árbitro de las elegancias, que continuaban reinando los mismos calaveras y pisaverdes que había dejado, algunos de los cuales la conocían íntimamente.

Por tanto, habían para ella pocas probabilidades de tener una aventura un poco extravagante y un poco peligrosa, como le gustaban. Algo nuevo le pedía su fantasía, sensaciones distintas deseaba su cuerpo. Poco importaba que el amante de mañana fuera un bándido, un torero o un cura, con tal de que la hiciera gozar con intensidad y de que oportunamente se marchara con la música a otra parte. Los amores un tanto ingenuos de jovencitos que exigían pasiones y fidelidades imposibles, la hastiaban.

© Biblioteca Nacional de España

Viése con Luque repetidas veces en casa de una amiga complaciente a la que hacía a su vez servicios semejantes. Esta aprovechaba pretextos fútiles para dejarlos solos y en esos instantes escuchaba ardientes protestas de amor, a las cuales respondía con frases ambiguas que dejaban entrever la posibilidad de la caída, hasta que un día, asediada por el andaluz, sentado a sus pies en un pequeño cojín, accedió a recibirlo un viernes a las tres de la tarde.

A la hora indicada Luque franqueó las puertas de «Villa Alcira», que así se llamaba el *chalet* de la de Sepúlveda. Una criada hízolo pasar a una pequeña sala.

Hundido en un muelle canapé, Luque, en la angustia de la espera, se puso a examinar el *boudoir* de la mundana entapizado de rojo, con muebles estilo Luis XV. En las paredes colgaban tapices que imitaban gobelinos, pequeñas acuarelas y espejos. En un ángulo otro canapé enseñaba sus líneas curvas, casi femeninas a la vera de una grande piel blanca en la que se erguía amenazadora, abiertas las mandíbulas, mostrando los afilados dientes, una cabeza de oso polar. En el ángulo opuesto, pequeño biombo traslúcido ponía una nota oriental con sus cigüeñas y figuras japonesas. Más allá, una vitrina de marquetería contenía pequeño museo de preciosidades, lozas roanesas, porcelanas, terracotas portuguesas, dijes de filigrama de plata.

Cortinas de seda a la italiana y persianas blancas de tafetán, apagaban dulcemente la claridad del día y daban discreta sombra a esa habitación, arreglada para el amor.

© Biblioteca Nacional de España

Al fin, una puerta del fondo se entreabrío silenciosamente y en el umbral se detuvo Alcira, vestida con un leve traje de casa, sencillo y elegante. Miró a Luque sonriendo un poco burlona y luego avanzó con seguridad, tendiéndole la mano.

—¿Cómo está Luque? ¿Qué tal desde el lunes?

—Esperando con ansia este momento, señora.

—Temí que no quisiera venir.

—Sólo la muerte era capaz de impedirme la dicha de venir a verla aquí, en su casa, en este poético nido de amor, rojo como la pasión que me abraza.

—Luque, ya comienza usted a dar soltura a su lengua. No olvide que me ha prometido respetarme. Con esa característica verbosidad andaluza que lo distingue y con su hábito de exagerar las cosas, llama usted pasión a lo que no es sino un capricho.

—¡Se lo juro, señora!

—Ya sabe que el juramento no tiene importancia en estos tiempos. Olvide un poco esos extremos. Vamos a tomar el te.

Al decir esto, Alcira miróse en un espejo, se arregló el peinado con la gracia inimitable y la armonía de movimientos cuyo secreto las mujeres poseen inátamente; volvióse al jóven que continuaba de pie, le señaló el canapé y sentándose en el sillón contiguo, ordenó:

—Siéntese Luque.

Un momento después la sirvienta colocaba delante de cada uno ellos pequeñas mesas y traía una bandeja con el te. Sirviólo y retiróse.

© Biblioteca Nacional de España

Alcira, pasando al español golosinas y *brioches*, inquirió:

—¿Cómo le parecen estos bollos? Buenos ¿no es cierto? ¿Es usted aficionado al dulce?

—¡Ah, señora!, soy el hombre más goloso del globo.

Ella comía los pastelillos voluptuosamente, mordiéndolos con sus dientecillos blancos y agudos, saboreando la crema que contenían. Bebía el te a pequeños sorbos.

—Qué agradable es el te, Luque. Comprendo la afición que le tienen los ingleses. He leído que los ingleses se suicidan por culpa del te y por culpa de las mujeres. Ya ve, una simple hierba aromática puede tanto como nosotras. ¿Ud. sería capaz de suicidarse?

Luque que se sentía provocado por la proximidad de la mujer, cuyo traje ceñía escándalosamente sus formas y que lo miraba insinuante, repuso:

—Si señora, sería capaz de suicidarme por una mujer como usted.

—¡Ande!,—exclamó ella, haciendo aspavientos y riendo como una loca.

—Cuénteme sus amores Luque. Primero sus amores de España, luego, los que haya tenido acá.

—Mire usted, señora, mis amores de España han sido todos de poco tiempo, ninguno llegó a durar más de un mes; fueron amores de ocasión. Jamás tuve la tentación de casarme. Pero si yo hubiese encontrado una mujer como usted, a esta hora sería padre de familia.

© Biblioteca Nacional de España

—Ya lo veo a usted ayudando a la niñera a cuidar los chicos.

—Por una mujer tan hermosa como usted, lo haría.

—Luque, conviene no olvidar que hay mujeres que son imposibles.

—Señora, dicen que en este mundo todo es posible.

Alcira permaneció un instante pensativa, como si tomara una resolución y venciese sus últimos escrúpulos. Vaciló un poco y exclamó, decidida:

—Tiene razón Luque. Todo es posible cuando se quiere. A mí me gusta lo improvisto, lo raro. Amo la aventura. Siento un placer especial en reirme de los convencionalismos sociales. Me agrada la audacia, detesto la cobardía. Soy muy valiente para las cosas grandes y muy pusilánime para las cosas chicas.

Diciendo esto, Alcira, se puso a acariciar con unos de sus pequeños pies, primorosamente calzados, la cabeza inerte del oso, cuyos ojos de pupilas verde topacio parecían encendidas de lujuria.

El comprendió que aquella frase le dictaba una línea de conducta, que lo incitaba a ser atrevido y dijo a su vez:

—También adoro lo imprevisto, señora, y en mis sueños me veo amante de una mujer hermosa, elegante, que une al alma francesa, la belleza clásica de las hijas de España. ¡Qué feliz sería yo, si eso fuera verdad!

—Quizá no sea difícil,—aventuró ella, en voz baja.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Ah, Alcira, si usted pudiese darme una esperanza!.....

Ella lo miraba con los ojos un poco cerrados, como reflexionando lo que iba a hacer. Sus manos blanquísimas, en cuyos dedos brillaban las gemas de sus oblongas marquesas, se apoyaban, la una, lánguidamente en un brazo del sillón, la otra, como formulando una interrogación, en la sien derecha.

—Si usted me pudiese dar una esperanza, sería el hombre más feliz del mundo, porque la amo locamente.

Luque, exitado, tenía acento de sinceridad al decir esto. Temía, empero, que aquel lindo castillo de naipes se le viniese encima, porque conocía los raros caprichos de ciertas mujeres.

Ella continuó en la misma actitud. De pronto una sonrisa entreabrió su pequeña boca roja y carnosa y Luque escuchó atónito:

—Al fin lo confiesa usted. He tenido que sacarle su secreto con tirabuzón.

El buscó nerviosamente las manos de ella, las cogió, las llenó de besos, luego enlazó con un brazo el gallardo busto de Alcira, que parecía desfallecer y que mantenía la boca nerviosamente cerrada, hasta que en un instante supremo, sus labios se unieron en largo beso silencioso y lascivo.

© Biblioteca Nacional de España

V

La victoria amorosa de Luque contribuyó para ponerlo en evidencia. En poco tiempo, con excepción del marido, toda la *haute gomme* conocía y comentaba el nuevo adulterio de Alcira y varias muchachas se disputaban la preferencia del afortunado galán.

Carbonell mismo tuvo noticia de la aventura y más de una vez hizo bromas a Luque sobre el particular. ¡Mi en horabuena! ¡Es una real hembra!

En los círculos del Club, los amigos de Luque decían, entre envidiosos y admirados: ¡Qué rico mozo!

El andaluz, entre tanto, pensaba sacar el partido posible de su fortuna amorosa. Para él, Alcira debía ser no sólo una fuente de goces y una prenda de triunfo, sino también un recurso económico.

En efecto, pasadas las primeras efusiones, con gran sorpresa de la de Sepúlveda, Luque le pidió un grueso préstamo de dinero, alegando apremiantes compromisos de juego. A esa demanda se sucedieron otras, que Alcira tuvo que satisfacer también, sacrificando ahorros, temerosa de verse obligada, al fin de

© Biblioteca Nacional de España

cuentas, a empeñar sus joyas, para hacer frente a nuevos pedidos.

Era la primera vez que le pasaba semejante cosa con un amante. Los demás, con excepción de dos o tres jovencillos de pocos recursos, habían sido generosos con ella. Muchos de sus anillos, de sus pulseras, un collar de amatistas y un aderezo de berilos, eran recuerdos de esos pasados amores. Para llevar esas joyas, inventaba mentiras que convencían fácilmente a Sepúlveda de que una hermana, una madrina, una amiga, a las que contaba otra fábula, se las enviaron de regalo.

Esas constantes demandas de dinero tenían a la joven mal humorada, llena de preocupaciones, arrepentida de haberse entregado a un advenedizo, por novelaría. La idea de la ruptura iba ganando poco a poco terreno en su espíritu. Aun cuando el mozo como hombre le gustaba, bien sabía ella que no era amante lo que iba a faltarle. Los tendría cuantos quisiera y como quisiera.

Comenzó, por la razón económica, a mostrarse esquiva y fría con Luque, a abreviar las entrevistas, a rehuirlas cuando podía.

El español se daba cuenta de la actitud de Alcira y barruntaba el motivo que la determinaba; pero ante sus crecientes gastos para sostener su reputación de jugador y la situación social que se iba creando, no se detenía en medios. Estaba acostumbrado a explotar mujeres y su amoralidad le hacía ver eso como la cosa más natural del mundo.

Comprendía, empero, que Alcira, enamorada de sí misma, caprichosa, egoísta, no se sacrificaría por

© Biblioteca Nacional de España

él mucho tiempo. Fué, entonces, que la idea de su matrimonio con una rica heredera se hizo fija en su cerebro. Una capellanía. Eso era lo que necesitaba.

Como adelantándose a sus deseos, Carbonell, en una conversación íntima, preguntóle por qué no se casaba con la primera muchacha rica que encontrase, en lugar de enamorar mujeres casadas, empresa en la que corría peligro de salir con el pellejo agujereado o con la cabeza rota.

—Yo me casaría con gusto,—respondió Luque,—con una muchacha cuyo dote me permitá establecer un buen negocio y vivir bien, porque, nablando con franqueza, yo estoy habituado a vivir bien.

—No es nada difícil que usted lo consiga,—opinó Carbonell.—Conozco una moza rica, muy rica, de diez y siete a veinte años, noble y educada bajo severos principios. Creo que no se podía pedir más. Acometa la empresa. El padre Sierra, gran amigo de la familia puede ayudarnos. La chica se llama Carmen de Silva y vive en ese caserón que aquí designan con el nombre de «El convento verde», en compañía de su tutora y tía, doña Dorotea de Silva.

¿Qué le parece?

—Pues, que si la chica me acepta, me caso,—respondió Luque.

—Supuestos su inteligencia y juicio esperaba esa respuesta,—añadió Carbonell.—Entonces, manos a la obra. Enamore a la muchacha. El padre Sierra se dará maña para franquearle la entrada del «castillo encantado» en que parece que los hombres que no llevan hábitos talares difícilmente consiguen acceso. Creo que efectivamente esa casa tiene algo de monasterio.

© Biblioteca Nacional de España

Pero eso no le importe. Si la chica es amiga de santos y devociones, usted que conoce la gramática parda como ninguno, ya sabrá modificar sus aficiones y echar a la trastienda momias y antigüedades, modernizando el viejo solar.

Una vez casado, lo hago mi socio y usted toma cuenta de la casa, porque ya estoy viejo y siento añoraranzas de la tierra. Quiero hacer una visita a mi querida España, que hacen veinticuatro años que no veo y quizá me quede a cerrar los ojos en mi país natal, en Barcelona, y entusiasmándose Carbonell, añadió:

—¡Nada, que vamos a beber un buen vaso de valdepeñas, un añejo valdepeñas!

Cuando el sirviente que acudió al llamado de Carbonell volvió conduciendo una botella polvorienta y dos copas, el catalán las llenó e invitó a Luque a vaciarlas, con un pequeño brindis:

—Por que nuestras esperanzas se realicen, por que te cases con la Silvita y por que me vaya a la Península. ¡Salud!

Sellado el acuerdo, Luque pensó que en sus relaciones con Alcira podían perjudicarlo en sus planes; mas no se decidía a abandonar a su hermosa querida, a la que debía inolvidables horas de placer y favores pecuniarios. No dió, empero mayor importancia a ese obstáculo, fácil de salvar. Abandonaría a la Sepúlveda poco antes de casarse con la chica de Silva y asunto concluido.

—

© Biblioteca Nacional de España

Parte Segunda

© Biblioteca Nacional de España

PARTE SEGUNDA

I

El solar de Silva era ilustre. Los Silvas, mozos y doncellas, se distinguieron, los hombres por su caballerosidad, su hombría y su arrogancia, las mujeres por su virtud y su belleza. Sus antepasados habían sido grandes de España. Entre ellos figuraban los duques Alba y muy especialmente la duquesa María Teresa de Silva, dama veleidosa y mundana, que alegró el castillo de Piedrahita en Avila y que fué una de las heroinas de las crónicas de José Somoza. En la historia de la Audiencia de Charcas, brillaron los descendientes de don Pedro de Silva, segundón de esa ilustre casa castellana, cuyo origen se pierde en la noche de la leyenda. Su árbol genealógico contaba con un oidor y un obispo.

© Biblioteca Nacional de España

En la rama femenina, doña Elvira, hija del oidor, educada con esmero, deslumbró a los galanes de su época con su hermosura y su saber y engendró una hija, que llegó a ser acabado tipo de marisabidilla.

En la familia hubo un gran pródigo, mujeriego y jugador, especie de don Juan, cuyas aventuras hicieron ruido y al que se debió gran desmejoramiento en los bienes de la casa. Despilfarró íntegramente su patrimonio en la Corte, en Madrid, donde llevaba vida de gran señor. Sólo recordó que tenía parientes y que existía el Alto Perú, el día en que se vió arruinado y a su tierra volvió en demanda de dinero. Era tan gallardo, simpático y seductor, que los parientes cautivados por su palabra, sus promesas y halagos, no trepidaron en darle plenos poderes para cobrar un crédito importante que la familia tenía en Valladolid y en llenarle los bolsillos de dinero. Nunca más vieron un centavo de su crédito, ni de las sumas que adelantaran y supieron con indignación que el pródigo había vendido dos de las propiedades de la familia, mediante un poder falso. Por amor al ilustre apellido que llevaban, no quisieron que se supiera que entre los miembros del linaje de Silva había habido un falsario. Entragaron religiosamente las propiedades a sus nuevos dueños y mandaron traer, poco después, al hijo de Gabriel de Silva, así se llamaba el pródigo, que muerto trágicamente, dejara a su retoño desamparado en Madrid.

El hijo de Gabriel resultó tan mal inclinado como su padre. No tenía ni la figura ni la inteligen-

© Biblioteca Nacional de España

cia de su progenitor. Fué un vicioso burlón y solitario que jamás supo ganar un real y que vivió, medio mendigo, de lo que le daban sus nobles parientes: casa, mesa y algún dinero. Casado con una simpática y distinguida jóven, perdióla al cabo de un año de matrimonio, poco después de dar aquella a luz un niño que se llamó Gaspar.

Los hijos del ex-Ministro de Estado, don Manuel de Silva, fueron tres: Daniel que había dejado una huérfana, Encarnación, fallecida tres años antes, de afección cardiaca y Dorotea, solterona, la única sobreviviente.

Junto a la familia de auténtico abolengo, prosperaba la familia espúrea, compuesta de desendientes de antiguos esclavos y de bastardos, habidos con las sirvientas mestizas de la casa, que formaban el serrallo de los Silva, cuando estos llegaban a la pubertad.

Era un numeroso cuerpo de parásitos, hombres y mujeres. Empleóseles tradicionalmente, a ellos, en la administración de las propiedades rústicas y a ellas, en el servicio doméstico. Esas hembras vestidas con el característico traje, jubón y manta de la chola chuquisaqueña, parecían *monjasas*, como en Bolivia se llama a las sirvientas de las religiosas. Algo de monjil había, en efecto, en esas mujeres que en las noches rezaban el rosario en el oratorio, con doña Dorotea al frente y que a las cinco de la mañana iban en corporación a oir misa en la Catedral.

Fuera de la mucha servidumbre, la casa alimenta-

© Biblioteca Nacional de España

ba varias otras clases de individuos, tipos de zanganos frecuentes en las ciudades hispano-americanas, en las que la vida es fácil y donde la gente rica y conservadora cree cumplir un deber de caridad al mantenerlos.

Eran abogados sin clientes, médicos sin enfermos, compadres y beatas. Iban a almorzar, a comer, a tomar el café. Los abogados inventaban pleitos para la familia; se daban maña para suscitar cuestiones de linderos o para convencer a los Silvas de que sus fundos soportaban servidumbres indebidas. Los médicos debilitaban los organismos de aquellos a fuerza de píldoras y drogas. Los compadres, fuera de dar el habitual sablazo del compadrazgo, llevaban a sus hijos, generalmente malcriados y sucios, a la residencia de la familia Silva, para que allí les regalaran golosinas y colmaran de halagos. Las beatas aparecían y desaparecían silenciosamente en las grandes salas de la casa, cubierta la cabeza mal peinada por el fúnebre mantón negro, raído, manchado, dejando olor de mugre y un chisme, un enredo o un cuento de almas, que llenaba de superticioso terror a las numerosas criadas.

Finalmente, capellanes, canónigos, curas y frailes iban allí con frecuencia, los unos a pedir limosna para la reivindicación del santo sepulcro, para los niños desamparados de la China, para la catequización de los infieles. Los otros, confesores y consejeros, saboreaban los ricos dulces que se fabricaban en la casa o aquellos que enviaba a doña Dorotea, los

© Biblioteca Nacional de España

monasterios de Santa Clara y Santa Teresa y el aromático café que se producía en las fincas de los valles ardientes de Río Chico y Río Grande y tenían a su cargo la dirección espiritual de la solterona y de su sobrina, la hija de Daniel.

En la ciudad se conocía la casa de Silva con el nombre de «El convento verde». Era un caserón de dos pisos, el primero de los cuales de piedra. En el centro veíase una gruesa y ferrada puerta de dos hojas, bajo un arco de purísimo estilo colonial, sobrecargado de adornos en alto relieve que el tiempo había deteriorado. En ella, un grueso aldabón de hierro, obra artística, golpeaba a menudo, con estrepito, pues aquella permanecía casi siempre cerrada. Encima de la portada veíase el escudo de armas de la familia: «león de oro rampante sobre campo de gules con corona». Hallábase borrado el fondo rojo del blasón y una bala había destrozado las zarpas delanteras de la figura heráldica. A los costados, sobresalían de las paredes, las rejas andaluzas de cuatro ventanas, cuyo nivel no era el mismo. En altos, destacábase un gran balcón de madera labrada, agrietado por los años y las aguas, cuyo antepecho había sido primorosamente tallado en cedro Delante de las ventanas que daban a ese balcón, algunas macetas de barro cocido con flores: fuccias, geranios, claveles, petunias, cuyas ramas a veces caían graciosamente sobre el alar en que reposaba la solana, ponían allí, en ese canto, una viva copia del balcón andaluz. Un sol claro, pintaba en la pared verde, junto a plantas de flores, sostenidas por cañas huecas,

© Biblioteca Nacional de España

sombras fuertes que proyectaba el tejado sobresaliente. A la derecha veíanse las ventanas de un entresuelo, descomponiendo la simetría de la fachada.

Esta hallábase mediocremente conservada. Doña Dorotea sumida en sus preocupaciones religiosas, apenas si se acordaba de hacerla reparar y pintar.

El interior correspondía al aspecto externo de la casa: el patio, empedrado con piedras azules y blancas, cuadrado por una arcada de granito sombría como el claustro de un monasterio; la escalera con los primeros peldaños de berenguela, bajo un arco en el que se repetían los adornos y el escudo de la portada sobre la calle; corredores estrechos y bajos, enladrillados; balaustradas de madera, unos y otros marcadamente arqueados por el tiempo. Al caminarse por los primeros se tenía la sensación de que se mecían un poco. Puertas bajas y anchas; cornisas de labores doradas; muros formidables, de vara y media de espesor. Una grande azotea construída de un flanco del edificio, ferozmente blanca, como un alminar marroquí, llena de macetas de flores.

Habían en la casa salas de diversos tamaños amobladas con muebles pesados, altos, de grandes respaldos, cuyos forros antiguos se conservaban aún.

En el salón principal, empapelado de blanco, con medallones, cenefas y molduras dorados, bajo el cielo de la pieza, en el centro, pendiente de una rosa de metal amarilla, una araña de cristal,cuajada de primas, oscilaba suavemente. Cuatro grandes espejos de empañado alinde,con un asunto alegórico esmaltado sobre el marco color fuego, bajo pequeño friso, sobre mesas de

© Biblioteca Nacional de España

berenguela esmeradamente pulida, reflejaban con cierta oquedad de vejez los pesados cortinajes de brocado que caían con un pliegue señoril y los ricos muebles entapizados, como aquellos, con brocado rojo de seda, ornamentos con flores talladas sobre la madera y cubiertos de un barniz dorado, metálico y brillante. Una antigua alfombra, tupida y muelle cual fina grama, acallaba los pasos, protegida por una funda de lona, que solo se retiraba en las grandes ocasiones.

En las paredes del salón colgaban los retratos de familia. Allí estaba el primer Silva venido a América, luciendo barbilla semejante a la que llevan los caballeros del célebre cuadro «El entierro del duque de Orgaz» y blanca gola. El oidor vestía la casaca cruzada con grandes solapas, especie de frac y de jaquette, que usaron los precursores de la independencia de las colonias, en 1780. El retrato del Obispo, revelaba en el autor de la tela un buen artista. La blanca sobrepelliz palidecía dulcemente sobre la vestimenta morada. La mano izquierda del prelado descansaba en la Biblia y con la otra, cuyo dedo anular ceñía el anillo simbólico, en un gesto protector, bendecía.

Al frente de los retratos de los antepasados se alineaban los de las nobles abuelas, de grandes cabelleras, manos finas y uñas afiladas.

Sobre grande consola dorada, un reloj de bronce, Leda, acariciando al cisne de la leyenda, había detenido hacía largos años la marcha del tiempo y señalaba una hora invariable y misteriosa, que debía

© Biblioteca Nacional de España

marcar algún gran acontecimiento en esa mansión señorial.

Otras habitaciones había en la casa, llenas, a manera de museos, de estantes y armarios tallados en fuertes maderas indígenes, de grandes sofáes y de altos sillones, de urnas, de fanales, de antiguas cornucopias. Además de los sitiales de respaldos labrados, veíase en una de ellas un clavicordio y un salterio, que debieron vibrar dulcemente, heridos por los dedos de doña Elvira y de Carolina de Mendoza y Silva.

Todavía en el comedor de la casa, vasto, alto de techo, sombrío, algunos de aquellos armarios antiguos y preciosos, divididos por anaqueles, servían para guardar la vajilla de plata y daban a la pieza aspecto severo y elegante que realzaba magnífica mesa de cedro, ancha y larga, para veinte cubiertos y sillones de la misma madera, forrados de badana negra aprensada.

En el dormitorio de Dorotea, un gran lecho de bronce de altos soportes de metal bruñido, yacía en medio de la habitación. En ese mueble sólido y vasto, cuyo dosel de damasco remataba en una especie de corona nobiliaria, se habían engendrado las últimas generaciones de Silvas de la rama directa. Ese monumento doméstico, en que tuvieron origen tantas vidas, recóndito teatro de amores, mueble de voluptuosidad y de opulencia, estaba destinado ahora a sustentar el cuerpo descarnado y anguloso de una celibataria ferozmente casta.

La única habitación alegre de la casa era el dormitorio de Carmencita, una de cuyas ventanas da-

© Biblioteca Nacional de España

ba a la azotea llena de flores, al paso que la otra miraba para la calle. Allí había entrado la moda con su gesto risueño y dominador. Muebles de laurel blanco pirograbados con caprichosos dibujos modernistas, un reclinatorio forrado de terciopelo azul, leves cortinas de muselina celeste y de gasa blanca, una acuarela graciosa, dos paisajes al pastel; en un ángulo, linda estatua, una gitana cuyos brazos abiertos sostenían circular luna de Venecia y en el otro, un jarrón imitación porcelana de Sajona, con un ramo de azucenas. En el dintel de la ventana que miraba a la calle, oscilaba la jaula dorada en que Caruso, lindo canario, modulaba sus largas y vibrantes escalas musicales.

En el entresuelo vivía Gaspar. Tenía dos cuartos, el dormitorio y la salita. Eran habitaciones pobres, arregladas con muebles comprados en remates.

En el oratorio admirábase el artístico retablo que exornaba el altar y veíase la imagen de la virgen de Guadalupe, dentro de un nicho, entre ramos de flores de papel. A su derecha San José y a la izquierda San Antonio. Más abajo, al centro, junto al misal, un crucifico de formas groseras, cubierto de mucha heridas y manchas de sangre, la faz nazarena oculta por luenga cabellera de cabello natural, ponía en el que lo contemplaba un gesto de horror.

En las paredes colgaban dos buenos cuadros de la escuela denominada anatómica: asuntos de la pasión de Cristo.

Detrás de media docena de reclinatorios veíase un pequeño órgano, en el que el ciego Basilio, que vivía a expensas de la familia, solía acompañar la

© Biblioteca Nacional de España

misa y las letanías cantadas por el «coro de vírgenes», nombre pintoresco con que designara Félix de Silva a las sirvientas de la casa.

En el segundo patio, limitado por un pequeño jardín, vivía el personal de servicio y estaban los depósitos de productos de las numerosas haciendas de la familia, así como la bodega.

Unos cuantos naranjos languidecían de sed en el jardín. Macizos de arrayán enseñaban sus florecillas blancas entre el verde sombrío de sus hojas. A raz del suelo medraban violetas y pensamientos silvestres.

En la época colonial, la familia había sido francamente realista. Vencidos los ejércitos españoles y proclamada la independencia, los Silva se habían mantenido alejados de la política, en un retraimiento orgulloso, hasta que don Manuel de Silva, tomando activa parte en ella, llegó a Ministro de Estado.

La casa había servido de refugio a realistas, durante el primer cuarto del pasado siglo y más tarde, durante el período de guerras civiles, albergado revolucionarios de los más empecinados e inquietos. Don Manuel de Silva y su esposa, contagiados por las ideas de la época, conspiraron y estuvieron en el secreto de importantes intrigas de Estado. Existían en el edificio, como recuerdos de esa época, subterráneos húmedos y mal olientes, escondites y puertas disimuladas.

La casa había sido saqueada dos veces. Los muebles que en ella se encontraban salvaron del pillaje de la soldadesca en más de una revolución y de un ataque de la plebe, en los orígenes de la independencia.

© Biblioteca Nacional de España

*
* *

En los últimos años, la desgracia y el luto invadieron la casa de Silva.

Encarnación llevó vida sedentaria, poco a propósito para conservar la salud. Pletórica, hinchada, con los ojos inyectados en sangre y los carrillos amoratados, caminando con dificultad, pasó sus postreros días sentada en blandos cojines, leyendo el Año cristiano, hasta que la grasa paralizó su corazón y determinó su muerte.

Félix, maligno y vicioso, durante largo tiempo atormentó a la familia con sus delirios y sus paroxismos.

Doña Dorotea y las mujeres que la rodeaban, suponían a Félix poseído del diablo y habían empleado con él los recursos que la gente de iglesia pone en práctica para ahuyentar al espíritu maligno.

Con la intoxicación alcohólica, Félix sufría alucinaciones acústicas. Oía pequeñas campanas que repicaban por doquiera. Poco a poco, estas iban aumentando de tamaño hasta convertirse en campanas gigantes, campanas de grandes catedrales que tocaban furiosamente a rebato y que aterraban al dipsómano.

Pasados los accesos era hombre tratable y ameno. Divertíase echando pullas a los compadres de doña Dorotea, a las beatas que frecuentaban la casa y a los frailes que en ella tomaban café. Estos pagabánle sus bromas con odio manifiesto.

Durante esos intermedios Félix no bebía, sentía repugnancia por el alcohol, odiaba su vicio y

© Biblioteca Nacional de España

consagrábase honradamente a sus colecciones de monedas, de sellos de correo y de antigüedades, únicos bienes que poseía como legítimo propietario.

Empero, bastaba un trago de ron, una copa de vino, un vaso de cerveza, para que le sobrevinieran los largos accesos que duraban diez y doce días. Entonces bebía cuanto alcohol encontraba, cualquiera que fuese. Desaparecía el agua de Colonia de los tocadores de doña Dorotea y Carmencita y el alcohol de los anafes. Para evitar esos excesos, el médico llamado para asistirlo ordenaba que se comprase coñac, que se le daba a beber, disminuyendo metódicamente la cantidad. Al mismo tiempo el facultativo le administraba fuertes dosis de cloral.

En los últimos días de su vida sus alucinaciones evolucionaron francamente hacia el delirio de persecuciones y a las alucinaciones acústicas se unieron las ópticas. Félix gritaba, se retorcía convulso, se arrojaba al suelo, sujeto por los brazos de tres o cuatro sirvientes, que difícilmente podían contenerlo.

Dorotea frisaba en el medio siglo. Era alta, flaca, huesosa. Su nariz larga, aguileña, su barba saliente y su peinado, dábanle cierto aspecto de bruja. Tenía porte señoril y distinción innata, que revelaban su noble origen.

En su mocedad amó a un apuesto oficial, muerto trágicamente en una de las revoluciones que ensangrentaron con frecuencia el territorio boliviano. Desaparecido el hombre que supo hacer vibrar las cuerdas de su frío corazón, consagróse por entero a los santos, a vestirlos en toda la extensión de la frase. No había vírgen o santo en la ciudad que no

© Biblioteca Nacional de España

llevara alguna prenda obsequiada por doña Dorotea. Nuestra Señora de Guadalupe había recibido de ella dos lindas caravanas de perlas, tan grandes que no podían lucirse en las orejas de estuco de la imagen. Entraron por eso a formar parte del tesoro de la misma, guardadas en el precioso cofre en que, según se afirmaba, existían valiosas joyas. El Señor del Perdón debíale rico manto de tercipelo negro bordado con oro. Además, doña Dorotea compraba periódicamente custodias, cálices, casullas y otros paramentos de iglesia, para enviarlos de regalo a sacerdotes amigos.

La solterona era expertísima en el arte de fabricar dulces, elíxires y licores. Semanalmente las fámulas que componían el «coro de vírgenes», llevaban a los conventos y monasterios y a casa de los compadres, en grandes bandejas de plata y en fuentes de loza, garrafas y licoreras, algunas de aquellas compotas, jaleas, bizcochos, merengues y mistelas. Otras veces los regalos eran de canastos de uvas o duraznos y de damajuanas de vino añejo, envejecido en las bodegas de la casa.

Amén del amor a las imágenes de santos y a la gente de iglesia, doña Dorotea, como sus antepasados, gustaba de los pleitos. Los vecinos de sus predios rústicos y urbanos habían sustentado y sustentaban con ella interminables litigios ante los tribunales de justicia. Los numerosos expedientes que procuradores mugrientos y alcohólicos llevaban a la casa, constaban de varios cuerpos, los primeros de los cuales ostentaban el grueso y tosco papel sellado de los primeros tiempos de la República. No trepidaba

© Biblioteca Nacional de España

doña Dorotea ni en sobornar jueces ni en emborrachar procuradores, cuando las eventualidades del juicio lo requerían. Los jueces recibían presentes semejantes a los que conquistaban la amistad de los frailes y si esos obsequios no bastaban, entonces eran gruesas sumas de sonoros pesos bolivianos, los que inclinaban la balanza de la justicia en favor de doña Dorotea.

En «los tribunales» la conocían todos y le guardaban consideraciones especiales. El secretario o juez que no lo hiciera corría peligro de ser severamente amonestado. Varios de los miembros de la Corte suprema eran compadres de doña Dorotea, que no trepidaba en ir personalmente a buscarlos y a exponerles sus quejas.

Rodeábanla tinterillos, procuradores, notarios y abogados de diversas categorías, desde el hombre inteligente y verdaderamente letrado que llevaba el asunto en última instancia ante la Corte suprema de justicia con un notable alegato y que cobraba caro por sus servicios, hasta el que vendía su firma por cuatro pesos y una copa de aguardiente, suscribiendo un escrito, cuyo autor era un tercer leguleyo de mala fe, que no quería comprometer su nombre.

Doña Dorotea no inquiría lo que pasaba en el resto de tierra. Era profundamente ignorante. Su instrucción limitábase a leer y escribir y a un poco de aritmética que le servía para ajustar sus cuentas. El mundo para ella se concretaba a sus bienes, a su casa, aquel célebre «convento verde» y a sus habitantes, a los satélites que la rodeaban y a los parásitos a quienes daba de comer.

© Biblioteca Nacional de España

Odiaba las manifestaciones externas del amor y no encontraba calificativo suficientemente fuerte para el desnudo en el arte. Félix tenía en su mesa de trabajo una pequeña estatua, reproducción de la Venus de Médicis. La solterona, escandalizada por la desnudez de aquella, llegó hasta hacerle personalmente un vestido semejante a los de las santas de su oratorio y a ponerselo a la Venus, un día en que Félix había salido. Cuando volvió éste y vió aquel mamarracho, arrancólo con cólera y después de hacer jirones el grotesco traje, dijo á doña Dorotea, a la hora de la comida:—Querida prima, alguna de las doncellas sexagenarias que tienes a tu servicio, no hallando en la casa más santos que vestir, ha hecho un traje para mi Venus de Médicis. La belleza ha sido hecha para admirarla. No admite más traje que su desnudez. Vestir el cuerpo bello de una estatua, equivale a desnudar el de una de esa horrorosas arpías, vírgenes a la fuerza, que dan la nota más evidente de fealdad. Te ruego prevengas a esa enemiga de la estética, que si vuelve a vestir a mi Venus, voy a verme obligado a desnudarla a ella en medio patio.

Doña Dorotea lo llamó indecente, cochino, sinvergüenza, pero no volvió a las andanas. Sabía que su borracho primo era capaz de todo.

Otra característica de la solterona era la crueldad. Hacía castigar personalmente a los colonos de sus fincas, con los administradores de las mismas o con alguno de los criados de la casa, experto en el manejo del látigo. Los infelices indios le tenían terror y cuando se veían compelidos a ir a la ciudad,

© Biblioteca Nacional de España

conduciendo a lomo de mula y de asno, productos de las haciendas, al ser llamados a su presencia, poníanse de rodillas y sólo se levantaban, cuando ella los invitaba a hacerlo. Los mestizos merecíanle más consideración. Cuando cometían una falta tenía contra ellos el recurso de la policía. El intendente era también su compadre.

Carmencita, la hija de Daniel, había tenido una educación bastante descuidada. Su profesor de primeras letras fué un ente original que todavía frecuentaba la casa. Llamábase don Fulgencio Ramos y se le conocía por el sobrenombre de «el puerco espín», porque su cabello sumamente grueso, raras veces recibía las caricias del peine y de la escobilla de peinar y se agrupaba, a los lados, en mechones hirsutos y medio canos, respetando un principio de calvicie que se iniciaba en la coronilla e iba abriéndose hasta la frente, imitando un yermo entre dos matorrales. Don Fulgencio era el más paciente de los hombres. Ni las mayores malacrianzas de Carmencita alcanzaban a alterar su buen humor, su humilde conformidad. Cuántas veces después de haberse esforzado inútilmente, durante largo rato, para que Carmencita aprendiera a declinar o a conjurar, al retirarse, cerca de la puerta de calle, oía una vocecilla argentina que le gritaba entre risas:—¡señor puerco espín!

Durante dos años frecuentó la muchacha un colegio de monjas, en el que si no aprovechó gran cosa, aprendió un poco más que lo que le hubiera enseñado el pobre «puerco espín».

Salió del «Sagrado corazón de María», tal era el nombre de la institución, con ese aire tí-

© Biblioteca Nacional de España

pico de la muchacha educada en un establecimiento religioso: los cabellos peinados para atrás, recogidos en una trenza que sujetaba con lazos de cinta; el traje negro, sencillo, sin un pliegue, sin una alforza, sin un rasgo, en fin, de coquetería femenina. Era entonces el ser híbrido que no agrada ni a los hombres ni a las mujeres; que habla el francés como *une vache espagnole*, que tiene un dejo nasal y un tonillo monótono; que se ríe estrepitosamente, tapándose la boca con una mano; que come con exceso, especialmente fruta y dulces y que se queja a gritos si le duele una uña.

No obstante la carencia de amigas, pues muy pocas de las del colegio iban a visitarla de tarde en tarde, Carmencita libre de la atmósfera de «El Sagrado corazón de María», evolucionó respidamente hacia la mujer. Cierto día resolvió arreglarse un dormitorio elegante, en sustitución del de muebles antiguos que poseía, se lo dijo a su tía y como la huérfana era rica, no hubo inconveniente en darle gusto. Su cuartito de soltera fué, de esta suerte, una monada, sobre la blanca azotea en que reía la policromia de las flores.

Alguna amiga prestóle novelas: Amalia por Mármol y María por Jorge Isaacs, que leyó a escondidas, cerrándose en su cuarto, sentada junto a la ventana, desde la que escrutaba la calle, por si aparecía algún tipo parecido a Efraín.

Por algunos días se hizo romántica. Soñóse la heroína de uno de aquellos dramas apasionados y comenzó a desear con vehemencia algo que vagamente se confesaba a sí misma. Una amiga se lo dijo en

© Biblioteca Nacional de España

términos claros:—Lo que tú necesitas es un novio. Consíguete un novio, Carmen. ¡No sabes lo agradable que es tenerlo!

Y aquella endiablada morena, Rosa Vázquez, que le diera tal consejo, añadió:

—Mira Carmencita, no hay nada más rico que un beso del enamorado.

—¿Tú lo sabes? ¿Te han besado muchos?

—Pues, ya lo creo. ¿Te imaginás que yo iba a llegar a los diez y ocho años sin saber lo que es un beso de amor? ¡No seas cándida hija! No sabes esa copla que dice:

«Si los besitos crecieran
como crece el perejil,
cuántas muchachas tendrían
la cara como un jardín».

Y así fué cómo Carmencita, la única alegría de «el convento verde», pensó que necesitaba un novio.

© Biblioteca Nacional de España

II

Gaspar Silva, hijo de Félix, había cursado los cuatro primeros años de instrucción secundaria en el seminario de la ciudad y dejado después esa institución para estudiar filosofía y ciencias naturales y físicas en el colegio de jesuitas. Era un muchacho tímido, reservado, frío, que tomó parte escasa en los juegos y travesuras de sus compañeros. No había disfrutado de los mimos de la ternura materna, pues su progenitora murió poco después de darlo a luz. Su padre, irascible y dipsomaniaco, si bien lo quería mucho, tratábalo con dureza y entristecíalo con el espectáculo de su incurable alcoholismo. Gaspar pasó su adolescencia, casi sin ver a los suyos, entregado a los libros y soñando con ser sacerdote. Influyeron para poner este deseo en su corazón, el ambiente fanático que había respirado en los primeros años de su niñez y las sugestiones de un prebendado de ración entera del Coro metropolitano que, apreciando la inteligencia y contracción al estudio del muchacho, juzgaba que este alcanzaría una alta situación en el seno de la Iglesia boliviana. El señor canónigo estaba seguro de que diciéndolo halagaba los sentimien-

© Biblioteca Nacional de España

tos religiosos de la única sobreviviente de los católicos Silvas. ¿No había habido un obispo en la familia?

De esta suerte, a la edad en que la mayoría de los niños sueña con ser un gran general, saltimbanqui o torero, Gasparito miraba con cariño la sotana y el bonete y ayudaba a misa.

Sus condiscípulos le pusieron el apodo de «vinajeras», pues siempre andaba él a cambiar de un lado para otro vinajeras y misales y se burlaron bastante de sus inclinaciones de sacristía, alimentadas por los recuerdos de su infancia y por los deseos de su familia.

En el seminario, Gaspar solo tuvo dos amigos, Federico Galvez y Ramón Arenales, chicos de la misma edad que él y como él, amigos de los textos de estudio, aunque más vivos, inquietos, decidores y alegres. Federico Galvez poseía el don de la imitación. Remedaba admirablemente a los profesores, al superior, al portero y a determinados colegiales y por esto tenía con frecuencia, en torno suyo, una rueda de oyentes, que reían con estruendosas carcajadas y que aplaudían a rabiar. Ramón Arenales era poeta. Apesar de contar sólo quince años improvisaba en verso y componía aceptables acrósticos y rondeles. Sabíanlo en el colegio. Cuantos querían dedicar una poesía a la novia recurrían a él que, por un peso boliviano, producía la pieza poética pedida. Mediante su ingenio y por tal forma, Ramón Arenales que era pobre, podía costearse a veces el lujo de un buen recreo, nombre con que se designaba en el colegio a la me-

© Biblioteca Nacional de España

rienda de fruta o de pasteles que tomaban los estudiantes a medio día.

Entre Arenales, Galvez y Gaspar, fundaron en el seminario un periódico manuscrito que sólo alcanzó al séptimo número y cuyos ejemplares jamás pasaron de veinte, no obstante el ímprobo trabajo que para escribirlo se tomaban sus redactores. Llamóse el semanario en cuestión «La Abeja», símbolo de la labiorosidad y del orden.

En esa hoja infantil, en la que apuntaban de trecho en trecho errores ortográficos, esbozábase la inteligencia de sus redactores, que se permitían escribir sobre política en los editoriales, si bien el resto del material era literario: cuentos de Galvez, poesías de Arenales y artículos con pretensiones científicas de Gaspar.

Aquellos tenían ideas liberales y hablaban pestes del cuerpo de profesores, compuesto en su mayoría de sacerdotes, lo que escandalizaba a Silva, que ejercía sobre sus amigos cierta influencia moderadora, necesaria, para evitar excesos de liberalismo en el periodiquillo.

Empero, en contacto con las inteligencias de sus amigos, la de Gaspar comenzó a sentir la influencia de la despreocupación, desplante y atrevimiento de sus condiscípulos y colaboradores y al par que se despertaba en él, con el estudio de la retórica y poética, el amor por el periodismo y por las bellas letras, iba desvaneciéndose en su imaginación aquella imagen de obispo, severa y dulce, que en el salón de la casa de Silva bendecía paternalmente y que hasta entonces fuera para él, ideal a que anhelaba llegar.

© Biblioteca Nacional de España

Al ensueño de la mitra sucedió el ensueño del periódico. Poseer un diario y una imprenta, he ahí el deseo que unió las tres jóvenes voluntades, reforzando los lazos de recíproca simpatía y sincera amistad que ya existían entre ellos.

Cuando «La Abeja» comenzaba a obtener inesperado éxito en las filas de estudiantes que leían sus columnas entre risas y comentarios, un descuido, motivo el descubrimiento de la circulación clandestina de esa pequeña hoja casi revolucionaria. El escándalo fué monumental y sus autores severamente castigados.

Cierto bedel bárbaro, uno de aquellos farajidos que en las noches se descolgaban de los muros del colegio para ir luego en busca de mujerzuelas y que durante el día registraban los baúles de los alumnos para robarlos, armado de un chicote, fué el verdugo encargado de dar doce latigazos a cada uno de los tres *jacobinos*, que en el recinto mismo de aquella institución católica, se habían permitido proclamar tácitamente la libertad de pensamiento y la libertad de imprenta.

El superior del establecimiento echó una bravata terrible al personal del colegio reunido, mientras los tres culpables yacían arrodillados sobre los ladrillos desnudos, en frente de dos centenares de caras burlonas y curiosas.

Doña Dorotea, al tener noticia de la hazaña de su sobrino, tuvo un fuerte colerón y exigió a su padre que castigara al muchacho. Aquel se rió de la furia de su parienta y festejó el atrevimiento de los chiquillos, calificándolo de prueba de carácter e inte-

© Biblioteca Nacional de España

ligencia. Mas, al saber que Gaspar había sido castigado de una manera que conceptuaba infamante, notificó a la solterona que no permitiría que su hijo estuviera un día más en un plantel de instrucción en que todavía se usaba el látigo.

Gaspar dejó el seminario.

Por aquellos días su padre, cada vez más débil y alucinado, sufrió el paroxismo definitivo, después de haberse bebido una botella de whisky .Sobrevinieronle delirio y fiebre fortísimos. Varias veces se arrojó de la cama, creyéndose perseguido por los curas del seminario, que imaginaba iban a envenenarlo; lo gritaba a su voz en cuello, poseído de un terror loco, con los ojos saltados y los cabellos de punta. Parecía tranquilizarse, volvía a la cama, obedeciendo dócilmente a los brazos que lo sujetaban y tornaba a reir de sus terrores y de la ira de los frailes que él iba a arrojar a punta pies, si lo acometían. Su organismo se aniquiló en veinticuatro horas. La expresión de su fisonomía tornóse la de un perfecto idiota: los ojos adquirieron una opacidad de vidrio empañado y los labios se le descolgaron, dejando correr entre las comisuras de la boca un hilo de baba.

Al primer ímpetu de terror, sucediéronse otros, cada vez más fuertes. Los estentóreos gritos de Félix conmovían y horrorizaban a las personas allí presentes, las cuales no hacían otra cosa que contener al alcohólico, cuyas fuerzas decuplicadas por la exitación nerviosa, difícilmente podían dominar. Muchas veces consiguió desasirse de las manos que lo sujetaban y fué a agazaparse a un rincón del dormitorio,

© Biblioteca Nacional de España

casi en cuclillas, temblando como un azogado o como un perro envenenado con estricnina.

Al fin sus fuerzas fueron languideciendo; sus ojos fijándose, mortecinos e inexpresivos; las convulsiones que lo agitaban hiciéronse más intensas y distanciadas unas de otras; la fiebre disminuyó y el enfermo cayó en estado de coma, sobreviniendo poco después la muerte.

Gaspar había asistido sollozando a esa escena dolorosa. Doña Dorotea no quiso que lo sustrajeran a tal tormento, porque ese espectáculo debía servir al muchacho, que parecía destinado a ser tan hereje como su padre, de severa lección. Para doña Dorotea la desastrosa muerte de Félix era un castigo de sus blasfemias e impiedades.

En medio de esa gente, empeñada en adular a doña Dorotea, Gaspar sólo encontró un poco de consuelo y de cariño en Carmencita, que al verlo llorar desesperadamente, le echó los brazos al cuello y lo besó en la frente.

—¡Pobre Gasparito, no llores así!

El sintió que los cabellos dorados y finos de su prima le rozaban las sienes, en una caricia. Correspondió con un beso convulso en la frente cándida de la chiquilla y se quedó hundido en un sofá muelle y viejo, con la cabeza entre las manos, comprendiendo, con la inteligencia precoz de que se hallaba dotado, que había desaparecido el único ser capaz de defenderlo en el mundo y que en adelante, quedaba a merced de aquella vieja arpía de doña Dorotea.

Pocos días después de la muerte de su padre, ingresaba Gaspar en el Colegio de jesuitas de Su-

© Biblioteca Nacional de España

cre en calidad de interno. Doña Dorotea, una vez que el muchacho serenó su dolor, lo había llamado y exhortado a ser más sumiso y mejor cristiano, anunciándole que debía entrar a aquel plantel de instrucción, en el que ella se obligaba a pagar las pensiones que le correspondieran hasta la conclusión de sus estudios. Para terminar le dió unas cuantas palmadas en las mejillas, luego de limpiarse una raquítica lágrima que asomaba a duras penas a uno de sus ojos y de ponderar los peligros a que se hallan expuestos en el mundo los huérfanos y desvalidos.

Gaspar agradeció frío y triste. Sentía merecer favores de aquella soberbia y egoísta mujer. Deber su educación a ella, que en más de una ocasión le había echado en cara su pobreza y la pobreza de su padre, era duro y amargo.

En el colegio de jesuitas estudió filosofía y ciencias naturales y físicas. Apasionóse por esas asignaturas aun más que por las anteriores, sin dejar por eso de cultivar la retórica y poética y de leer a hurtadillas las novelas que caían en sus manos.

El estudio del álgebra, cuyas nociones elementales conociera en el colegio, el de la geometría y trigonometría, disciplinaron un tanto su espíritu, hasta entonces perdido e inseguro en la fábula de la historia y en la de la religión; enseñáronle prácticamente la lógica, el método, el órden; aprendió a raciocinar, a deducir. Cada teorema, cada corolario eran para el mozo una disciplina mental.

Su joven inteligencia percibía contradicciones reveladoras, entre lo que estudiaba con uno y otro profesor, entre la metafísica huera e infusa y la cien-

© Biblioteca Nacional de España

cia fundada en el hecho o en la hipótesis lógica y explicable.

Su espíritu, en el que se habían arraigado los prejuicios seculares de su casta, sufría en ese combate de la mentira y de la verdad, de lo viejo y de lo nuevo, de las sombras del pasado y de la luz bienhechora que proyectaba el futuro.

Se quemaba las pestañas sobre los textos de estudio y examinaba con curiosidad inteligente los aparatos y máquinas del gabinete de física. Ninguno como él, entre sus condiscípulos, llegó a saber mejor lo que era una máquina neumática, una pila eléctrica, una botella de Leyden, una bobina de Ruhmkorff, así como ninguno sabía desarrollar mejor una tesis o deducir una conclusión lógica de dos premisas.

En las clases de la nueva institución en que se hallaba, no tuvo amigos como Federico Gálvez y Ramón Arenales. Sus condiscípulos de entonces, buenos muchachos en su mayoría, estaban de tal suerte dominados por la autoridad y por la cultura de sus profesores jesuitas, hombres inteligentes e instruidos, que ni se atrevían a discutir sus doctrinas ni poseían el suficiente criterio o discernimiento para hacerlo. Tomaban las cosas hechas, como se las daban. Su paladar intelectual no distinguía la verdad posible de la mentira ingeniosa. Lo que el profesor decía era cierto, lo que el profesor negaba no lo era. El profesor lo ha dicho, tal fué en alguna discusión corta, el supremo argumento.

Gaspar, que en literatura se había sentido un rebelde, puesto que aquellas odas de Lista, aquellos versos de Quintana, aquellas sátiras de Moratín que

© Biblioteca Nacional de España

les daban como acabado modelo de arte y belleza, le parecieron siempre soporíferos y malos, estudiando filosofía, sintió el mismo espíritu de insubordinación contra el inmenso sofisma de esta metafísica de Ginebra, fundada sobre la fórmula mentirosamente lógica del silogismo.

Sus creencias de niño, minadas desde su amistad con Gálvez y Arenales, se desplomaron. Comprendió, desde luego, que en el olimpo cristiano poblado de miles de santos que hacían milagros a manera de dioses, era absurdo y que absurdos eran la confesión y el ayuno, las vigilias, la compra de bulas, la liberación de almas del castigo del purgatorio, la existencia fantástica del demonio, tan omnipotente como Dios. Dedujo que no podían ser ni el paraíso ni el infierno y que el más criminal de los hombres, no podía jamás merecer las penas eternas, las torturas inacabables que han inventado los frailes, ejercitados en la ciencia del suplicio, aprendida en la maestra tenebrosa que fué la Inquisición. Unicámente dos principios, dos ideas abstractas se salvaron de aquel naufragio: Dios y el alma. Es tan grande, tan hermoso, tan sublime el universo que Dios debía existir. Es tan inteligente, tan progresivo el hombre, creador de una civilización asombrosa, que el alma tenía fatalmente que ser; y se acogió dulcemente a aquellos asideros espirituales, sintiendo desplomarse el cielo católico de su infancia.

Concluyó el primer curso de filosofía y ciencias con lucimiento. Obtuvo la mejor calificación y el día de los premios, en que su amor propio halagado, olvidó un poco los dolores que lo habían tornado se-

© Biblioteca Nacional de España

rio y reflexivo tan joven, adornaron su pecho las medallas de cobre galvanizado, imitando plata, que la institución otorgaba al muchachó sobresaliente en determinada materia.

Doña Dorotea que se dignó asistir a la fiesta, puso en la frente pálida y pensativa del estudiante un beso frío y Carmencita, alegre y orgullosa del triunfo de su primo, como si fuera propio, lo abrazó con vehemencia.

El año siguiente los jesuitas, comprendiendo con el tacto que los caracteriza, que debían abrir las puertas a la cultura física, trabajaron un campo para *fot ball.* Organizáronse con tal motivo varios *teams* de jugadores entre los mayorcitos, que se habituaron a los términos ingleses en aquel juego empleados. El deporte en cuestión pareció brutal a Gaspar, cuya constitución física era débil y que por lo mismo hubiera debido desenvolverla, mediante los ejercicios que fortifican el cuerpo y el espíritu.

Conceptuaba el *fot ball* trivial y triviales se le antojaban las conversaciones que sobre chiquillas mantenían sus condiscípulos. Con qué aplomo hablaban ellos de besuqueos, de amores, en que el sentimiento y la delicadeza no entraban para nada. Esos muchachos, en su mayoría, habían poseído ya alguna hembra y se complacían en hablar de las mujeres en tono desdeñoso, conceptuándolas tan lúbricas como ellos. La mujer y el sexo eran el asunto habitual de sus conservaciones y aquellos que aprovechaban muy poco en las aulas, eran los que mejor conocían las innumerables manifestaciones del amor.

Hablaban en coro de grandullones, los filósofos

© Biblioteca Nacional de España

como los denominaba el resto de los colegiales. Entre ellos hallábase Gaspar, que aunque conocía la física del amor, era curiosa excepción, vírgen a los diez y seis años y descubría en aquellas conversaciones secretos y cosas ignorados por él. Procuraba aparentar indiferencia para que no lo tomaran por el flaco del rídiculo, pero se limitaba a escuchar, un poco cohibido y turbado, sin contar nunca una hazaña amorosa suya. Sus compañeros lo sabían. Gaspar no tenía más amor que el de los libros ni más novias que las señoritas física y metafísica.

Los otros en cambio se vanagloriaban de verdaderos delitos contra el pudor de menores.

Uno conocía íntimamente a cuanta criada joven servía en su casa. No se avergonzaba por ello. Llamábanlo el *cholero* y él riendo del apodo, respondía impávido:

—Es preferible ser *cholero* como yo que metafísico como *el* Gaspar y al decir metafísico recalcaba la palabra con sorna.

Gaspar comprendía la intención, mas por timidez y por la repugnancia que le causaba aquel sin vergüenza se callaba.

Otros iban más lejos. Un jovenzuelo gordiflón y vivarracho, decía cómicamente:

—¿Y esas cosas los asuntan a ustedes? Pues, sepan que yo tengo un hijo.

Y como los demás riesen de tan concluyente afirmación,—añadía.—Si, un chiquitín que ahora anda en un barrio de los extramuros con la camisa salida sobre el trasero. Lo hice en noche buena.

—Pues, amigos,—exclamaba a su vez, un mu-

© Biblioteca Nacional de España

chacho moreno, delgado, de pómulos salientes y de ojos rasgados de mongol.—Yo sé más que ustedes de todas esas cosas. A mi me han hecho inyecciones de seiscientos seis.

—¡Hombre! ¿Un caso de sífilis?

—Como lo oyen.

—¡Este nos ganó a todos!.

Y el mozuelo con cara de tártaro reía satisfecho, orgulloso de haber anonadado a esa docena de héroes del amor, alabándose de adolecer de una enfermedad venérea, lo que para bien suyo no era efectivo.

Esos mozalbetes que tenían la acometividad sexual de potros eran bien quistos de las chiquillas.

Así como los prejuicios religiosos de Gaspar se desvanecían, también iban palideciendo el concepto que se formara de la mujer, idealizada hasta el endiosamiento por la erotomanía de las generaciones de poetas, que durante veinte siglos la han cantado con las mismas metáforas y la han envanecido con idénticas mentiras.

Gaspar se sentía fatalmente tímido delante de ellas, incapaz de esos arrojos instintivos, tan comunes en sus compañeros de aula, ignorantes y despreocupados, que llegaban por eso mismo a la conquista fácil de la hembra, de una manera absolutamente animal pero lógica, ya que el amor es animal por excelencia.

Mientras él con ideas falseadas por los libros quería alcanzar la preferencia de una chiquilla, siempre con resultados negativos, sus condiscípulos, los

© Biblioteca Nacional de España

más brutos, los más tontos, los más machos, obtenían triunfos fáciles. Daban el golpe amoroso con la misma seguridad con que el capitán de un *team*, en una partida de *fot ball*, marcaba un *goal*, arrojando de un puntapié la bola en la red del campo enemigo.

Iba con frecuencia a la capilla del colegio a oir misa, en compañía de su madre, una chiquilla morena, de grandes ojos verde topacio, cabellos negros y bozo sensual sobre los labios. Gaspar la vió bajo la apariencia de una niña devota, la cabeza cubierta por una mantilla de encajes, en las manos el devocionario coquetón con tapas de nacar y sintió *le coupe de froudre.*

Sus pensamientos tomaron color erótico y su atención dejó los libros para convergir hacia la personita de Matilde Bernal.

Muchas veces pasaba junto a la joven, que arrodillada en su reclinatorio, miraba sonriente la fila de estudiantes marchando a tomar posesión de los escaños. Gaspar se limitaba, por razón de su invensible timidez, a componerse mucho y a contemplarla insistentemente y como ella, coquetuela y pizpireta, lo mirara a su vez con frecuencia, al ver fijas en él esas grandes pupilas ingenuas, se creyó correspondido.

Como si confirmara sus suposiciones, un compañero de filas, que observaba las cosas a su lado, le dijo por lo bajo:

—¡Caramba que la Matilde Bernal te mira!. ¡Mi felicitación!.

Aquella tarde el mismo estudiante contó a todo

© Biblioteca Nacional de España

el personal del curso de filosofía, que acababa de hacer el descubrimiento de los amores de Gaspar Silva y de Matilde Bernal.

Al oir lo que refería aquél hubieron comentarios y dichos burlones.

—Esa es una coqueta.

—La Matilde Bernal corresponde a todo el que sea hombre.

—No te metas con esa Gaspar, se va a burlar de tí.

—Serás el número veinticinco de la lista.

—La conozco mucho. Poco me faltó para acostarme con ella. Buenas ganas que tenía de meterse en cama conmigo.

Gaspar se sintió corrido.

Sus ilusiones se desvanecieron bien pronto. Un día se apercibió de que Matilde cambiaba cartas con uno de sus condiscípulos, en la capilla, al pasar éste junto al reclinatorio de ella. Otro día en que tuvieron salida, al regresar al colegio de un largo paseo, a las seis de la tarde, sorprendió un beso rápido, a la sombra de la puerta de calle de la casa de Matilde, entre ella y un joven que no conocía.

Dió el examen final con lucimiento, se graduó de bachiller y poco después hizo su entrada en el «convento verde», entre la algazara de las criadas que le arrojaban mistura de flores, la aparente satisfacción de doña Dorotea que lo abrazaba, la franca alegría de Carmencita, transformada en una linda joven y los elogios del padre Sierra y de dos o tres canónigos, que veían en el mocito una probable lumbrera

© Biblioteca Nacional de España

de la Iglesia, ya que doña Dorotea pensaba en destinarlo al sacerdocio.

Gaspar, resolvió seguir la carrera de las leyes, puesto que el tener profesión era una necesidad para un mozo pobre como él. Inscribióse en la Facultad de derecho.

Doña Dorotea, cuando lo supo, reprendió al estudiante por no haber consultado su opinión.

—Quiero que seas sacerdote,—le dijo—Si he costeado tu educación ha sido con ese deseo. Seguirás una tradición de familia y redimirás los pecados de tu padre y de tu abuelo.

Gaspar, con entereza, se negó a abrazar la carrera eclesiástica, manifestando que él tenía ideas modernas.

El padre Sierra consultado sobre el particular, fué de opinión de que no se debía violentar al estudiante. Si este no sentía vocación, con qué objeto obligarlo a seguir una carrera tan llena de sacrificios como la ecleciástica. Para entrar en ella eran necesarios un gran dominio de sí mismo y una fe inquebrantable.

Doña Dorotea insistía sin embargo y echaba indirectas al mozo a las horas de almorzar y de comer.

Carmencita protestaba, a su vez, contra las ideas de aquella.

—¿Pero tiíta, cómo quiere usted que Gaspar sea fraile?

Este último se mantenía firme, resuelto a abandonar la casa en caso necesario.

Doña Dorotea acabó por no insistir más; pero

© Biblioteca Nacional de España

íntimamente, autócrata como era, acostumbrada a imponer su voluntad a la gente que la rodeaba, intransigente, soberbia, egoísta, quedó herida y su rencor y resentimiento con el joven bachiller, comenzaron a traducirse en una serie de pequeñas hostilidades que Gaspar sufría sin protestar, con el desdén frío del hombre que se halla por encima de tales miserias.

Con sus pequeños ahorros pudo pagar los derechos de inscripción en la Facultad de derecho y comprar los primeros textos. Poco después empleábase como pendolista en un juzgado de instrucción.

© Biblioteca Nacional de España

III

Apenas se graduó de bachiller, Gaspar de Silva fué llamado a prestar sus servicios en el ejército, como conscripto.

Incorporáronlo en el regimiento Nº 2 de caballería que debía partir para Cochabamba.

El día de la marcha formóse aquel en batalla en la plaza de armas. Los caballos de la banda de música blancos, castaños y negros, presentaban hermoso golpe de vista en doble y perfecta fila. Los soldados vestidos de kakí y con gorras de estilo alemán de la misma tela, sostenían con la mano derecha la lanza, bajo cuyo aguzado hierro flameaban al viento banderolas con los tres colores nacionales: verde, amarillo y rojo y llevaban a un costado, enfundadas, las carabinas Mauser.

Eran en su mayoría morenos, esbeltos, con facciones regulares, propias del indio aimará y quichua.

La mayoría de los oficiales, correctamente uniformados, tenían bigotes torcidos hacia arriba, en dos guías erectas, a la kaiser...

Pasó el jefe, un coronel montado en soberbio caballo rosillo, seguido de un golpe de jinetes. Detuviéronse frente al regimiento, uniéronse a ellos los

© Biblioteca Nacional de España

demás oficiales, brillaron en pequeños relámpagos las hojas de acero de las espadas que se saludaban recíprocamente y durante cinco minutos, en amplia rueda, celebróse consejo de oficiales.

Concluido éste con otro saludo y nuevo brillar de sables, alejáronse al galope de sus caballos a tomar sus puestos.

Oyóse un clarín penetrante, cuya voz fuerte y aguda ordenaba la partida.

El regimiento en masa efectuó un movimiento poniéndose en formación de marcha; el clarín exhaló aún tres sonidos agudos, concluidos los cuales, la banda militar preludió los compases de un bolero que momentos después irrumpía sonoro, cadencioso, vibrante, en las gargantas de bronce de los pistones, bombardones, barítonos, y clavicornos, con profunda tristeza, como si aquellos valientes partieran para la guerra.

Cuando el regimiento pasó por delante de «el convento verde», camino de los valles de Cochabamba, Carmencita al oír aquella música de despedida, profundamente triste, sintió humedecérsele los ojos. Pobre Gasparito ¿y si hubiese guerra? ¡Qué Dios no permitira tal cosa.

Saludóla él con una mirada y una sonrisa, mientras la chiquilla agitaba la mano y luego el pañuelo de seda en señal de despedida, hasta que el primo y el regimiento se perdieron de vista, y en tanto que los sones marciales y melancólicos del bolero iban apagándose en la progresiva agonía de la distancia.

Cuando el regimiento llegó a las afueras de la

© Biblioteca Nacional de España

ciudad, muchas mujeres del pueblo, cuyas faldas de colores vivos formaban abigarrado conjunto, comenzaron a lloriquear, gritando sus adioses a los soldados en castellano, y en quichua.

Iban en el regimiento sus queridos, mocetones de veinte años.

La banda enmudeció. El regimiento recibió orden de caminar a discreción.

La mañana era transparente y fresca. Gaspar sintió la caricia refrigerante de la suave brisa matinal impregnada del olor de los campos, arrastrando perfume de rosas silvestres.

Sobre las colinas verde azulado, que servían de último plano al paisaje, se arrastraban graciosos y largos cirrus gris perla y blanco de plata, que manchaban el horizonte color de miosotis.

Poco después comenzó el descenso. Pasaron el puente Arce sobre el río Grande, vadearon el río Chico, caminando penosamente en los pedregales que servían de lecho a ambos y contemplando las huertas magníficas que orlaban las cuencas de aquellos. Entraron en los valles de Cochabamba. Atravesaron terrenos de aluvión y praderas de menudo pasto en que crecían de trecho en trecho sauces altos y esbeltos. Cada dos o tres leguas veían una casa de hacienda casi escondida en su huerta. Se detuvieron en Aiquile, pueblo de clima templado. Era un domingo. Media población salió a recibirlos. En las ventanas de las casas del pueblo se agrupaban muchachas morenas que miraban con curiosidad a los soldados y les arrojaban flores.

Suelta la tropa en la tarde, luego de echar la

© Biblioteca Nacional de España

caballada al cuidado de seis hombres a que se refocilara en campos de pasto, la soldadesca invadió las numerosas tiendecillas de la población. Habíase preparado a la aproximación del regimiento, grandes reservas de chicha de maíz que fermentaba en obesos y monumentales cántaros de barro cocido.

Mientras los oficiales bebían cerveza, los soldados se atiborraban de chicha. Oíase cantos y música de guitarra por todas partes. Bailábanse *bailecitos de tierra* en los que el soldado procuraba lucir su garbo. Los tenorios del lugar dejaban su campo a aquellos. Las hembras del pueblo pertenecían ese día al regimiento.

La subsiguiente mañana, los acordes de otro bolero, despertaban a la pequeña población y el regimiento partía dejando recuerdos de amor y mujeres llorosas. Así pasaron Mizque, Arani, Punata. Un oficial erudito en historia comparó esta última y risueña ciudad a la de Capua, cuyas delicias relajaron la disciplina del ejército de Aníbal.

¡Qué dulce es la vida! exclamaban los pobladores de esa linda campiña, mirando las alamedas umbrosas, las praderas sonrientes, los senderos floridos; contemplando los gigantescos sauces cenceños, cuyas copas gallardas se mecían con suave susurro, bajo la azulada transparencia del cielo, sobre dorados campos de maíz; viendo sus mujeres robustas, sanas, blancas, suelta la opulenta cabellera o recogida en dos trenzas, luciendo al caminar la amplitud de las caderas, la exuberancia de los senos y la robustez de las pantorrillas, que dejaban al descubierto las cortas sayas.

© Biblioteca Nacional de España

¡Qué dulce es la vida!

A cada momento pasaban grupos alegres de mujeres montadas a horcajadas en burros, mientras los hombres iban a pie, caminando lentamente, riendo, cantando, acompañando sus cancioncillas por la música metálica del charango.

Entraron en Cochabamba saludados por un gentío inmenso, vivados, aclamados. Los quinientos hombres del regimiento sentían un escalofrío de emoción ante ese entusiasmo patriótico con que se les acogía. Todos, sin excepción alguna, eran capaces, en ese instante, de los mayores actos de heroísmo. Nunca las vibrantes notas del bolero parecieron en las gargantas de los contrabajos, graves, abaritonadas, más marciales que entonces y nunca los sonidos trémulos de los pistones alcanzaron a expresar con acentos más sentimentales la nostalgia amorosa del soldado.

Los balcones y ventanas rebosaban de muchachas lindas y elegantes. Sobre el regimiento llovía mistura de flores. Ramilletes de rosas y claveles, luego de trazar en el aire una parábola perfumada, caían a los pies del caballo de un oficial que saludaba con el sable o de un soldado que agradecía con los ojos.

La apuesta oficialidad del cuerpo hizo furor entre las chiquillas que sentían el atractivo de los galones dorados, del luciente casco y penacho de parada y de las botas de charol, altas y lustrosas. *Barrierón* enamorados y desengañaron novios por el amor de un apuesto capitán o de un simpático te-

© Biblioteca Nacional de España

niente. Aquella bancarrota de matrimonios exacerbó papas, causó patatuses a las mamás y enfureció a los apasionados. Hubieron desafíos y encuentros; pero las muchachas se salieron con la suya, como siempre, y por un beso militar perdieron un matrimonio civil.

Los conscriptos, gallardos mozos de buenas familias, gozaban también del favor del bello sexo.

Gaspar, como sus camaradas, fué correspondido por una jovencilla, graciosa morenita.

Terminados los ejercicios diarios, ella lo esperaba en la puerta de calle de su casa. Allí charlaban alegremente. Gaspar, tímido por naturaleza, sentía un desenfado que nunca había tenido y cuando comenzaba a caer la noche, detrás de la puerta de calle, casi a oscuras, besuqueaba a Esther Jiménez hasta la saciedad.

Tuvo también en Cochabamba su primera querida, una chola joven, medio rubia, mestiza de alemán y de quichua, dueña de una pulpería en la que vendía cerveza, ají, sardinas, pan, cigarros y chicha. Dormía en la tenducha de esa mujer dos o tres veces por semana, olvidado del derecho natural, de la historia del derecho y del derecho penal. Se sentía embrutecido. El amor lo absorbía por entero. En las tardes lo exitaban los besos expertos de Esther Jiménez y la mayoría de las noches, pasado el toque de silencio, prévia licencia de los jefes, encaminábase apresurado hacia la pulpería, temeroso de encontrar su sitio ocupado por otro. Sentíase perdido de lujuria en esa cama pobre, sobre sábanas sucias, aspirando al mismo tiempo el olor acre de las carnes de

© Biblioteca Nacional de España

la hembra y el penetrante aroma del ají colorado y de la chicha, mirando a veces, a la amarilla luz de una vela, un niño Jesús de estuco, que en una urna de madera y vidrios, entre dijes y chucherías, entre un burro y un toro que había perdido un cuerno, sonreía tontamente, enseñando los diminutos dientes de roedor.

Así trascurrieron los seis meses que debía servir en su calidad de estudiante de leyes, próximo a optar grado. No le disgustó el dejar las filas. El amancebamiento en que vivía lo encanallaba y los fuertes ejercicios de equitación que hacían diariamente, durante cuatro horas, amén de marchas a pie y otras ocupaciones, teníanlo cansado.

Aquel período de vida agitada y de ejercicios físicos, había desarrollado su cuerpo y fortalecido sus músculos.

Prometió a Esther Jiménez volver, sin ánimo de cumplir su promesa. La joven, sellando el compromiso, puso una sortija de oro en el dedo anular de la mano izquierda del galán.

La víspera de su partida, despidióse Gaspar de la chola en una larga noche de amor, en que ésta lo llamó dulcemente, *vidita, corazoncito.*

Partió, acompañado por un arriero cochabambino, que le había alquilado la mula de silla y la de carga.

Pocos días después, llegaba a su ciudad natal. En el «convento verde» lo esperaban Carmencita y dos o tres sirvientes portadoras de bandejas con mistura de flores y papel picado, que le arrojaron a puñados y con la que quedó cubierto, convertido en

© Biblioteca Nacional de España

héroe que si no volvía de la guerra, había llevado a cabo pequeñas hazañas amorosas. El joven conmovido por aquella manifestación, debida exclusivamente a Carmencita, la abrazó efusivamente y casi sin darse cuenta, llevado por la costumbre de besar a Esther Jiménez, puso un rápido pero sonoro beso en la boca de la muchacha que enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

Carmencita halló a su primo más hombre, casi gallardo. Había perdido aquel aire de apocamiento adquirido en el colegio de jesuitas.

—La tía Dorotea te espera arriba. Va a quedar muy contenta al verte tan bien.

—¡Ay, Jesús!—decían las sirvientes,—el niño Gaspar tan quemado y tan grande.

Para ellas, que habían visto crecer a Gaspar, éste continuaba siendo un niño.

Doña Dorotea hallábase en una de las salas de recibo, en compañía del padre Sierra; del doctor Carreón, abogado beato; del coronel Peralta, militar retirado hacía largos años que servía a doña Dorotea como un criado y del «puerco espín».

—Ahí tenemos al héroe de cien batallas,—exclamó el padre Sierra en son de broma, viendo entrar a Gaspar.

Doña Dorotea lo abrazó con su habitual frieza, el coronel Peralta lo estrechó la diestra como si apretara la de un camarada y el «puerco espín» hizo aspavientos de ver tan hombre al chiquitín al que enseñara las primeras letras.

Comieron en seguida con copia de añejos vinos, muchos platos y varios postres.

© Biblioteca Nacional de España

Sirvióse la comida en la rica vajilla de plata, desde cuyas macizas fuentes se desprendía el vapor perfumado de las suculentas viandas y de los aromáticos guisos.

El padre Sierra animaba la mesa con cuentos finos y discretos y con dichos espirituales. Carmencita, locuaz y alegre, miraba a cada momento a Gaspar, llevada por una inconsciente atracción de las pupilas del joven, que comenzaba a encontrar encantadora a su prima.

Esta, sintiendo cosquillas en la lengua por decir algo que pensaba, exclamó de improviso, al descubrir en la mano izquierda de Gaspar, en el dedo anular, un anillo:

—Matrimonio en casa. Gaspar tiene aro de compromiso.

El aludido que había olvidado la pequeña sortija que Esther Jiménez le pusiera la víspera de su partida, protestó, un poco confuso.

—Avisa quién es ella,—agregó la muchacha.

—Te prometo que no hay tal novia, Carmencita.

—Eso no es posible, Gaspar no está ni en edad ni en condiciones de casarse y por lo tanto no puede tener novia,—dijo con aire de convicción doña Dorotea.

—Gaspar es muy juicioso para eso,—opinó el padre Sierra que consideraba necesario aniquilar cualquier pretensión que el estudiante pudiera tener respecto a Carmencita.—Ya llegará la época en que pueda contraer matrimonio y ser un padre de familia piadoso y amante de su hogar.

© Biblioteca Nacional de España

—Mi don Gasparito,—insinuó tímidamente el «puerco espín».

—Algún amorcito de contrabando,— apuntó el coronel Peralta que estaba sentado al extremo de la mesa.

—¡Por Dios coronel!,—le interrumpió doña Dorotea,—¡fíjese donde está, no escandalice a mi sobrina!.

—¿Qué tiene de particular tía?, a la edad de Gaspar es muy natural,—arguyó con desenfado Carmencita.

—¡Callaté niña!. ¡No sabes lo que dices!.

A los postres, doña Dorotea anunció una sorpresa: era un queso de almendra, fabricado en el monasterio de Santa Clara.—Las madres tienen manos divinas. Ya verá, padre, ¡qué rico!,—dijo la señora dirigiendose al superior y levantando la tapa de cristal opaco de una hermosa quesera con base de plata.

Durante la comida el coronel Peralta y el hermano que acompañaba al padre Sierra, habían vaciado varios vasos de vino.

Este último, aprovechando un momento de silencio, anunció a doña Dorotea:

—¿No sabe amiga que tenemos aquí un español hidalgo?

—¿Si?

—Un mozo simpático que revela en su porte su claro origen. Reveces de la suerte lo han obligado a expatriarse y a tentar fortuna en América. Ahora trabaja con Carbonell, que usted conoce, y es tal su capacidad, que el jefe está resuelto a asociarlo a sus negocios.

—¡Una prebenda!, Carbonell, como la señora sabe,

© Biblioteca Nacional de España

gira con capital de más de dos millones de pesetas. El mozo vino recomendado a mí por un ilustre misionero, de la orden de religiosos de la *propaganda fidae*. Se llama Juan Luque.

—He oído hablar de él.

—Un buen día tendré el placer de presentarlo en esta casa. Quiero que conozca el noble solar que conserva intacta la tradición de sus mayores y que prolonga en América, nacida de España, las virtudes y las costumbres de la madre patria.

—Será muy bien recibido, padre,—respondió doña Dorotea, que no rehusaba nada al jesuita y que no olvidaba que su madre y abuela habían sido muy decididas por los españoles y por las cosas de España.

© Biblioteca Nacional de España

IV

Gaspar ingresó nuevamente a la Facultad de derecho y comenzó sin gran interés el estudio del derecho y código civil. Ese año encontró en el mismo curso a su amigo de la infancia Ramón Arenales. Entraron a la redacción de un diario «La Vida Moderna», en que iban a escribir crónicas y artículos filosóficos y jurídicos

Al mismo tiempo leían ambos a Darwin y a Spencer. De esta suerte ruían por tierra los prejuicios que le quedaban aún y que su inteligencia de muchacho aceptara sin beneficio de inventario.

Arenales y Gaspar se reunían en las noches y leían hasta las once o doce, antes de ir a corregir los artículos que dieran en el día para la redacción de «La Vida Moderna», a la que se había incorporado Gaspar, después de algunas vacilaciones.

En determinados momentos, arrebatados por las ideas del autor, declamaban un poco. Cambiaban opiniones, discutían, comentaban.

Poco después se unían a ellos Federico Gálvez que regresaba de Europa, donde había permanecido

© Biblioteca Nacional de España

dos años, luego de recibirse de bachiller y Antenor Saldaña, estudiante de medicina.

El primero estaba un poco pagado de sí mismo, muy enamorado de Francia y de cuanto fuese francés y muy dado a elegancias. Escribía en un estilo que el calificaba de modernísimo, florido oscuro, lleno de galicismos. Continuaba siendo el mismo excelente muchacho de siempre.

Por simpatía intelectual se aproximó a sus antiguos amigos, con los que no había tardado en encontrarse. Fué una sorpresa agradable.

Arenales, Gaspar y Saldaña caminaban una noche de retreta en la plaza principal, cuando vieron pasar a un joven que llevaba entallado sobretodo Dorcet, *guêtres* claros y monóculo que brillaba sobre el ojo derecho de su dueño.

—¿Quién es ese tipo?, preguntó Gaspar.

—Hombre,—repuso Arenales,—es una cara que conocemos. Ya caigo en cuenta. ¿A qué no adivinas quién es?.

—Pues no.

—¡Gálvez, chico! ¡Gálvez!

—¿Gálvez?

—El mismo. Vamos a buscarlo.

—Vamos.

Dirigiéronse apresuradamente en pos de él. Encontráronlo fumando un gran cigarro puro y hablando francés a gritos con el hijo de un relojero suizo. Lo llamaron:—¡Gálvez! Volvióse el joven, miróles, se afirmó el monóculo y al fin exclamó:—¡Arenales!—¡Saldaña!

© Biblioteca Nacional de España

—Abrazáronse cariñosamente y como aquél no reconociera de inmediato a Gaspar, cuya estatura y fisonomía habían variado mucho en los años transcurridos sin que se vieran, Arenales le dijo:

—Gáspar Silva, nuestro compañero de «La Abeja»—¿Te acuerdas?

—Gasparito,—gritó Gálvez—¡Qué gusto de verte! Te encuentro hecho un hombrón...Crean ustedes que a cada paso hallo caras conocidas.

En seguida se dirigieron los tres, del brazo, a un salón de billares próximo. Tenían hambre de cambiar impresiones.

Sentáronse en torno a una pequeña mesa.

—¡Mozo!..¡eh mozo!

—¿Qué tomas Federico?,—preguntó Ramón Arenales.....—¿cerveza, un refresco?

—La cerveza es muy alemana y como ustedes habrán notado, yo estoy muy parisiense,—dijo Gálvez, riendo...—Tomaré *absynto*.

Saldaña, Arenales y Gaspar pidieron cerveza.

El mozo de servicio les llevó dos *chopes* y una copa de ajenjo.

—A mí por hoy,—añadió Gálvez,—los dos únicos licores que me placen son el *absynto* y el champagne. Dos bebidas de aristócratas y de soñadores. Yo tuve una querida con los cabellos color champagne y con los ojos color de *absynto*...

—No exageres, chico.....y, ¿cómo se llamaba tu querida?

—Se llamaba *Marguerite*.—(Gálvez dijo el nombre en francés) *Marguerite*,—como se llaman en Francia las tres cuartas partes de las queridas.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Qué historia, hombre!

—Supongo que sería bonita la muchacha.

—Preciosa. Una encantadora figura y qué alma, ¡señores!. Almas como esa sólo se encuentran en París. Si ustedes quieren conocerla, acá la llevo, sobre el corazón y Gálvez sacando del bolsillo interior de su americana una cartera, extrajo de ella una tarjeta postal en que estaba el retrato de *Marguerite*, joven rubia, de facciones regulares, brazos delgados, senos bajos, que en manera alguna correspondía a los elogios de Gálvez. Al pie de la fotografía leíase en caracteres angulosos:

Mon petit Frédéric: n'oubliez pas la pauvre Marguerite.

—Mis felicitaciones y ¿qué cuentas de París?

—¡Oh París es único, amigos míos! Sólo hay un París en el globo. Sólo hay una ciudad en la tierra en que la vida sea un carnaval perpetuo y en la que al lado de esa insaciable sed de placeres, florezcan la ciencia y arte supremos. No hay mujer como la francesa, amigos. Es adorable en su frivolidad, en su inteligente comprensión del amor material, en su egoísmo y en su abnegación; en la elegancia de su alma y de su cuerpo. Es París la única ciudad de las consagraciones definitivas y la única que sabe enriquecerse dispensando la más sabia de las protecciones al extranjero. Créanme ustedes, sólo ambiciono una cosa: hacer dinero para volver a París. Los demas centros resultan al lado de ese estúpidos, insustanciales, insípidos.....

Gaspar y Arenales escuchaban a Gálvez, persua-

© Biblioteca Nacional de España

didos de que en sus calurosos elogios había mucha exageración; pero no dejaban de sentir un poquillo de envidia por el baño de civilización que se había dado su amigo.

Vaciadas sus copas, pidieron nuvamente cerveza, en tanto que Gálvez se hacía servir más ajenjo.

—¿Y de nuestra tierra qué me cuentan ustedes?

—Ya lo ves, la misma monotonía de siempre,—repuso Gálvez.—El espíritu conservador continúa a reinar; viven aún los prejuicios heredados de la colonia; son cada día más intensos el amor a la política y la empleomanía, el hábito inveterado de vivir del presupuesto: enfermedades crónicas de la República.

—Algo peor,—interrumpió Gaspar.—Los frailes ejercen cada día un dominio más poderoso.

—Nuestra escasa fortuna nacional,—añadió Arenales,—emigra con las muchachas ricas que casan con extranjeros y con las minas que inteligentemente adquieren los mismos. La situación social de Bolivia es digna de estudio. Creo que no se parece a ninguna otra y que está en contraposición con la de las sociedades contemporáneas. En todas partes existe la defensa social de la fortuna, aquí no.

—Es cierto, pero nosotros carecemos de otras plagas sociales,—repuso Gálvez.—En Bolivia no existe ni la trata de blancas ni el tipo genuino del caften, tan común hasta en países nuevos como la Argentina y el Brasil.

—Sí, pero en cambio el adulterio que era raro y el infanticidio aumentan,—objetó Arenales,—y la li-

© Biblioteca Nacional de España

bertad de costumbres tiene entre nosotros fenomenalidades curiosas.

—No hay sociedad alguna, estoy cierto,—agregó Gaspar—en que, como en la nuestra, sea tan fácil el triunfo de los advenedizos por el solo hecho de que sepan mentir y de que vistan bien. Señoritas hay que han estado a punto de casarse con individuos que poco después andaban a vueltas con la justicia por estafas y estelionatos. Se podían citar los nombres.

—Somos muy ingenuos y muy confiados,—opinó Arenales.—Esa facilidad para escalar buenas situaciones se extiende aquí a los sabios de importación. Ya habrán notado ustedes que los profesionales que vienen a Bolivia, que en su país no pasan de ejecutoriadas nulidades, aquí son eminencias. Un albañil italiano o catalán se vuelve en nuestro país arquitecto; un simple violinista gran músico; un andarín vulgar conferencista y profesor; cualquier maestrillo salido de una escuela normal, eminencia pedagógica. Se rodea, se engríe, se engrandece a esos sabios de pega y se les paga pingües sueldos, mayores que los que ganan los más altos magistrados de la República, para que al fin de cuentas vayan a hablar pestes de Bolivia y a desacreditar al país en el exterior.

BIBLIOTECA NACIONAL

No digo que no sea benéfico el elemento extranjero en nuestra patria; al contrario, lo creo necesario; pero conceptúo que lo que necesitamos no son farsantes y aventureros, sino colonos, agricultores. Esa es la inmigración que nos conviene.

—Apoyado,—dijo Gaspar.

© Biblioteca Nacional de España

—De acuerdo,—exclamó Galvez,—Debemos evitar el *struggle for life* y el *escroc*; dos tipos de la vida moderna que prosperan bien entre nosotros.

—¡Mozo, más cerveza!

—¡Mozo, otra copa de *absynto*.

—¿Y te divertiste mucho en París, chico?—preguntó Arenales.

—Pues ya lo creo. Allí el aire está impregnado de *odore di femmina*. El amor penetra por los poros y la belleza de las mujeres se derrama por los *boulevards*. ¡Qué horas inolvidable he pasado en los *cabarets* del barrio de Clichy y que deliciosas cenas he hecho en compañía de amigos americanos, con muchachas tan bonitas como espirituales que nos ayudaban a vaciar las copas de *champagne* y que luego nos daban el tesoro de su cuerpo joven en impagables noches de amoroso refinamiento! La francesa llega al genio en el arte del amor. Sabe hacer de él un poema, es cierto que un poema caro. Sin muchos billetes de cien francos no se hace nada. En cambio la mujer francesa en el hogar es excelente. Modelo de virtudes caseras y de economía doméstica. No siempre es la adúltera que la novela nos pinta. Nosotros andamos errados cuando creemos que todas las francesas son *cocottes*.

—Mozo, tres cervezas y otro *absynto*.

Los jóvenes sentían animación extraordinaria, hablaban cada vez más alto.

—Oye Federico, es necesario que tú cuentes algo de tus impresiones de París en «La Vida Moderna» y que escribas acerca de las ideas y literatura actuales, de las costumbres contemporáneas; que ha-

© Biblioteca Nacional de España

gas labor crítica y comparativa, diciendo la verdad de las cosas y echando por tierra las mentiras que inventan los jovenzuelos que han tenido la suerte inmerecida de estar en París y las mujeres frívolas que sólo van allá a aprender lo malo.

—Lo haré con mucho gusto.

—Nosotros,—prosiguió Arenales,—estamos comenzando una gran campaña, Gaspar y yo. Me ha prometido también su cooperación Enrique Robles, mozo valiente, como tú sabes. Como ninguno de nosotros es empleado público, diremos las verdades con nuestra firma. Sólo Gaspar tendrá que valerse de seudónimo, porque la bruja que tiene por tía, le suspendería los recursos inmediatamente que supiera que colabora en «La Vida Moderna». Pondremos los puntos sobre las íes, diremos las verdades a todo el mundo. Atacaremos lo mismo las vergüenzas sociales que las administrativas.

—Gaspar que había permanecido callado algún tiempo tomó la palabra.

—Hay cosas dignas de combate en nuestro país. El espíritu conservador intransigente, sectario, estúpido; ese que comete el crímen y niega el derecho de ocuparse de él, de nombrarlo siquiera, como un asesino que tiene miedo de repetir el nombre de su víctima; ese obscurantismo que prohibe indagar la verdad y que pretende imponer a las inteligencias sus mentiras perversamente elaboradas como dogmas indiscutibles; que predica la confesión, la vigilia y el ayuno para negociar con bulas; que hace votos de pobreza y se apresura a recibir cuantiosas sucesiones y a atesorar enormes fortunas improductivas; que

© Biblioteca Nacional de España

inventa los suplicios del infierno para los pobres por que no tienen dinero para comprar la virtud y concede la salvación de sus almas a los ricos prometiéndoles un paraíso absurdo, casi pagano, aunque cometan los mayores delitos; ese conservantismo que crea frailes gordos, ociosos, inútiles parásitos sociales y que protege falsas sociedades de beneficencia y con ellas la probreza elegante de ciertas familias privilegiadas; ese catolicismo a *outrance* para el que el fin justifica los medios. Eso es lo que debemos combatir. Ahí están nuestras plagas, las llagas sociales que corróen nuestro organismo, que impiden nuestro progreso. Aniquilemos al fraile que socaba el matrimonio, que corrompe a la mujer en el sermón y en el confecionario.

—Esas son ideas antiguas,—opinó Saldaña.—¿Quién se preocupa ahora con los frailes! La iglesia ha pasado al segundo plano y pronto quedará relegada al último. Es un respetable cadáver histórico que tuvo su misión. La religión del día es la de mi maestro, la de Comte. El catecismo de hoy es el catecismo positivista. ¡Probres frailes! Me inspiran compasión. Dejémosles agonizar en paz su vida estúpida. No me causan temor sus amenazas y sus excomuniones.

—Vaya que usted tienen cualidades excelentes de oradores,—dijo Gálvez,—Me gusta mucho hallarlos empapados en esas ideas. Eso prueba que los nuevos sacudimos los prejuicios que mamamos con la leche de nuestras madres. Ojalá los favores de la suerte no nos cambien haciéndonos pensar de un modo diametralmente opuesto el día en que nos veamos n una alta posición, rodeados de amigos y dueños

© Biblioteca Nacional de España

de riquezas que nos permitan vivir holgadamente. Claro que es a nosotros, a los jóvenes, a los que corresponde encausar el país por la senda de los nuevos principios; que somos nosotros los que debemos dar cabida en nuestra institucionalidad a las doctrinas y costumbres modernas, que van transformando las sociedades y conduciéndolas por el camino de su progresiva perfección a lo desconocido.

¡Mozo! ¡tres *chopes*, un *absynto*!

Los pueblos como las razas, como los hombres,—prosiguió Gálvez,—son más propensos a determinadas enfermedades. Algo más, a cada grado de civilización, a la magnitud de un agregado de individuos, corresponden diferentes plagas sociales. En Europa esos males se llaman adulterio, trata de blancas, anarquismo, caftismo, pederastía, huelgas, atentados.

Entre nosotros las enfermedades sociales se denominan analfabetismo, ignorancia, alcoholismo, caudillismo, obscurantismo, politiquería.

El alcohol nos embrutece y aniquila. Mata en poco tiempo al indio quichua y al aimará, hace perezoso y descuidado al obrero, camorrero, intransigente, cobarde y malo al político y al tinterillo. Destruye cerebros brillantes, enerva hombres de Estado. Curiosa paradoja el que sean mal vistas las personas de buena situación social que no beban todos los días media docena de aperitivos más o menos alcohólicos.

—¡Conforme!—exclamó Arenales.

—Anonada generaciones y prepara otras de de-

© Biblioteca Nacional de España

generados y de inservibles, herederas de manías y de taras. ¡Señores, el alcoholismo es una maldición para nuestra patria! Ha influido hasta en nuestras pérdidas territoriales. Alcohólico fué Melgarejo y alcohólicos fueron muchos de los tiranos y caciques que nos han dejado desmejoradísimo el patrimonio territorial.

—No creo en el peligro del alcoholismo—interrumpió Saldaña.—Conozco alcohólicos que han llegado a octogenarios. El alcoholismo agudo mata a los degenerados o enclenques por naturaleza; pero conserva a los fuertes y a los que se emborrachan metódicamente. Todos es cuestión de sistema. Poco a poco se puede llegar a consumir grandes cantidades de bebidas alcohólicas, sin que sufra gran cosa la economía animal y sin que disminuya la inteligencia del individuo. Borrachos han sido Byron y Espronceda; borrachos Alfredo de Musset, Edgar Poe, Verlaine, Beaudelaire; borracho Rubén Darío. Las erróneas conclusiones de los antialcoholistas, los horrores del infierno del alcohol que pintan con colores dantescos, no me asustan.

—¡Mozo, tres *chopes* y un *absynto!*

Gaspar callaba. El recuerdo de la muerte de su padre, que había presenciado y cuya causa no era otra que el alcohol lo oprimía dolorosamente en aquel instante. Hallábase pálido y sentía cierto malestar, cierta confusión de ideas que la cerveza bebida causaba en su organismo. Una idea fija lo obsesionaba: ¿Seré también alcohólico por herencia? y un escalofrío de terror recorrió su organismo.

© Biblioteca Nacional de España

—Por otra parte,—seguía perorando Gálvez,—¿Qué cosa más odiosa que el caudillismo, qué personaje más repugnante que el cacique? Temo mucho que el alma del caudillo, protector de los rebaños de hombres, socapador de los bribones, socio de los explotadores, encumbrador de las nulidades y de las medianías viva aún en todo el continente americano, en las naciones de origen latino.

Arenales exaltado por las ideas de sus amigos y por las suyas propias, así como por los repetidos vasos de cerveza que bebiera, gritó:

—¡Abajo el obscurantismo! ¡Abajo el caciquismo!

—¡Combatamos esas plagas!—exclamó Gálvez.

Durante una hora más continuaron discutiendo, verbosos y exaltados, incurriendo en contradicciones, sosteniendo extremadas doctrinas, más entusiastas y empecinados que lógicos

Cerca de media noche Arenales y Gálvez pagaron la cuenta y condujeron a sus casas a Gaspar y a Saldaña, que estaban ebrios.

Iban a comenzar su campaña antialcohólica con una pequeña borrachera.

© Biblioteca Nacional de España

V

En breve se ensanchó el círculo de «la Vida Moderna». Entre los nuevos adherentes al grupo, tres tipos se singularizaban: Nicanor Sánchez, Pedro Quiroz y Alvaro Henríquez Maciel.

Nicanor Sánchez en cuyas venas corría la sangre de un cura español y de una india quichua, era un tinterillo delgado, de baja estatura, color cetrino, ojos pequeños pero vivos, cabellos frondosos y gruesos, bigote ralo y ninguna barba.

Habíase casado por interés con mujer mayor que él en unos quince años. Al librar a una solterona de vestir santos, hízose la ilusión de que en lo venidero podría llevar vida cómoda y despreocupada y de que no tendría que borronear a duras penas escritos llenos de triquiñuelas, argucias y chicanas.

¡Qué pronto se desvanecieron sus vanas esperanzas!

Su esposa que cuando novia se fingió romántica y soñadora, apenas recibidas las bendiciones, revelóse una perfecta tarasca. Si bien se había avenido a pagar el frac y demás prendas de vestir, con que su futuro la condujo al pie de los altares, unida

© Biblioteca Nacional de España

indisolúblemente al rábula, cerróle la bolsa y le intimó la obligación en que estaba de ganarse la vida.

En los días que siguieron a la boda no hubo arrebatos ni extremos. Tan frío fué él y tan marchita encontró a su mujer, que la clásica luna de miel no azomó en el horizonte de aquel matrimonio.

En el comedorcillo que ella había amoblado con su dinero comían silenciosos: Sánchez pensativo y tristón, considerando filosóficamente la barbaridad que había hecho; ella hostil y no menos pesarosa. Cambiaban monosílabos secos y helados, que parecían afilarse como puñales en la boca de los cónyuges.

Aunque vencido y dominado por su mujer, Sánchez no quiso defender más pleitos ni buscarse un empleo subalterno. Como su esposa, a fuerza de empeños, consiguiera para él una actuaría, se portó tan mal y faltó tanto a la oficina, que fué despedido. Al saberlo, Concha le armó un escándalo que él supo afrontar con estoica filosofía.

Aquella no le dió desde entonces un real. Gracias que no le negara la comida y que no le hiciese poner la cama en la calle.

Entre tanto la ropa de Sánchez iba envejeciendo. A los seis meses estaba de tal modo grasienta y descolorida que su dueño, cuyo cuello cubría un pañuelo negro, no podía presentarse en las calles a la luz del sol.

De noche iba de farra con amigos y visitaba algunas veces la redacción de «La Vida Moderna».

© Biblioteca Nacional de España

Llamábase a sí mismo «ave nocturna». Sus camaradas pusiéronle el apodo de «el buho Sánchez».

Celebraban sus arengas, alocuciones, discursos y salidas con nutridos aplausos o con burlescas carcajadas. A él le importaba poco que le tomaran el pelo, con tal de que le oyesen.

Sus artículos contra el femenismo que el noctámbulo denominaba: «la mayor aberración contemporánea», pues le parecía absurdo que mujeres como la suya pudiesen pretender los mismos derechos que el hombre, acogíanse con aplausos en la redacción del periódico y divertían a sus numerosos lectores.

Apreciábanse también los editoriales pomposos que de vez en cuando escribía y encargábasele de llevar la palabra, en representación del grupo, en los entierros de políticos y de personas espectables y en las veladas que se celebraban en las fiestas patrias. En tales acontecimientos la redacción de «La Vida Moderna» pagaba camisa nueva, cuello y puños para Sánchez, así como la limpieza de la levita de mucho vuelo, que aquél guardaba religiosamente, para lucirla en los días cívicos y feriados o a la muerte de algún prójimo de campanillas. Entonces, esa estrígida humana, se campeaba en pleno día, olvidada la «torre» en que habitaba, que no era ciertamente de marfil y que estaba guardada por la terrible Concha. A veces Sánchez empinaba el codo. Su esposa, al verlo borracho, le cascaba las liendres de lo lindo, mientras él la insultaba con toda la elocuencia que le daba el alcohol.

Pedro Quiroz escribía la crónica social de «La Vida Moderna». Músico hábil, con igual facilidad to-

© Biblioteca Nacional de España

caba el violín, la guitarra, la cítara y el acordeón. Marinetti le había vuelto los cascos. Quiroz era futurista.

Antiguo admirador de Arrieta y afortunado compositor de valses sentimentales, con marcado dejo criollo, habíase hecho popular en diversos círculos sociales de Sucre por la complacencia con que se sentaba al piano en los saraos, para tocar sus creaciones o para acompañar romanzas, canciones y recitados de los concurrentes que querían lucir sus cualidades artísticas y porque enseñaba la técnica de aquel instrumento a la mayoría de las señoritas casaderas.

Invitábasele a cuanto baile, tertulia, matrimonio o bautizo se celebraba en la ciudad. Ninguno de sus amigos estaba más al corriente de las actualidades mundanas y por lo tanto mejor preparado para escribirlas en el «día social» de «la Vida Moderna», es cierto que bastante enmendadas por Gálvez y Arenales.

El instrumento músico favorito de Quiroz era el violín. Bajo su pálida barba la caja sonora vibraba dulcemente en la aria «bell alma innamorata» de Lucía di Lammemoor, en el «Sherzo» en si bemol de Chopin o en la «Balada» de Talberg.

Más de una señora o señorita, sacudido su sensorio por las notas trágicas y vibrantes del violín de Quiroz, se había enamoricado de él.

Cierta chiquilla endiablada, a la que daba lecciones de cítara, hízole consentir que lo amaba. Creyéndose el héroe de una pasión, el artista anduvo pregonando su felicidad y disecando en grandes info-

© Biblioteca Nacional de España

lios musicales violetas, nomeolvides y pensamientos, que su dulce tormento le obsequiaba.

Enardecido un día por las coqueterías de su experta alumna, que lo miraba con desparpajo, mientras los finos deditos herían burlonamente las cuerdas de la cítara, intentó besarla. Ella esquivó la caricia y con una explosión de risas lo dejó desorientado, sin saber si la niña se burlaba o no de él. Entonces nacieron sus primeros esplines y sus insólitas rarezas.

No tardaron en apercibirse en los salones de Sucre de que Quiroz no era el mismo.

Los esponsales de la chiquilla, su posterior matrimonio y el ligero ridículo que estos acontecimientos hicieron recaer sobre su persona, acabaron por amargar profundamente al pobre músico, cuyo violín se hizo más quejumbroso y triste que nunca.

Retrayóse de la sociedad y fué tan grande la influencia de aquellas calabazas sonoras en la vida de Pedro, que hasta sus aficiones y su estética cambiaron. Desde luego, dejó de componer lánguidos valses de nombres rotundos y largos, como aquellos que tanta boga habían alcanzado.

Hízose wagneriano, se abismó en las profundidades orquestales del «Tannhauser» y «Lohengrin» primero y de «Parsifal» y «Tristán e Isolda», después.

Su popularidad comenzó a decrecer. Los lieder y los nocturnos, las fugas y los trémulos fatigaban a las chiquillas con novio y hastiaban a los jovenzuelos enamorados; pero Quiroz en vez de volver a sus antiguas aficiones, evolucionó aun más. Había

© Biblioteca Nacional de España

leído a Marinetti y las fogozas proclamas artísticas de ese revolucionario, acabaron por desequilibrar del todo el cerebro que el amor había descompuesto. Pedro juró, al conocer las doctrinas del futurismo, que nunca más iba a componer valses baladíes, y consagróse a una gran obra, a escribir un «poema sinfónico orquestal». El temor de tener un día que asistir a la audición de éste ponía los pelos de punta al elemento joven de los diversos círculos sociales que Quiroz frecuentaba.

Tal miedo justificábase por las nuevas aficiones del maestro. Si tocaba el piano, arrancaba ahora al instrumento ruidosos acordes y desacordes de «El Buque fantasma» o ejecutaba tonantes partituras de la música futurista de Korvakov y Sivelius; si el arco de su violín rozaba las cuerdas de éste, arrancábale armonías imitativas de los murmullos de la selva, del sordo rumor del mar o del canto de las cigarras. A veces era el resoplido jadeante de la locomotora que llegaba o el grito de la sirena de un barco que partía, los que remedaba con perfección el violín.

Quiroz, transformado de esta suerte, llamábase a sí mismo «virtuoso». ¡Pobre Pedro, el amor y la música lo tenían chiflado!

A veces acompañaba al piano, con dulces florituras y arpegios suaves y pianísimos, en que apenas se apercibían las notas, los recitados de Alvaro Henríquez Maciel, el poeta parnasiano.

Ambos hacían las delicias de la concurrencia en los estrados cursis.

Maciel alto, delgado, pálido, melenudo, adormeciendo las negras pupilas de sus ojos de llamo

© Biblioteca Nacional de España

melancólico, recitaba impasible y con voz cavernosa sus poemas modernísimos:

«Venus Calípige»—«La armonía del friso», «La sonrisa del icono», «Los mármoles del jardín».

Además de poeta parnasiano, Henríquez era pintor impresionista. Pintaba a brochazos y a golpes de espátula; empleaba los colores fuertes. Su arte no era el mismo cuando cincelaba sonetos que cuando manchaba lienzos. Distaban mucho sus colores falsos y los contornos atormentados de las figuras que dibujaba, de la serenidad marmórea de sus poemas.

Como es de suponer, no vendía sus telas ni lo necesitaba. Su madre era una rica viuda que complacía con largueza los caprichos del hijo engreído y neurótico.

Oyendo a Gálvez anécdotas de París, Henríquez Maciel soñaba con las *poseuses*. ¡Si en Sucre pudiese tener una modelo!

Alguna mujerzuela, que con grandes precauciones llevó a su casa e introdujo en su pequeño estudio de pintura, al cual orgullosamente llamaba mi «atelier», desnudada a viva fuerza, resultó tener un cuerpo tan mal conformado que el joven, ante la visión de esa anatomía humana cuyas líneas tan lejos estaba de los puros contornos de las venus griegas, renunció a la dulce ilusión, imposible de realizar en esa ciudad conservadora, de copiar modelos de carne y hueso.

Vagamente soñaba en sus horas muertas, fumando en una pipa llena de tabaco hasta los bordes, que imaginativamente convertía él en perfumado nar-

© Biblioteca Nacional de España

guile, en las rubias modelos de senos turgentes y duros y de nerviosas piernas alabastrinas. ¡Oh poder de la fantasía!

Desgraciadamente para él, su madre que lo adoraba, no quería oir que se hablase del viaje de su hijo a Paris. Santiguábase como si la ciudad luz fuese el infierno, ante la posibilidad de que su idolatrado Alvaro la abandonara, para emprender el camino del Viejo Mundo.

Henríquez Maciel dibujaba caricaturas para la «Vida Moderna» y publicaba en ella versos y crónicas de arte.

En la pequeña sala de redacción se hacía sabrosa charla en las noches.

Poco a poco iban llegando los que dirigían la hoja y los que en ella colaboraban, apenas sonasen las ocho: Gálvez siempre elegante, con una flor en la solapa del entallado abrigo, firme el monóculo y con cierto airecillo de hombre superior; Saldaña descuidado y mala traza, llevando la colilla del cigarro en la comisura derecha de la boca y las manos en los bolsillos del patalón; Arnales entusiasta y verboso, haciendo molinetes con el bastoncillo; Robles solemne y pedante, dispuesto a anonadar a sus camaradas con sus conocimientos jurídicos y sus citas de nombres y de libros; Sánchez, escurriéndose como un gato entre las sombras, asustado de la luz; Henríquez Maciel, envuelto en la capa española, perfumada la melena sedosa bajo el sombrero alón, que proyectaba su sombra sobre el rostro aguileño del mozo; Gáspar meditabundo y triste; Quiroz, silbando un nuevo motivo musical.

© Biblioteca Nacional de España

Atraídos por el espíritu de camaradería que reinaba allí fueron frecuentando la oficina, estudiantes, literatuelos que entretenían su hambre hablando mal del prójimo y pseudoartistas amargados por la incomprensión del medio.

Entre el humo de los cigarros y las risas burlonas, vertíanse las más absudas y encontradas opiniones sobre las modernas escuelas filosóficas o jurídicas, sobre las capillas literarias y sobre arte. Entre frases de espíritu y chistes oíanse nombres de mujeres y palabras despectivas para los conservadores y los frailes.

Cuando Saldaña invocaba el nombre de su maestro, de Comte, Robles, levantando el índice de la mano derecha, con aire de dómine, citaba «el derecho natural de Spinoza», «la fuerza natural de Stirner», «la selección y evolución de Lamarck» y «las ideas fuerzas de Fouillet».

Sánchez se hacía lenguas del socialismo. Había que borrar la rivalidad de los pueblos; reconocer que el arte no tiene fronteras y decir con Ludlow «nuestra patria es el mundo». Era preciso fundar la asociación internacional de los pensadores y de los obreros y declarar de una vez que la propiedad es un robo, como ese gran mutualista que se llamó Proudhon. [Sánchez no se consolaba de no poder disponer del escaso caudal de su mujer].

Interrumpíanlo. El socialismo—decía Arenales,—se comprende en Alemania o Italia, hasta en la República Argentina, allí donde existe la lucha del capital y del trabajo; pero acá, en Sucre, en Bolivia, ¿cómo podemos pensar en el socialismo? El único que

© Biblioteca Nacional de España

entre nosotros podía ser socialista es el obrero; pero el obrero en Bolivia trabaja dos días de la semana y gana lo suficiente para emborracharse el resto. El peón está en condiciones más favorables aún. Se lo disputan los propietarios y hasta lo raptan de noche, como a una niña bonita.

Quiroz hablaba del futurismo.

—El futurismo. ¡Vaya con la chifladura!—gritaba Saldaña.—Mira Pedro, tú has de ser futurista hasta el día que encuentres tu futura.....esposa. El futurismo es una escuela de locos, de escritores que nadie lee, de pintores cuyos cuadros no se venden y de músicos cuyas óperas se silban.

De pronto hacíase el silencio. Era que Henríquez recitaba sus sonetos amanerados, fríos, escuchándose a sí mismo, sin dar gran importancia a las interjecciones con que sus amigos saludaban las metáforas sutiles y los tropos floridos.

Gálvez, a su vez, contaba una nueva aventura suya allá en el «Moulin rouge» o allá en el «Chat noir», entre la envidia de sus oyentes.

Mientras unos conversaban o discutían a voz en cuello, los otros escribían editoriales, crónicas, artículos de ocasión. Arenales componía epigramas y romances satíricos y Gálvez borroneaba la sección «Futilezas», en que más o menos veladamente se comentaban los enamoramientos del día o los *flirts* que se iniciaban. Gracias a esa sección elegante, en que se hacía derroche de palabrejas francesas y de galicismos, «la Vida Moderna» tenía numerosas lectoras, que se imponían con avidez de las novedades amorosas de la ciudad.

© Biblioteca Nacional de España

Escribíanse sañudos ataques contra los papás conservadores, que miraban de reojo y con marcada mala voluntad a ese grupo juvenil y liberal. Este, amén de enamorár a las hijas, llamaba sarcásticamente a aquellos «La hermandad de la sombra».

Una noche, Arenales dióles monumental noticia. Había escrito una comedia, en un acto y en verso que se llamaba «El matrimonio de Carolina», y que era una sátira a la gente pechoña.

Saludóse tal nueva con nutridos aplausos y quedó convenido que el autor iba leer la comedia al cuerpo de redactores y colaboradores del periódico. Así se hizo.

La noche elegida, Arenales, leyó su obra que supo comentar con animada mímica.

Desde las primeras escenas estallaron las risas. Aquello era graciosísimo, ingenioso, de una ironía y de un humorismo fresco y rebosante, que iba a cubrir de ridículo a la clerigalla y a los numerosos caballeros de la «hermandad de la sombra».

A cada momento se interrumpía la lectura con salidas de tono y ocurrencias de los muchachos presentes. Subrayábanse ciertas palabras, hacíase resaltar frases intencionadas, glosábanse los retruécanos y los dichos de doble sentido.

—Muy bien descrito el tipo de diputado conservador.

—El de jugador, admirable.

—¡Qué simpática la monja!

La protagonista de la sátira era una rica heredera huérfana, a la que el tutor, un tahur, que había desbaratado al juego parte de la fortuna de su

© Biblioteca Nacional de España

pupila, metía de monja a viva fuerza, en complicidad con su mujer. El enamorado de la chica, después de muchos lances y dificultades, conseguía raptarla del convento y los dos amantes se casaban civilmente, porque la Iglesia se negaba a bendecir su unión. En derredor de la hermana movíanse personajes secundarios de las diversas escalas sociales de la capital de Bolivia, desde el perfumado gomoso hasta ese paria presumido, politiquero, leguleyo y perillán, que graciosamente llaman en Sucre *guayraleva*.

El éxito de la lectura fué completo y las felicitaciones que Arenales recibió de sus compañeros y amigos, calurosas. Comparósele a Vital Aza y a Ramos Carrión y se le vaticinó que llegaría a ser una gloria del teatro castellano tan grande como los hermanos Quintero o Benavente. Por aclamación se resolvió que Ramón era el Benavente boliviano.

Celebrando el suceso, el ricacho de Henríquez invitó a los que habían escuchado la lectura de la obra a beber una copa de champagne en honor de su genial amigo. Como es de suponer no la tomaron en la redacción del periódico sino en el «Bar 25 de Mayo». A la copa de champagne siguieron otras libaciones. Sánchez, aprovechando la coyuntura, se alzó una mona que no le permitía sino la posición horizontal.

Quedó convenido que la comedia se representaría por la primera compañía dramática que llegase a Sucre.

Dos o tres meses después arribó una de zarzuela del género chico. Contaba con una tiple cómica bonita y joven y con dos partiquinas agraciadas, que

© Biblioteca Nacional de España

tenían la dosis necesaria de desvergüenza para hacer reir al público.

El grupo de «la Vida Moderna» se alborotó con el acontecimiento y el periódico cantó, en prosa y verso, encomiásticas loas al conjunto artístico de la compañía.

Gálvez, Arenales, Henríquez Maciel hiciéronse íntimos amigos del empresario, del director y de las tiples y coristas. Las noches de función permanecían detrás de bastidores, enamorando a aquellas.

Gálvez hacía el oso a la Socorro Martínez, la tiple cómica y por primera vez, desde su regreso de Paris, no se aburría. Ahora sentíase inclinado a confesar que las españolas valen tanto como las francesas, y esto, sin embargo de que la descocada artista no le había concedido más favor que dejarse besar una mano.

Henríquez, que al principio parecía conformarse con una de las coristas, acabó por revelarse rival de su amigo Gálvez, dedicando un soneto a la pícara Socorro.

Como Henríquez era más buen mozo que Gálvez y tenía más dinero, la voluble Martínez, cuya vanidad habían halagado aquellos versos que entendió a medias, dióse bien pronto trazas para desengañar a aquel para enloquecer un poco a Alvaro con sus besos de lengua y con sus caricias expertas de doctora en lujuria.

Pelearon los dos amigos y hasta se habló de un duelo. Ese desengaño no se cicatrizaba en el orgullo parisino de Gálvez que, no obtante, acabó por olvidarlo todo, consolado por las coqueterías de la única

© Biblioteca Nacional de España

bailarina que tenía la compañía, quien lo encontraba muy distinguido y muy chic.

Entre tanto, Arenales gastaba cumplidos con la primera tiple, la que presumía de actriz y era una jamona de muchas libras.

El mozo no se anduvo por las ramas. Lo que él deseaba no eran los besos de esa señora respetablemente cuarentona, sino que representásen su comedia.

La tiple prometió hablar al director de escena, éste al empresario. Después de muchas lecturas, discusiones, enmiendas y vacilaciones la piececita fué ensayada, con gran contentamiento del cuerpo de redacción de «La Vida Moderna».

Un incidente de poca importancia estuvo a punto de echar a perder las cosas. Gálvez, que andaba desgraciado en cuestión de amores, fué agredido por el real o supuesto marido de la bailarina, con el consiguiente escándalo. Separaron a los rivales, no sin que al galán se le hubiera quebrado el lente del monóculo, en los mojicones cambiados. Hubieron gritos, llantos, desmayos y pataletas, mientras el bruto aquél, que era un bajo cantante, acabó por sacar una navaja y jurar por María santísima que iba a perderse, agujereando el pellejo al mequetrefe que intentaba quitarle la hembra.

Hechas las paces, con la misma facilidad con que se desató la tormenta, después de las disculpas y satisfacciones recíprocas de rigor, continuóse ensayando la comedia de Arenales, hasta que al fin fué anunciado el estreno para un domingo en la noche

© Biblioteca Nacional de España

Como la comedia tenía un solo acto se llenó el programa con otros dos juguetes lírico-cómicos: «El pobre Valbuena» y «La alegría de la huerta»

El teatro estuvo de bote a bote, pues pocos querían perder la primera representación de «El matrimonio de Carolina». El público que asistió a aquella dividióse bien pronto en dos partidos: la claque formada por el numeroso grupo de redactores y tertulianos de «La Vida Moderna», con los cuales simpatizaba la juventud; y el partido de los padres de familia, de las damas suspicaces y de numerosos artesanos.

La indignación de la gente ultramontana, ante ciertos excesos de liberalismo de la comedia, llegó al colmo cuando se produjo el rapto de la enamorada monja. Oyéronse protestas en voz alta, golpes, silbidos y algunas patatas y cáscaras de fruta, proyectadas desde la cazuela, cayeron en el palco escénico.

Desde ese momento el órden no pudo restablecerse. Alternábanse aplausos y fuerte ruido de pies y bastones que golpeaban el tillado de la platea y el alfombrado piso de los palcos.

Cuando cayó el telón, bajo ruido infernal y alboroto, que ahuyentaba a la concurrencia distinguida, oyéronse voces pidiendo la salida del autor. Se levantaron nuevamente las cortinas de terciopelo y Arenales, con valor civil a toda prueba, apareció en las tablas, afrontándo impávido la hostilidad de la mayor parte del público. Disponíase a hablar, cuando uno de los coristas de la compañía, al ver el peligro que corría el mozo, sobre el cual caía nutrida lluvia de pepitas de durazno, chirimoya y de pata-

© Biblioteca Nacional de España

tas, levantándolo en vilo, desapareció con él detrás de las tramoyas, mientras allá afuera arreciaba la baraúnda.

La misma noche reuniéronse los muchachos en la redacción del periódico, contentísimos de la rechifla que había merecido la obrita de Robles. Tanto ruido era en realidad un suceso.

Quiroz encontraba ese éxito digno de coronar la carrera de un músico futurista. Arenales debía estar orgulloso de que su comedia hubiese sido estruendosamente pateada.

La compañía partió poco después. Alvaro quedó desesperado de que se marchase la graciosa Socorro, cuyos favores costaban a su complaciente madre, no del todo disgustada de las calaveradas del hijo, dos o tres mil bolivianos. Arenales ofreció a la primera tiple un gran ramo de rosas. Indirectamente le debía su celebridad. Cuando los dos autoómnibus, repletos con aquella gente alegre, expansiva y bulliciosa iban a partir, un chusco gritó, con acento andaluz:

«*Adió* amigos, que se va la primavera».

Un coro de ruidosas risas celebró la ocurrencia.

Chillaron los cornetines de las máquinas y, entre gritos, batir de manos, pañuelos que se agitaban y lágrimas teatrales, fuera del ómnibus las animadas cabezas del personal femenino, que realzaban los afeites, ondeados por el viento los sombreros y las plumas, pusiéronse los grandes autos en movimiento, imitando jardineras enormes de humanas flores.

Pronto una nube de polvo envolvió a los vehí-

© Biblioteca Nacional de España

culos, mientras el grupo de «La Vida Moderna», viendo alejarse aquéllos, sentía un poco de tristeza, por la partida de esos vagabundos de arte barato.

Envalentonados por la importancia que con tales acontecimientos, comentados extensamente por la prensa de Sucre, había adquirido el círculo de que formaban parte, pensaron Arenales, Gaspar y Gálvez que debían fundar un nuevo partido. Parecíales que tenían elementos de sobra para ello.

Al enterarse de tan brillante iniciativa, Sánopinó que el partido debía tener tendencias socialistas.

Quiroz quiso, que fuese el partido futurista de Bolivia.

Saldaña creyó que se debía adoptar los principios del positivismo.

A Gaspar parecíale que el nombre de «partido ultra liberal genuino» le cuadraba bien.

—Lo que nosotros queremos,—dijo a sus amigos,— es el liberalismo verdadero, muy distinto de ese absurdo liberalismo de agua tibia de ciertos conservadores reclacitrantes, que por razones políticas mitan en las filas liberales, sin embargo que son notoriamente contrarios al divorcio, al matrimonio civil, a la libertad de cultos, a la enseñanza laica, a la secularización de los bienes de las comunidades religiosas de vida contemplativa. ¡Señores, seamos liberales por convicción y por principio, liberales por nuestro programa, liberales por nuestras obras, genuinamente liberales!

Gaspar estuvo elocuente. Aceptóse su iniciativa y la flamante agrupación política organizó su di-

© Biblioteca Nacional de España

rectorio nombrando presidente a Gálvez y secretarios a Sánchez y Saldaña.

El «partido ultra liberal genuino» anunció su nacimiento en las columnas de «La Vida Moderna», cuyos editoriales reprodujeron los demás diarios.

© Biblioteca Nacional de España

VI

Un domingo el padre Sierra llevó personalmente a Luque a casa de doña Dorotea.

Recibiólos ésta en una sala de confianza e hizo llamar a su sobrina, que no acababa de explicarse cómo había sido rota la consigna de que no entraran hombres extraños al clero, a las relaciones íntimas y a la familia, en el «convento verde».

Carmencita acogió al andaluz con frialdad. Durante la visita se mantuvo reservada, casi no habló. No obstante, se dió maña para observar a hurtadillas al buen mozo, del que tan bien hablaba el superior de los jesuitas.

Luque dirigió la palabra a la joven dos o tres veces. Ella respondía con monosílabos, al mismo tiempo que se preguntaba a sí misma si aquél no sería algún pretendiente prohijado por el padre Sierra y si su tía no intentaría casarla contra su voluntad. La conversación corrió desanimada durante la media hora que permanecieron en la casa el jesuita y su protegido. El primero que percibió la semi-hostilidad de la muchacha y la indiferencia orgullosa de doña Dorotea, temiendo pisar sobre terreno falso, abrevió la visita. No obstante su sequedad habitual, la solterona

© Biblioteca Nacional de España

ofreció su casa a Luque. Aun cuando no había prisa para casar a Carmencita, al fin era aquél un español de buena estirpe, cuyo escudo de armas podría dorar el dinero de su sobrina.

Carmencita andaba encaprichada por Gaspar. La convivencia en una misma casa, los recuerdos de la infancia, la simpatía recíproca, reunidos, habían ido evolucionando en ella hacia un sentimiento que se acercaba al amor.

Gaspar, entre tanto, aparentaba no comprender lo que pasaba. No había preguntado quién renovaba un ramo de rosas en un florero de su salita escritorio, quién se afanaba para que le sirvieran calientes y bien el almuerzo y comida que tomaba a deshora; afectaba no percibir que los ojos de ella querían hacerse encontradizos con los suyos e ignorar que la muchacha le expiaba los pasos e indagaba entre sus amigas si le conocían algún amorcillo.

La verdad es, pensaba Carmencita, que se necesita estar ciego o ser tonto, para no ver las cosas, para no comprender lo que para otro sería tan claro.

Gaspar no estaba ciego.

Gustaba de su prima y dábase perfecta cuenta de las coqueterías de ésta; pero temía enamorarse de la joven y ser desengañado cualquier día. Ella era bonita y rica, él era pobre y su porvenir muy dudoso. Carmencita recibiría intacto el patrimonio que le dejara su progenitor Daniel de Silva, al paso que su abuelo se había encargado de disipar la fortuna que pudo haber dejado a su hijo y a su nieto.

Doña Dorotea en calidad de tutora, administraba los bienes de Carmencita y llenaba de considera-

© Biblioteca Nacional de España

ciones a la huérfana. Entre tanto, él vivía de la caridad de la solterona, si caridad podía llamarse el que le permitieran ocupar los cuartos que habitó su padre y comer la misma comida que se prodigaba a zánganos y parásitos, echándole en cara el favor en la primera ocasión, humillándolo a cada momento, haciendo para con él lujo de despego y menosprecio.

Su padre, primo hermano de doña Dorotea, no merecía en los labios de ésta otro nombre que el de «el perdido de tu padre». A él se le llamaba a menudo hereje, masón, ateo.

Casado con Carmencita, si su matrimonio alcanzaba a realizarse, sería uno de esos maridos por entero dependientes de su mujer, un administrador de los bienes de la esposa, especie de criado distinguido, cuyos servicios comienzan en el lecho. Conocía algunos matrimonios de ese género y se acordaba de las palabras del moralista que dice: «En cuestiones de dinero la mujer tiene increíble estrechez de miras y en casi todos los casos tiraniza al marido económicamente inferior a ella. El matrimonio pobre tiene a menudo un placer intenso que desconoce el matrimonio rico: es el placer de prosperar».

Su matrimonio con Carmencita era, además, muy difícil. Lo preveía. Doña Dorotea le haría guerra sin cuartel en cuanto se apercibiese de la existencia de amores entre ellos y a la beata, intrigante y mala, se uniría el personal de consejeros y aduladores, tinterillos, frailes, coroneles retirados, «coro de vírgenes», moscas del «convento verde», que se encargaban de ayudar a doña Dorotea a consumir una

© Biblioteca Nacional de España

parte de sus rentas y una parte de sus productos. Para coronar la obra, el confesor de Carmencita tomaría cartas en el asunto e impondría normas de sentimientos al corazón de la joven, la cual cedería, estrechada por todas partes, ante la presión del medio.

Le repugnaban la seducción y el escándalo. Un individuo sin escrúpulos bien podía hacer suya a la huérfana dirigiéndose a sus sentidos, aprovechando la crisis sensual que atraviezan las chiquillas a los diez y ocho años.

A él pobre, pero descendiente de caballeros, a él incrédulo, casi ateo, le repugnaba ese asalto criminal a la virtud de una niña, para apoderarse de su fortuna.

Prefería trabajar, luchar, obtener al fin una situación que le permitiera ganarse la existencia y casarse con una muchacha pobre y sin exigencias, cuyos ideales se pareciesen a los suyos, cuyo apoyo y defensa fuera él y que para confortarlo en las durezas de la vida, supiese decirle palabras de consuelo y de aliento.

Carmencita rica, engreida, voluntariosa, mal educada, frívola, bonita, no le convenía si deseaba vida sosegada. Algo más, por mucho que quisiera, no conseguiría casarse con ella.

Por tales razones Gaspar se trazó una línea de conducta respecto a su prima. Tratabála con afecto filial, agradeciéndole sus atenciones como si fueran dispensadas a un hermano y nada más.

Sin embargo, en el fondo de su alma, en silen-

© Biblioteca Nacional de España

cio, recónditamente, con timideces de quien no se atreve a confesarse a sí mismo una verdad amarga, amaba a Carmencita.

Cuánto más bella y orgullosa, cuánto más rica y rodeada de agazajos y adulaciones, cuánto más lejos la veía de sí, más crecía en su alma el dolor de lo imposible, más se intensificaba su dolorosa desesperanza.

En los ojos de ella había una invitación muda al idilio, a la felicidad. Por veces, sentía ímpetus de precipitarse como un loco, de ceder a los impulsos del corazón y de la carne, de tentar fortuna, de ser audaz, de complacer a la chiquilla caprichosa e instintiva.

Empero, el desaliento lo anonadaba en breve ante la incertidumbre de ser vencido, ante el temor de que un grande pesar viniera a sumarse a los que ya había sufrido en su infancia, adolescencia y juventud atormentadas.

A veces se creía libre de ese amor, pensaba que se engañaba á sí mismo, suponiéndose enamorado de la joven. Se reía de sus debilidades y cobraba confianza; pero las coqueterías de Carmencita se encargaban de desvanecer sus esceptisismos. La muchacha lo hacía instintívamente, porque se sabía bonita y por observar el efecto que esas coqueterías causaban en Gaspar.

Este sentía al observarlas, como una mordedura en el pecho y luego, malestar insoportable en que le daban ímpetus de precipitarse sobre el rival, abofetearlo y de pegar también a la chiquilla.

Los sitios en que Carmencita se ejercitaba en el

© Biblioteca Nacional de España

arte de la coquetería, para hacer rabiar al primo, eran los cinematógrafos y el «National skating», únicas casas de diversión a que podía asistir, para lo cual había obtenido, no sin dificultad, permiso de doña Dorotea. Esta, que salía poquísimo, no conocía tales espectáculos. Los conocía apenas por referencias y los suponía mucho menos inofensivos que el teatro para las chicas casaderas y más honestos que los bailes, en que las mujeres habían dado en la manía de descotarse escandalosamente. Nada de bailes ni de teatros. Carmencita no iría a uno sólo, mientras dependiese de ella.

A los cines y al «skating» Carmencita iba acompañada por doña Éduviges Vásquez, su hija Rosita y Gaspar, mientras doña Dorotea rezaba novenas.

Luque, que seguía los pasos de Carmencita, sabía de memoria los días en que ésta iba a uno u otro espectáculo.

En el salón de patinar se ofrecía galantemente a ser su caballero.

Gaspar, para quien el español era muy antipático, seguía con la vista la carrera graciosa de ambos, ya a la derecha, ya a la izquierda, en movimientos gallardos. Fuerte y esbelto Luque; alta, rica de líneas curvas, sonrosada por el ejercicio, con los ojos brillantes bajo la cabellera rubia, Carmencita, iniciaban su carrera rauda con un movimiento semejante al de dos aves que alzan el vuelo y como éstas, parecían planear en graciosas curvas, embriagados por la voluptuosidad de su carrera alada y por el vértigo de la rapidez.

© Biblioteca Nacional de España

Como ellos, un centenar de parejas deslizábanse raudas, igualmente graciosas, alegres, extasiadas por las dulzuras de aquel deporte. Era una carrera loca e ininterrupta sobre el roble barnizado del *ring*, produciendo ruido semejante al de un pequeño río pedregoso o al de un torrente.

Gaspar, que no había intentado siquiera aprender a patinar, contemplaba melancólicamente el cuadro animado que tenía a la vista. La juventud, la energía, el placer de vivir palpitaban allí, en esa sucesión de parejas que abstraídas en su goce, seguían con veloz marcha, una línea ondulada.

Al joven parecíale la fuga de parejas, que se precipitaban unas en pos de otras, símbolo de la vida moderna, agitada, inquieta, marchando febrilmente, en carrera sin freno, hacia el placer.

Por momentos, para sustraerse a la visión de su prima cogida de las manos de otro hombre, por entero abandonada a la seducción y a la sensualidad aérea del patinaje, salía al salón contiguo en el que se bebía cerveza, refrescos, chocolate y te, y en el que una orquesta mediocre ejecutaba mala música.

Fumaba nerviosamente cigarrillos, mientras rumiaba sus ideas.

A las diez de la noche, dejaba que Luque desabrochara las correas de los patines de Carmencita, con una rodilla en tierra, en actitud de rendido adorador.

Con la misma mala gana que al «skating», acompañaba Gaspar a Carmencita a los cinematógrafos, para asistir a los cuales, la joven gozaba semanalmente, de un día de permiso.

© Biblioteca Nacional de España

Iban con ellos, lo mismo que a la sala de patinar, doña Eduviges Vásquez y Rosita. Cuando por cualquier circunstancia aquélla no podía llevar a las muchachas, Gaspar recibía el dinero necesario para pagar las entradas.

Pronto se apercibió Silva de que, en virtud de una casualidad constante, el enamorado de Rosita hallaba asiento al lado de esta última y de que Luque, desde otra silla favorablemente situada, se pasaba la noche en mirar y sonreir a Carmencita.

La inmoralidad estúpida de las cintas cinematográficas exasperaba a Gaspar. Gran parte de esas películas, aparatósamente preparadas, consagraban el adulterio y exaltaban las seducciones fáciles de chiquillas. Encontraba en el cinematógrafo una escuela de amoralidad y preveía que su difusión, sin restricción alguna y sin vigilancia, iba a determinar fatalmente el recrudecimiento del delito, bajo todos sus aspectos.

Apenas si se acordaba de haber visto una docena de films en que se hubiese desarrollado un enredo lógico y de moral aceptable. En los más, se continuaba la novela por entregas de los mercachifles literarios, con sus crímenes inverosímiles y sus aventuras estupendas, despertando la curiosidad del grueso público, obrando con mayor intensidad que las lecturas.

A la exaltación del crímen complicado únese la del amor. El mercantilismo da un salto sobre la moral, para atraer espectadores, que reciben, prácticamente, desde la imagen negra o policroma proyectada sobre la tela, lecciones de la dulce ciencia. El

© Biblioteca Nacional de España

cinematógrafo va enseñando a las mujeres, en los dos últimos lustros, cómo se abraza y cómo se besa.

¡Qué ósculos largos, húmedos, con languidecimiento mortecino en los ojos, estremecimiento espasmódico en el cuerpo, contracción angustiosa de las manos y audaz caricia de lengua y ojos de carnero degollado, los que admiraban arrobadas las chiquillas que experimentaban las urgencias sexuales de la pubertad!

Antes, las niñas de quince años enrojecían al recibir un beso y si tenían el atrevimiento de devolverlo al galán, era un beso tímido, a flor de piel, fugaz, tembloroso, beso que huía atemorizado como una mariposa. Los besos de las chiquillas contemporáneas son expertos, copian admirablemente, aquellos que prodigan en la tela de los cinematógrafos, actrices y *cocottes*.

Gaspar adivinaba la impresión que hacían en su prima y Rosita Vásquez esos besos largos. Cuando a la oscuridad de la sala, sucedía la luz de los focos eléctricos, el estudiante observaba a las muchachas sonrientes, ligeramente turbadas, atento al oído de Rosita a lo que con aire irresistible y con una risilla impertinente murmuraba su novio, Guillermo Conde.

Gaspar, sentado al lado de Carmencita, sentía que muchas veces una de sus rodillas tocaba la de su prima, que no retiraba la suya, como si no diera importancia a aquello. Agradable sensación de tibieza, de una cosa mórbida y blanca a un tiempo, se derramaba por su cuerpo, en un escalofrío y permanecía soñando, viendo sin ver las figuras que se movían en

© Biblioteca Nacional de España

la tela, sin atreverse a oprimir un poco más la pierna de Carmencita que reía y llamaba su atención sobre las escenas graciosas de esa película.

Una noche notó Gaspar, con asombro, que Conde, aprovechando la oscuridad de la sala, ceñía la cintura de Rosita Vásquez y besaba a la joven, sin resistencia de ésta. Observó disimuladamente y llegó a hacer descubrimientos que lo espantaron. Mientras la sala estaba a oscuras, Conde se entretenía en juegos de piernas con Rosita y sus manos de libertino se entregaban a exploraciones, que dejaban a la joven roja y estremecida.

Y aquella era la íntima amiga de Carmencita. ¿Se parecían moralmente? ¿Podría él hacer con su prima lo mismo que ese canalla practicaba con la amiga?

Desgraciadamente, tenía una moral superior a la del maniquí de sastre que oía misa todos los domingos para edificar a las mamás y poder entregarse tranquilamente a desflorar la virginidad de las hijas.

Gaspar dió a entender a Rosita lo que había notado e inició en las columnas de «La Vida Moderna», bajo el seudónimo de «Argos» una serie de violentos artículos contra la libertad que reinaba en el «National skating» y contra las inmoralidades que ocurrían en los cines, consecuencia lógica de la propaganda libertina que hacen las empresas por fines puramente mercantiles.

© Biblioteca Nacional de España

VII

Los amores de Luque y de Alcira de Sepúlveda habían continuado sin grandes incidentes. Pasadas las primeras efusiones, esta última, menguado su entusiasmo y alarmada por los frecuentes pedidos de dinero, preparó con el arte que ponía en sus actos, la despedida irrevocable del mozo.

En repetidas ocasiones y contra lo que hasta entonces acontecía siempre, la sirvienta que solía abrir al joven la salita de las intimidades, anunciólo con sonrisilla burlona que la señora había salido.

Cierto domingo, el andaluz sorprendió a Alcira recibiendo la visita de un pariente joven y buen mozo, recientemente llegado de Paris, con el cual departía en francés, riendo.

Luque entró de improviso, sin anunciarse, Alcira se puso roja, pero dominándose hizo las presentaciones.

—El señor Pedro Ruiz de Mendizábal, mi primo.

—El señor Juan Luque.

La conversación corrió desanimada y floja desde ese momento. Los dos rivales se sentían mal y Alcira veíase en situación difícil.

Ruiz de Mendizábal, el cual no deseaba otra cosa

© Biblioteca Nacional de España

que ser el amante de Alcira y cuya experiencia de hombre de mundo, veía en ese muchacho buen mozo, al dueño actual del cuerpo tentador de la de Sepúlveda, afectaba cierto desdén hacia el español. Tratábalo guardando distancias. Durante la visita no lo miró una sola vez ni le dirigió la palabra e intentó retirarse, un poco disgustado, al ver que aquella tarde se frustraban sus proyectos de conquista.

—No te apures, primo,—dijo Alcira, sonriendo un tanto irónica —Acompáñame a tomar el te y creo que no llegarás tarde a tu *rendez vous.*

—No tengo *rendez vous* alguno Alcira. Me marchaba, simplemente, porque hace una buena media hora que estoy aquí.

—Te quedas a tomar el te ¿no es cierto?

—Eres irresistible prima. Me quedo a tomar el te.

Alcira oprimió el botón de un timbre eléctrico y ordenó a la sirvienta que acudió al llamado:

—Sirva el te Suzana.

La sirvienta colocó mesillas leves delante de los tres interlocutores y puso una bandeja con tazas de porcelana y un juego de te en otra mesa. Alcira, después de servir personalmente la aromática infusión, ofreció, al mismo tiempo, al primo y a Luque *brioches*, galletas, y pastillas de chocolate.

—Sirves adorablemente el te, prima.

—¿Te parece? Puedo ganarme la vida sirviendo en un *tea room* elegante en que haya una orquesta de tziganos. ¿No es cierto?

—Si tú te comprometes conmigo, me meto a em-

© Biblioteca Nacional de España

presario y nos marchamos a montar la casa en París, Londres, Viena, donde tú quieras.

—Y ¿qué hacemos de Baldomero? Olvidas a mi marido, Pedro.

—¿Tu marido? ..... Lo ponemos en la orquesta de tziganos a que toque el primer violín.

—¡Pedro! ¡por Dios! no seas deslenguado—y Alcira, haciendo un mohín, saboreaba un pastelillo con crema, enseñando los dientecillos blancos, pequeños, simétricos.

—La señora es muy aristócrata para descender a esos menesteres—opinó Luque.—Su puesto está mejor en una residencia elegante como la que tiene, alegrando su monísima casa y siendo la niña mimada de la sociedad.

Concluido el te, Ruiz de Mendizábal, con un gesto mundano en la boca fina y un poco pálida de vividor, besó a la altura de las uñas rosadas, cortadas en forma oblonga, como un pétalo de flor, los dedos cuajados de marquesas que le extendía Alcira, hizo una venia a Luque y partió, dejando en el *boudoir* de Alcira tenue perfume.

Por primera vez, el español quedó cortado cuando se retiró el primo y se vió solo con su querida. ésta, que interiormente lo maldecía, por haberse introducido en la salita de recibo sin previo aviso, rompió el silencio, diciendo con un tonillo impertinente.

—Y ¿qué tal Luque, cómo estuvo estos días?

—Vine a buscarte—repuso el joven, extrañando el tratamiento,--y la sirvienta me dijo que no estabas.

© Biblioteca Nacional de España

—Es verdad, tengo ahora mis tardes ocupadas. Será muy difícil que nos veamos.

—Pues, si tú no puedes recibirme en las tardes, te visitaré en las noches. Creo que será mejor.

—Menos aún. Las visitas de un hombre en las noches comprometen a una señora y yo no quiero dar motivo a la maledicencia.

—Más de lo que se ha dicho, ya no se ha decir. ¿Por qué esos escrúpulos?

—No quiero engañar más al pobre Baldomero, tan bueno, tan ingenuo.

¡Tan inocente!

—¿Inocente?—exclamó Alcira poniéndose de pie.—Es un calificativo sangriento. Pues bien, no quiero que en lo sucesivo lo llamen inocente, ¿sabe? Llevo su nombre y debo respetarlo. Me entregué a usted por amor, pero me detengo a tiempo. La sociedad y la religión a que pertenezco condenan el adulterio. Me he confesado y mi confesor me ha impuesto como penitencia que no vuelva a recibirlo. Tengo que acatar esa prohibición y enmendarme. Tengo que rehabilitarme ante mí misma.

¡No vuelva más! ¡Vayase usted!.....

Dicho esto Alcira ganó rápidamente la habitación inmediata, cerró la puerta vidriera que a ella daba paso y desde allí, sonriente y menos arrepentida que nunca, gritó a Luque, despidiéndolo con la mano derecha en que fulguraban los brillantes y que parecía agitarse en un movimiento burlón!

—¡Adiós Luque!.....Adiós ¡eh! ¡Adiós!

El joven se retiró furioso. Su linda aventura terminaba grotescamente. ¡Grandísima¡.....y con qué

© Biblioteca Nacional de España

cinismo hablaba de no seguir engañando al pobre Baldomero, ella, para la que su marido no era otra cosa que permanente objeto de irrisión.

Seguro estaba de que por allí andaba un nuevo querido. Tal vez ese señor de grandes bigotes, rubio, pálido y perfumado que encontró de visita. No había duda, era ese quien les ponía cuernos, no sólo a Baldomero sino también a él. ¡Ah perra!

© Biblioteca Nacional de España

VIII

Los ataques de «La Vida Moderna» a la inmoralidad de las cintas cinematográficas determinaron una corriente de antipatía contra Gaspar, que por indiscreción de uno de sus camaradas, fué revelado a la juventud elegante como autor de tales artículos. Más de una adúltera creyó verse zaherida por la crítica mordaz del mozo y algunas docenas de parejas amorosas sintieron delatados sus culpables deliquios por la pluma hiriente del novel escritor. Hasta Carmencita, siempre llena de consideraciones para él, se permitió decirle que sus censuras eran interesadas, que había en su crítica un poco de envidia.

Gaspar le anunció, en respuesta, que tendría el sentimiento de no volver a acompañarla a cinemas ni a «*skatings*».

Doña Dorotea, al saber que Gaspar se permitía escribir en un diario liberal, lo hizo llamar a su presencia y le notificó que su casa estaba cerrada para los herejes y libre pensadores, que no deseaba señalarle las puertas de la calle y que, por eso, le prohibía terminantemente volver a escribir ni una línea en «La Vida Moderna».

© Biblioteca Nacional de España

El estudiante, mordiendo su rabia, dirigióse en la noche a la redacción del diario. Allí estaban sus compañeros en sabrosa charla, fumando cigarrillos. Entró con una sonrisa amarga en los labios y dijo a voz en cuello, a guisa de saludo:

—Una nueva caballeros. Mi tía, a la que han avisado que «Argos» es mi seudónimo, me ha prohibido seguir escribiendo en nuestra diario, so pena de echarme de su casa.

—¡Qué vieja mala!—exclamó Henríquez.—Te compadezco Gaspar. La tiranía de esa señora debe ser insoportable.

—No hay nada peor que las beatas vírgenes,—comentó Arenales.—Y a propósito Gaspar, ¿tienes seguridad de que tu tía es vírgen?

—Lo ignoro amigos y no intento averiguarlo· Pero hablemos seriamente. ¿Qué opinan ustedes de mi situación?

—Que tienes tu merecido,—gritó Arenales.—¿Quién te mete a atacar al biógrafo que triunfa en toda la línea y en el que las chiquillas aprenden la ciencia exquisita del beso. Yo debo al cine los más deliciosos momentos de mi vida.

—Eso no quita que sea una escuela de amoralidad,—repuso Gaspar.—¿También ustedes van a desautorizarme?

—Nada de eso,—afirmó Arenales.—No puedes poner en duda nuestra solidaridad. Te apoyamos y te apoyaremos incondicionalmente, mientras no te vuelvas jesuita. Pero hablando con franqueza. ¿Porqué atacar el cine y el «skating», principales lugares de reunión de la sociedad de nuestro país, iguales a

© Biblioteca Nacional de España

los que existen en todas partes. Si en esos centros de diversión algunas chiquillas se dejan besar a favor de la oscuridad o algunas casadas inician un desliz en rápida carrera sobre los patines, ¿qué remedio vamos a poner nosotros? Eso pasa en todo el mundo. Es una ley de la naturaleza. Las púberes gustan de la aproximación del macho y las mujeres que no están satisfechas del vigor y de la frecuencia de las caricias conyugales, buscan el garañón humano que las satisfaga. Eso, lo mismo en el salón de patinar que en el confesonario. El sexo es invencible. Ya lo dijo Schopenhauer.

Lo que nosotros tenemos que atacar es el espíritu conservador el que fabrica muchachas hipócritas y gazmoñas; no los deportes y diversiones cultas que forman chiquillas fuertes, francas, adorables, cuya concepción de la vida aplaudo. Entre el confesonario y el «skating» la elección no es dudosa, como tampoco lo es entre la misa y el cinema.

—Ustedes no son consecuentes,—objetó Gaspar. La clerofobia no es la moral. Sé que todas las morales son relativas y convencionales. Pero eso no quita que haya una moralidad inmanente: la que abomina el adulterio, la que rechaza el culto cada vez más intenso del amor puramente carnal. Es triste ver cómo a medida que se refina la inteligencia colectiva, triunfa la carne.

—Y ¿qué es la inteligencia, chico, sino una forma de materia?—exclamó Saldaña.—Todo es materia, hasta el alma.

—Bien,—repuso Gaspar,—quiere decir que no escribiré nada más acerca de lo que lastima los intere-

© Biblioteca Nacional de España

ses egoístas de mis amigos, que también, cuando se trata de su placer, dejan la moral a un lado. Ustedes se salen con la suya lo mismo que mi tía. Claro que a ella la moral le importa poco. Lo que quiere evitar es que yo escriba en un periódico radical, por justas que sean las cosas que diga.

Durante dos o tres semanas dejó Gaspar de frecuentar la redacción del periódico. Sus amigos cuando lo encontraban le echaban pullas. Silva va a convertirse al catolicismo ultramontano.

—¿Qué haces encerrado chico? ¿Es que te vuelves ermitaño?

—¡Señores, Gaspar escribe un libro que se llama «Camino de la Cartuja!

En el retraimiento de sus habitaciones, Gaspar creyó comprender por qué ciertos prejuicios y ciertas aficiones dominan todo el rebaño, cómo los cerebros privilegiados y las inteligencias más claras no escapan a la acción persistente del medio, continua y aplanadora, que generaliza los gustos y los estilos, que crea y extiende la moda, que impone una estética determinada y que enseña una moral calcada sobre el ambiente de cada época.

Todo es relativo en este mundo, pensó Gaspar. Todo es ocasional. Así como ciertos terrenos encierran los fósiles, la flora y la fauna de una época determinada, a cada período histórico corresponden una moral, una ciencia, un arte convencionales, que pueden ser, que serán completamente opuestos en otro período histórico. Y es inútil luchar contra esas formas artísticas, científicas y éticas, contra esas conclusiones y principios que la humanidad, en

© Biblioteca Nacional de España

dado momento, acoge como absolutos, ciertos e inconcusos, burlándose de cuando se les opone. Nada es más caro al mundo que sus vicios y nada repele la humanidad con mayor vehemencia que lo que puede perjudicar sus placeres sensuales.

Alejado de sus camaradas y sintiendo la hostilidad del «convento verde» y la creciente frialdad de Carmencita, Gaspar acabó por echarse a la calle las horas desocupadas y por almorzar y comer fuera de casa.

Una noche excedióse en el vino. Un poco ebrio, quiso mitigar sus penas, olvidar sus amores, sus odios y sus desengaños y continuó bebiendo, hasta la borrachera.

Al día siguiente despertó pálido, ojeroso, con dolor de cabeza. Tuvo vergüenza de sí mismo.

Ese día, el juez al que servía de secretario, un indiazo viejo, metódico, escrupuloso, renegón, se apercibió de que Gáspar escribía distraído, que había cometido varios errores en las copias que hiciera, que tenía la letra temblorosa e irregular y lo reprendió por su falta de atención y su poca voluntad para el trabajo.

—Ser distraído, mala condición para un pendodolista,—le dijo.

Dos o tres días después Gáspar encontróse con Gálvez, que le echó en cara su alejamiento. ¿Piensas dejarnos y pasarte al ejército del padre Sierra?

Vamos a «La Vida Moderna». Esta noche produciremos una pieza interesante. Arenales y yo refutamos el último sermón del padre Sierrá sobre el ma-

© Biblioteca Nacional de España

trimonio civil, que el jesuita califica de torpe concubinato. Nos ayudarás. Daremos un mal rato al reverendo. Gaspar cedió. En la redacción de «La Vida Moderna» discutieron, gritaron, rieron y quedaron hechas las paces. Gaspar empuñó la péñola con mayor entusiasmo que antes y hasta se permitió escribir un aparte de crónica sobre la clásica estupidez y grosería de los jueces instructores.

Una tarde en que se recogiera temprano de su actuaría, pues el juez estaba enfermo, vió al entrar en sus habitaciones del «convento verde» que Luque, elegantemente vestido y con el sombrero de copa en la mano, se despedía de Carmencita y doña Dorotea, delante de las puertas de una sala de recibo y que aquélla acompañaba al español con una mirada y una sonrisa, hasta el primer tramo de la escalera.

Sintió una conmoción violenta, un dolor fuerte en el corazón, un escalofrío, angustia y malestar insoportables.

Evidentemente, ese patán estaba aceptado en la ilustre casa de Silva como pretendiente a la mano de Carmencita que él, llevando el mismo apellido, no se hubiera atrevido a pedir.

Y vencido por el dolor, con la cabeza hundida entre las manos, reclinado en su mesa de trabajo, sintió con la máxima intensidad, la revelación de su amor por la muchacha. Ya no podía abrigar dudas respecto a su pasión por Carmencita. Los celos que la chiquilla había sabido despertar en él y que creyó protestas de su sentido moral, habían intensificado insidiosamente su inclinación.

El hecho de que Luque fuera recibido en la ca-

© Biblioteca Nacional de España

sa, lo que probaba implícitamente que la corte que el aventurero hacía a su prima, no era desagradable a doña Dorotea, exacerbó su amor, hasta entonces ahogado por una voluntad acostumbrada a sofrenar impulsos y deseos. Jamás le pareció Carmencita más linda que entonces. Sus recientes frialdades, casi desdenes, hirieron hondamente las fibras de su corazón. Sus noches tornáronse interminables vigilias, en que el dolor del bien perdido llegaba hasta el paroxismo.

Culpó a tontería y timidez su derrota. Bien le había dado a conocer su prima que lo aceptaría. Bastante había coqueteado con él inútilmente. Ella quiso; sus ojos lo convidaban, sus labios le sonreían. Fué él, quien al ver pasar la felicidad por su camino se hizo a un lado y prefirió la desdicha. Su desengaño y sus nervios agrandaban las cualidades de su amada.

Para mitigar sus penas y apagar la obsesión de la imagen de la joven en su pensamiento, consagróse a leer filósofos, especialmente psicólogos y antes de dormir se embriagaba un poco con lectura.

Empero, cada vez que veía a Carmencita sentía un vuelco en el corazón, ponía se intesamente pálido y lo acometían timideces ridículas, tartamudeaba, enrojecía por cualquier nonada, por cualquier broma, decía estupideces inconscientemente, sus labios expresaban lo contrario de lo que pensaba, de lo que quería decir.

Buscó en la crápula otro lenitivo. Una mujerzuela cualquiera, cuyo conocimiento hiciera en noche de *farra*, le vendió sus caricias a bajo precio. Sobre el cuerpo marchito, mal conformado y adiposo de la

© Biblioteca Nacional de España

prostituta, trató de olvidar la posibilidad de poseer el cuerpecillo joven de Carmencita, suave y perfumado como la carne de las chirimoyas tiernas.

Se embruteció con excesos. Recogíase con la luz del alba, sitiendo el cerebro pesado y una bola de plomo en el encéfalo. Dormía hasta tarde y a la una del día comenzaba, maquinalmente, su trabajo en la secretaría del juzgado de instrucción.

Llegó a detestar al padre Sierra y a las personas que habían abierto a Luque las puertas de la casa de Silva. Su odio venció los escrúpulos que pudiera inspirarle el temor de su tía y en la campaña contra el clero y los frailes, emprendida por sus amigos, hízose el más vehemente y el más reclacitrante.

En el «convento verde» espiaba a su prima y llevaba la cuenta de las visitas de Luque, del padre Sierra, de fray Benedicto, del hermano Simón, de todos los alcahuetes de sotana, nombre con que se les designaba en la redacción de «La Vida Moderna».

© Biblioteca Nacional de España

Parte Tercera

© Biblioteca Nacional de España

PARTE TERCERA

I

Luque, desde el primer momento, se dió cuenta de la táctica amorosa que le convenía seguir para la conquista de la «capellanía» que ambicionaba. Conocía mucho a las mujeres y sabía por experiencia, que el mejor camino para rendirlas es el de los sentidos y la mejor recomendación la de la audacia.

Acogido con frialdad, casi con antipatía, cuando Carmencita estaba encaprichada por Gaspar, no desmayó ni un momento. Sufrió humillaciones y desaires con la sonrisa en los labios, con el aplomo de un hombre razonable que perdona a una chiquilla malcriada.

Carmencita, que en un principio coqueteaba con el aventurero, por dar celos a su primo, fué poco a poco olvidando su propósito y acabó por encontrar entretenido aquello de flirtar con el español, gracioso y alegre, que si no le había dicho aún que estaba enamorado de ella, se lo daba a entender claramente en el modo de mirarla, en su actitud insinuante y al parecer respetuosa, en la frecuencia con que se

© Biblioteca Nacional de España

brindaba a ser su caballero en el salón de patinar, y, en las visitas que hacía al «convento verde».

Cuando Gaspar dejó de acompañar a su prima al cinema y al «skating», Luque se sintió libre de un obstáculo. Acercábase a la joven y a sus amigas durante los entreactos y con ellas y con el enamorado de Rosita Vásquez reía, comentaba, criticaba, haciendo derroche de chistes y chocarrerías, cuya gracia demasiado manifiesta, las más veces vulgar, provocaba fácilmente hilaridad.

Terminada la función en el cinematógrafo a que asistieran o dadas las diez de la noche en el «skating», doña Eduviges Vásquez y su hija acompañaban a Carmencita hasta el «convento verde». Aquellas caminaban detrás. Rosita departía con su novio y la mamá, con paciencia musulmana, fingía no oír el mutuo cambio de ternezas. Delante iban Luque y la Silvita, que escuchaba de buen grado el catálogo de cuentos graciosos que para hacerla reir agotaba aquél.

Una vez que la joven, familiarizada con la compañía del buen mozo, la encontró natural y agradable, él aprovechó cierta noche, en que una película llena de besos largos y desfallecientes de dos enamorados, había puesto nerviosas a las muchachas, para adelantarse un poco con Carmencita y para declararse.

—Carmencita, usted habrá adivinado una cosa.

—¿Qué Luque?

—¡Pues,.....que la amo!

La muchacha apuró el paso sin darse cuenta, sorprendida por esa confesión inesperada, sin atinar

© Biblioteca Nacional de España

a reflexionar, a dar una respuesta. Quiso decir algo, balbuciente, y se detuvo.

Luque, entonces, a favor de la oscuridad de la calle desierta y de la distancia a que caminaban las Vásquez, cogió a Carmencita por la cintura, la atrajo violentamente hacia sí y la besó frenéticamente en los labios.

Ella no atinó a defenderse. Sintióse desmayar en los brazos del español, al mismo tiempo que un golpe de sangre le enrojecía el rostro.

Al fin, desasiéndose de los brazos que la oprimían, dijo temblorosa, casi indignada:

—¡Por Dios, que nos miran! ¿Qué hace usted?

Caminó algunos pasos, arreglándose con la mano derecha, que llevaba desnuda, un mechón de cabellos que la boca ávida de Luque había deshecho y el sombrero, que también quedara un poco ladeado.

—Una respuesta,—rogó él, acercándose de nuevo.

Ella sin contestar, esperó a las Vásquez y cuando éstas llegaron, tomó el brazo de Rosita, diciendo:

Mejor es que vayamos juntas y que los señores, si quieren, vayan detrás.

—¿Qué ha pasado?—inquirió doña Eduviges.

—Nada,—repuso Carmencita.

—¿Peligra la paz?—interrogó Rosita Vásquez que lamentaba se interrumpiera el coloquio mantenido hasta ese momento con su enamorado.

—¿Riña, celos, caprichos, spleen, neurastenia?—preguntó el novio de Rosita, burlón.

Luque murmuró, al oído de éste:

—Besos.....

© Biblioteca Nacional de España

—¿Qué ha sucedido?—preguntó curiosa Rosa a Carmencita, en voz baja.

—El tipo es más atrevido de lo que yo creía, hija. ¡Si supiera mi tía!

—¿Por qué no le correspondes de una vez?—respondió Rosita.—Es un buen joven, es simpático.

—¿Te parece?

—Sí.....

Continuaron silenciosos. Luque caminaba preocupado. Rosa Vásquez no disimulaba su mal humor y Carmencita se sentía aún estremecida por aquellos besos húmedos y calientes y por el contacto de esas manos, que ávidas palparon su cuerpo.

Cuando se despidieron, delante de las puertas del «convento verde», Luque percibió, con alegre sorpresa, que la Silvita le apretaba la mano al despedirse.

Esa noche la joven había dormido apenas, inquieta, exaltada. Eran aquellos, los primeros besos que le diera un hombre y habían sacudido fuertemente su sexualidad. Despertada al día siguiente por un rayo del sol que le bañaba el rostro y que, cirniéndose al través de las pestañas, le hería las retinas, rióse de su sueño, se desperezó tranquila, pensó que los besos eran agradables y recordó, completamente despreocupada, la redondilla que sentenciosamente le repitiera Rosita Vásquez, que tan bien conocía esas cosas de amor:

«Si los besitos crecieran
como crece el perejil,
cuántas muchachas tendrían
la cara como un jardín».

© Biblioteca Nacional de España

En las noches sucesivas Luque y Carmencita se adelantaron de nuevo y los besos se repitieron en la sombra, a favor de las esquinas, en las calles escuetas y más allá, delante mismo de las puertas del «convento verde», cuyos muros seculares asistían impasibles a la comunión sensual de esas bocas ansiosas, sin que ninguno de los antepasados de la señorita de Silva proyectara su sombra amenazadora y airada, al contemplar a la doncella hermosa, descendiente de tan preclara estirpe, en brazos de un aventurero.

Desde entonces Luque, el único joven que, excepción hecha de Gaspar, tenía entrada en la casa merced al padre Sierra, comenzó a hacer visitas cortas y discretas, en las que procuraba captarse la simpatía y la confianza de doña Dorotea, hablando de santos, elogiando el espíritu católico de la solterona, pintándose como devoto de las vírgenes de Lourdes y Montserrat, cuyos milagros admiraba.

Aparentemente comedido en sus términos y respetuoso con Carmencita, miraba poco a ésta, mientras se hallaba en presencia de la tía. La muchacha apenas hablaba durante las visitas del andaluz, ocupada en mirarlo a hurtadillas y en sofocar risitas importunas que le acudían a los labios, recordando besos robados, chocarrerías y disparates, divertida con el aspecto santurrón de Luque delante de la solterona.

Al mismo tiempo que ganaba la voluntad de doña Dorotea, el aventurero hacía la conquista del personal de beatas, comadres y «coro de vírgenes».

Compró, en un basar de objetos sagrados, me-

© Biblioteca Nacional de España

dallas y rosarios que se decían bendecidos sobre el santo sepulcro y los repartió entre devotas y fámulas, que desde ese día lo miraron con ojos de gratitud.

Al mismo tiempo, Luque procuraba dominar a Carmencita por la sensualidad. La joven había acabado por corresponder a sus besos con otros lánguidos, prolongados, que adherían los labios, que succionaban, que juntaban lascivamente las lenguas en un semiespasmo, mientras ella ponía los ojos en blanco y desfallecía, vencida, a merced de Luque, como las chiquillas seducidas que besan en las películas cinematográficas.

El español hízose asíduo frecuentador de las iglesias en que la Silvita oía misa. Cuando ésta se hallaba en el templo, buscaba un reclinatorio convenientemente situado, desde el cual pudiese mirar y ser visto por ella. Seguía maquinalmente los movimientos del público fingiéndose sincero creyente. Generalmente se situaba en una nave lateral, en la sombra.

La joven, cubierta la rubia cabeza por una mantilla de encajes, arrodillada en la nave del centro, en un reclinatorio forrado de terciopelo, lo atisbaba, aparentando leer un libro de misa. Por veces, enviábale fulgurantes sonrisas y en seguida, con beatitud, bajaba los párpados, cual si estuvese arrepentida y clavaba sus azules ojos en los caracteres góticos de su devocionario.

Así aquél amor, sabía mejor a su paladar, dándole cierto aspecto de misticismo, enredando a los santos y a las vírgenes en su idilio sensual, uniendo al recuerdo de las miradas y de los besos, el del libro de misa, que también contenía protestas de amor.

© Biblioteca Nacional de España

II

Por aquellos días, debía llegar a Sucre monseñor Dal Verne, Delegado Apostólico de Su Santidad Pío X.

A la noticia del próximo arribo del Prelado, se había producido extraordinaria agitación en el «convento verde».

Las autoridades administrativas y el clero no sabían donde hospedar dignamente al enviado del Papa.

Una idea luminosa del padre Sierra, había decidido a unos y otros a dirigirse a doña Dorotea. ¿Quién mejor que la opulenta señora podría albergar a Su Excelencia en la lujosa y antigua casa de los Silva?

Para facilitar las cosas, doña Dorotea, a la que el superior del colegio de jesuitas llevara la noticia del próximo arribo de Monseñor, adelantóse a los deseos de las autoridades y del clero, y, vistiendo un antiguo traje de moaré color violeta con encajes negros; cubierta la cabeza por riquísimo mantón de espumilla de seda, prendido con alfiler de oro; llevando en la mano antigua sombrilla de joyante raso con

© Biblioteca Nacional de España

mucho vuelo, dirigióse a pie, acompañada por una de las comadres que frecuentaban su casa, al palacio de la Arquidiócesis en el que la esperaba el ilustrísimo y reverendísimo Arzobispo, advertido de su visita.

Allí expuso al Jefe de la iglesia boliviana su deseo y éste acogió la proposición con júbilo.

—Ilustrísimo señor, sería para mí la más grande de las felicidades que Su Eminencia, el Delegado Apostólico, quisiera dispensarme la honra de ocupar mi casa. Yo pondría a su disposición el departamento principal.

—Señora, estábamos preocupados con eso. No sabíamos dónde instalar dignamente a monseñor Dal Verne. Su generoso ofrecimiento salva la situación. Creo que el representante del Soberano Pontífice no tendrá inconveniente para ocupar su casa, durante el tiempo que permanezca entre nosotros.

Cierta ya de que iba a tener en su residencia a tan ilustre huésped, la solterona, a fin de hacer frente a los gastos que demandara la permanencia de Monseñor, resolvió disponer de la plata sellada que guardaba en sus cofres y ordenó a su abogado la venta de una de las casas que poseía.

Una veintena de operarios: carpinteros albañiles, entapizadores y pintores encargóse de sacudir el polvo de los viejos muros y cubrirlos de pintura al óleo, luego de rellenar grietas, componer desportillos, lavar las columnas de piedra y pasar una mano de barniz en la vieja madera de las ventanas y en el barandado de los corredores. Renováronse alfombras, forráronse muebles, cambiáronse cortinas; fina capa

© Biblioteca Nacional de España

de maque dorado avivó el oro muerto de los marcos de los espejos, de los cuadros y de los artesonados.

El oratorio fué ornamento de nuevo. Remplazáronse los viejos ramos de papel de colores por otros modernos de cristal leve, Púsose sobre el altar cáliz, patena y vinajeras flamantes de oro sin mácula, en lugar de las antiguas que existían; el viejo misal tallado fué substituído por otro, menos artístico pero más nuevo. En el lugar que ocupaba el órgano primitivo tosco, sucio, se colocó un armonium pequeño; y los santos estrenaron ropa con muchos brillos, lentejuelas y dorados, menos valiosa que aquella bordada de oro, ennegrecido por el tiempo, que vistieran anteriormente.

Las despensas se llenaron de raíces, hortalizas y frutas.

Embotellóse en las bodegas el añejo vino del país, que antes reposaba en pequeños odres; y vinos franceses, inclusive champagne, enseñaron sus vistosas etiquetas, junto a garrafas y licoreras, en que lucían su transparencia de rubí, topacio y cornalina, mistelas y licores de cacao, menta y coca.

Llenáronse los azafates y fresqueras del repostero con dulces, compotas, jaleas, turrones, confituras, chocolates y el material necesario para merengues, alfajores, pasteles de hojaldre, tortas, biscochuelos, galletas, bollos, confites y cocadas, que iban a fabricarse oportunamente.

Fregóse la vajilla de plata que debía servir a Monseñor y los más elegantes picheles, orzas, alcuzas, jarras y escudillas de bruñido azófar, lavados de pies a cabeza, fueron dispuestos en los aparadores,

© Biblioteca Nacional de España

alacenas y armarios del vetusto comedor, junto a centenares de copas de cristal de múltiples formas, adquiridas para el caso por doña Dorotea.

Las trotaconventos y comadres recibieron mantones de cachemira, en homenaje a la próxima llegada de Su Excelencia. El «coro de vírgenes» tuvo sayas de bayeta de la tierra, jubones, mantas y zapatos de cordobán nuevos. El coronel retirado y el «puerco espín» compraron levita usada y sombrero de copa, presentables.

El olor a polvo, moho, tristeza y olvido, se desvaneció y una sonrisa de color esparcióse por los ámbitos del «convento verde».

Monseñor Dal Verne llegó una tarde. Fué su entrada una apoteosis. Landós y victorias formaban largo séquito detrás del carruaje tirado por brioso tronco de caballos, que conducía al diplomático en compañía de su secretario.

Su Excelencia estaba fatigado por el largo viaje que hiciera, más por turismo que por amor a la grey de Cristo. Sonreía, sin embargo, con su fina sonrisa de hombre superior, satisfecho al ver la multitud de pueblo fanático que se agolpaba en torno al carruaje. Apenas si su negro paletó y su sombrero alón de felpa, parecían ceuicientos bajo leve capa del polvo de camino.

De las ventanas, repletas de señoras y señoritas, caían ramilletes y una nube de mistura de papel de colores y de polvo dorado, iba poniendo su alegre policromia y sus visos metálicos, sobre las vestiduras sacerdotales.

Oíanse vivas, entre los acordes del himno pon-

© Biblioteca Nacional de España

ticio, ejecutado por la banda de músicos de un colegio salesiano, militarmente organizada. Susurros de entusiasmo y admiración corrían entre la multitud de obreros, de gente desocupada, de mujeres del pueblo vestidas con el típico traje de la chola. Algunos estudiantes, apostados en las esquinas, miraban con antipatía y desdén ese homenaje entusiasta al representante de Su Santidad.

En las puertas del «convento verde» se hacinaba compacta masa de mosquetería, al rededor de una docena de guardianes del órden público. En el umbral de la puerta de calle, sobre una ancha tira de alfombra roja, que comenzaba allí y se prolongaba por el vestíbulo, el patio, la escalera, hasta las puertas del salón principal, para que los sagrados pies de Monseñor hollasen muelle felpudo, hallábase doña Dorotea vistiendo de gala, rico traje negro de gros con grandes blondas del mismo color; llevando su más valioso aderezo de perlas en la cabeza, las orejas y el cuello, y anillos de brillantes en los dedos esqueléticos de sus manos, ceñidas por finos mitones. Detrás de ella, Carmencita, un poco cortada, ponía la sonrisa de sus ojos, de sus labios, de su vestido rosa, sobre el negro de los mantones del «coro de vírgenes» y de las levitas del coronel retirado y del «puerco espín».

Monseñor se apeó del landó que lo condujo y dió a besar a doña Dorotea la esposa que ceñía uno de los dedos de su mano velluda y algo roja de hombre pletórico, mientras las «vírgenes del coro», precipitándose con fanatismo musulmán, le besaban los

© Biblioteca Nacional de España

pies, en tanto que otras arrojaban al bienvenido mistura de flores.

En el histórico salón de los Silvas, Monseñor tuvo asiento en un antiguo sitial, artísticamente tallado, que yacía a manera de trono, bajo dosel de terciopelo de seda.

Sentíase el diplomático emocionado ante recibimiento tan efusivo y ante la espléndida hospitalidad que se le ofrecía.

Junto con Su Excelencia habían entrado en el salón del «convento verde» el arzobispo, canónigos, filipenses, recoletos. Veíanse figuras ascéticas, pletóricos jayanes de sotana; hábitos, lobas, manteos y sayales.

La atildada elegancia de Monseñor, contrastaba con el descuido de las vestiduras de los demás religiosos. Los zapatos de previll con hebillas metálicas del Prelado, se destacaban aristocráticamente entre los botines toscos de cuero de becerro, ferozmente embetunados y entre los pies calzados apenas por sandalias, de algunos frailes.

Los circunstantes bebieron, en la histórica sala, sendas copas de champagne en honor del Delegado Apostólico, después de escuchar una dulce exhortación de éste, pronunciada en un español italianizado, casi cantante, lleno de musicales desfallecimientos y de coqueterías sonoras.

Terminada la libación, la frailecía se retiró lentamente, en movimientos de humildad, de besos respetuosos al rubí de la esposa, con ademanes solemnes que ponían pliegues nobles en los hábitos grises, en las hopalandas, lobas, manteos y demás vestiduras talares.

© Biblioteca Nacional de España

Monseñor se apresuró a recogerse a las habitaciones que le habían preparado y aquella noche durmió su tranquilo sueño de hombre regalón en el suntuoso lecho de doña Dorotea, cuyos barrotes de metal dorado, tenían bajo la opulenta colgadura de damasco rojo, más pulido lustre que otras veces.

Monseñor se dió en almuerzos y comidas, pantagruélicos festines, en que el más añejo vino rociaba carnes tiernas de terneras, cerdos y pavos. El champagne burbujeaba en las copas de alto y angosto cáliz; el café de Yungas, perfumado, humeaba en las pequeñas tazas de porcelana leve, casi traslúcida.

Los dientes bien cuidados de Su Excelencia mordían con un poco de gula el queso de almendra, las cocadas, turrones y merengues; sus labios se humedecían con cierta delectación en el *chartruese* o en alguna mistela exquisita y luego, con el estómago lleno y sosegado, en camino de entregarse a laboriosa digestión, Su Excelencia encendía una aromática breva de Monterrey y con un poco de voluptuoso sopor, con los ojos inyectados en sangre semicerrados, arrojaba al aire bocanadas de humo azul que trenzaba en el aire anillos, espirales y signos cabalísticos. Más tarde jugaba con altos funcionarios públicos o con algún ex-diplomático partidas de *bridge*, ganaba buenos pesos bolivianos que embolsicaba satisfecho y saboreaba el espeso chocolate, oliente a canela, que le servían en obesas jícaras historiadas.

Doña Dorotea se escandalizaba un poco con los elegantes vicios de Monseñor; mas sus alarmas se desvanecían al pensar que lo que hiciera un envidiado de Su Santidad, bien hecho debía estar.

© Biblioteca Nacional de España

La presencia del Delegado Apostólico en el «convento verde» brindó a Luque las oportunidades que buscaba de hallarse solo con Carmencita. Doña Dorotea, ocupada con las atenciones que a cada momento requería Monseñor Dal Verne, había cesado de vigilar a la joven.

En una salita apartada, los enamorados se habían consagrado completamente al amor. Carmencita, vencida por las caricias expertas del andaluz, había acabado por entregarse en febriles deliquios, enloquecida de voluptuosidad. Después de un desfloramiento doloroso, sintióse enferma de un ansia loca de ser poseída de nuevo, brutalmente, muchas veces y gimió de dolor y de placer, bajo el dominio de aquel macho joven.

Entre las sirvientas había una de la confianza de Carmencita, que se prestó de buen grado a favorecer sus amores, a facilitar la entrada a Luque por las noches y a evitarles sorpresas. Con el auxilio de la fámula beata gozaron largamente en las frías veladas de invierno, acostados en la cama angosta de laurel claro con cortinas rosas. La muchacha palpitante, ansiosa, tiritando de frío el cuerpecillo eburneo, los senos un poco erectos, acurrucábase contra él, que sabía embriagarla de deleite, pensando que con la posesión de la rica heredera, que sería madre de un hijo suyo, quedaría dueño de la cuantiosa fortuna de los Silva.

A las cuatro de la mañana, sigilosamente, abandonaba Luque el dormitorio de la amante. La mestiza celestina abría calladamente las puertas principales, franqueándole el paso. Provisto de la llave

© Biblioteca Nacional de España

de la que daba a la calle, a manera de un fantasa que vagase en el silencio conventual de aquella casa grande y tétrica, deslizábase calladamente, después de besar a la chiquilla que, en camisa y con peligro de coger una pulmonía, despedíalo, estremecida aún por las caricias, en el umbral de la puerta de su cuarto de soltera.

Tres horas más tarde la servidumbre corría presurosa a servir a Monseñor, que salía luego a celebrar misa, a visitar un establecimiento religioso o a pasear la ciudad.

Una de esas mañanas en que Gaspar se recogía de correr la tuna, sorprendió al fantasma dando el beso de despedida a su prima y, luego, a favor de las tinieblas del callejón de entrada, vió descender cautelosamente el bulto negro, pasar sin hacer ruido, abrir las puertas de entrada muy quedo y desaparecer en la calle escueta y silenciosa.

Lo había reconocido, era Luque.

Su sorpresa, su dolor, su angustia fueron tan grandes que no tuvo acción para nada.

Tambaleándose como un ebrio entró en sus habitaciones, encendió luz y se arrojó de bruces sobre su cama. El dolor y los celos lo asesinaban. Parecióle que su corazón se dilataba y se contraía, que lo ahogaba, que se retorcía, que se quebraba. Los sollozos hincharon su pecho y en su garganta, medio congestionada, las arterias parecían dilatarse. Un rugido que se quejaba, un quejido que rugía estallaron al fin y las lágrimas bañaron las almohadas en que había acariciado sus últimos ensueños.

La crisis del sentimiento coincidía en Gaspar

© Biblioteca Nacional de España

con la revolución intelectual de su cerebro. Había leído gran parte de la biblioteca Alcán y al mismo tiempo que estudiaba las teorías sociales modernas, entregábase al estudio de tratadistas de medicina legal y psiquiatras.

Enterábase con intensa emoción de las leyes de la herencia y de las doctrinas de la escuela italiana en materia criminal y penal.

Gaspar temía el abismo del alcohol, la dipsomanía, herencia de su padre y de su abuelo. Al lado de ese temor, cuya amenaza real o imaginativa se tornaba obsesionante, alzábase ahora el dolor de la revelación brutal que tuviera: las vegonzosas relaciones de Carmencita, a la que amaba con la intensidad del amor sin esperanza.

En una larga noche de vigilia, en la que se sintió morir y en que creyó hallarse en los umbrales de la locura, combinó un plan de venganza para castigar a la beata que acogía en su casa la deshonra, porque la patriocinaban frailes y curas; al representante del Papa regalón y complaciente y al salteador de honras que manchaba, por lujuria y por codicia, el blasón de la casa de Silva.

Al día siguiente en la mañana, febril, sintiendo escalofríos, envuelto en un grueso abrigo, dirigióse a la redacción de «La Vida Moderna» y allí escribió, con celeridad nerviosa, un largo artículo en el que deploraba que el Delegado del Soberano Pontífice se arrogara la facultad de intervenir en la política interna del país, agrupando en torno suyo elementos conservadores e incitándolos a la lucha partidaria. Su misión resultaba, por lo tanto, esencialmente pertur-

© Biblioteca Nacional de España

badora. El prelado que la dirigía debía cuando menos ser amonestado. Hallaba lamentable que la invasión de frailes de todos los colores se hiciera cada vez más intensa en la República. Podía afirmar que eran los únicos inmigrantes que arribaban a Bolivia, para organizar una explotación segura y metódica del pueblo embrutecido y reaccionario, para acaparar herencias de viudas alucinadas, de solteronas místicas, de ricachos fanatizados. Imponíase la expulsión sistemática de esa frailecía corruptora del hogar, perjudicial a la economía nacional, dañina para el organismo social bajo todo punto de vista, y con ella, debía extrañarse del territorio del Estado a los rufianes que crecen a la sombra de los monasterios y conventos y que, en sociedad en comandita con sus miembros, asaltan fortunas y se apropian de ricas herederas, *ad mayorem Dei gloriam*.

El artículo que los colegas de Gaspar acogieron con entusiasmo, causó escándalo en la ciudad pacata. Las comunidades de religiosos pusieron el grito en el cielo, las mamás se horrorizaron, en los púlpitos se tronó contra la acción masónica y contra el radicalismo estúpido de unos cuantos mocitos perdidos. El diario católico calificó a los redactores de «La Vida Moderna» de agentes de Satanás, abortos del infierno, nuevos Longinos que hundían cien veces la lanza de la impiedad en el costado de Cristo.

Monseñor Dal Verne envió una nota a la Cancillería, interponiendo queja por el ataque de que había sido víctima. El arzobispo de La Plata, al tener noticia del desacato, formuló excomunión mayor a matacandelas contra los impíos redactores de «La Vida

© Biblioteca Nacional de España

Moderna» y especialmente contra el autor del nefando artículo, y excomunión menor, para los que leyeron la hoja heréctica.

La noche siguiente Gaspar se había preparado para sorprender a Luque. Quería denunciarlo como a ladrón, puesto que lo era de la preciosa honra de Carmencita. Pero el aventurero no acudió en esa ocasión y el estudiante permaneció inutilmente, detrás de una de las puertas de su cuarto de estudio, avizorando la oscuridad y sintiendo aumentar su exitación nerviosa a medida que pasaba el tiempo

La siguiente noche fué más feliz. A las doce, cuando el «convento verde» yacía sumido en las tinieblas y cuando todo el mundo parecía dormir, oyó nítidamente un vals silbado en la calle y poco después, una de las sirvientas beatas de la casa, con la cabeza cubierta por el negro rebozo, descendió cautelosamente la escalera y a manera de una sombra, sin hacer ruido alguno, cruzó el patio lóbrego y se hundió en las tinieblas del zaguán. Gaspar sintió ímpetus de arrojarse sobre la infame alcahueta que comulgaba todos los días, mas se contuvo.

La puerta de calle se abrió con sigilo y seguido de la fámula avanzó Luque, sin que sus pasos sonaran sobre el suelo empedrado del patio, como si calzase zapatos de goma. Atravezólo, al mismo tiempo que la puerta del dormitorio de Carmencita se habría calladamente y que la forma blanquecina y graciosa de la joven sonreía vagamente entre las tinieblas de la azotea.

Gaspar escurrióse a su vez detrás del español, salvó rápidamente los escalones que lo separaban de

© Biblioteca Nacional de España

la criada y de aquél y después de derribar a la primera de un puñetazo, arrojóse sobre su rival con furioso impulso, cogiéndolo por el cuello, al mismo tiempo que gritaba con voz estentórea:

—¡Ladrones! ¡A mí! ¡Agarren al ladrón!

Rodaron algunos escalones luchando. El español, más fuerte, se deshizo de Gaspar dándole un golpe en la cara. Este, lívido de furia, disparó contra Luque el revólver de que estaba armado, afortunadamente sin herirlo. Entonces el aventurero trató de huir, pero fué nuevamente cogido por su antagonista, que para no cometer una muerte había arrojado el arma lejos de sí.

El estampido del tiro, los gritos de Gaspar y de la criada aterrorizada, despertaron entre tanto, el viejo caserón dormido y a sus habitantes. Pronto acudieron sirvientes a medio vestir. El secretario de Su Excelencia en gorro de dormir y bata, sujetando una lámpara de petróleo en las manos, unió su figura estrambótica a la del personal de domésticos, en medio del cual los dos hombres se debatían furiosamente.

—¿Qué es esto señor don Juan?—inquirió el reverendo Garreti, reconociendo a Luque, sorprendido de la furiosa pelea.

—Es un ladrón y venía a robar,—gritó de nuevo Gaspar.

En ese instante, abrieronse violentamente las puertas del dormitorio de Carmencita y ésta, a medio vestir, se interpuso entre los contendientes, pre-

© Biblioteca Nacional de España

guntando augustiada a Luque si no estaba herido y exclamando en seguida:

—¡No viene a robar! ¡viene por mí!

Refugióse después en los brazos del aventurero, que libre ya de Gaspar, anonadado por lo que veía y oía, besó repetidas veces a la joven sollozante aún, poseída de terror, convulsa y luego de impulsarla cariñosamente hacia su dormitorio, dióse media vuelta, sin dar explicación alguna al secretario de Monseñor que no volvía en sí de su sorpresa, y abandonó la casa, no sin echar a su rival una olímpica mirada de desafío.

Al día siguiente, doña Dorotea se informó con indignación del escándalo y relató a su modo el caso al Delegado Apostólico, que ya había sido instruido de los sucesos por boca de su secretario.

El padre Sierra fué más tarde. Escuchó sorprendido la narración que de los acontecimientos le hiciera la beata; censuró la conducta de su ahijado, al que no hubiera creído capaz de una villanía como esa y añadió filosóficamente:

—Señora, es deplorable lo que ha pasado; pero los hechos consumados tienen gran fuerza. Si los jóvenes se aman lo mejor es casarlos. Lo contrario sería poner en evidencia la deshonra de su sobrina.

La solterona protestó. Estaba visto que ese canalla, que tan infámemente había sabido explotar la confianza que se le dispensaba en la casa, no era un hidalgo sino un patán. No, ella no podía consentir en un matrimonio de tal naturaleza.

El jesuita aconsejó a la solterona calma y pru-

© Biblioteca Nacional de España

dencia. Estaba dispuesto a ayudarla para salvar la situación. No tendría más que hacerlo llamar.

En una entrevista que tuvieron doña Dorotea y Carmencita, ésta, embargada por los sollozos, confesó a la solterona, trémula de ira, que se hallaba en estado interesante. Para salvar su honra, para legitimar a su hijo, tenía que casarse con Luque.

En la noche, monseñor Dal Verne hizo llamar a doña Dorotea y la aconsejó paternalmente casar a los amantes.

—Los que se aman deben casarse,—dijo el Delegado Apostólico con su suave voz acariciadora.—El amor lo redime todo. Jesús perdonó a la mujer adúltera y a Magdalena, porque habían amado.

Perdonadlos, señora, y que se casen. Los que se aman serán felices.

—Señor,—repuso la solterona,—puesto que esa es vuestra opinión, se hará así. Se casarán, monseñor.

—Os felicito, señora, por vuestra sensatez. Yo les echaré las bendiciones.

—¡Ah, monseñor Dal Verne! ¡qué honra!

© Biblioteca Nacional de España

III

Como el artículo publicado en «La Vida Moderna» contra Su Excelencia y contra los religiosos extranjeros había determinado una queja de aquél al Ministerio del Exterior, éste hallábase empeñado en averiguar quién era el autor de tan sañudo ataque, a fin darle castigo severo.

Se habían presentado disculpas a Monseñor y expresado el sentimiento del Gobierno de que se hiriera tan injustamente al digno representante del Soberano Pontífice. No sólo el Poder Ejecutivo, sino la opinión pública, al decir de la Cancillería, censuraban esa agresión incomprensible en un pueblo esencialmente católico, cuyas ideas y creencias estaban muy lejos de ser aquellas de que alardeaba una hoja radical redactada por jóvenes inexperientes, estudiantes de leyes en su mayoría, que más tarde deplorarían, seguramente, su proceder.

Inicióse con grande aparato juicio de imprenta contra los redactores de «La Vida Moderna».

Monseñor Dal Verne podía estar satisfecho. La *élite* social, conservadora como en todos los países,

© Biblioteca Nacional de España

se había apresurado a presentarle sus homenajes y a significarle su adhesión incondicional.

Nunca el salón principal del «convento verde» fué más frecuentado por señores graves de flamantes levitas y de lustrosas chisteras y por damas elegantes y seductoras, entre las cuales descollaba Alcira de Sepúlveda, que admiraba en el Prelado, el aristocrático tipo de raza, la distinción apurada de los modales y la dulce elocuencia cautivante, de pastor de almas y diplomático.

En la prensa se produjo doble movimiento de opinión. Los periódicos conservadores se pronunciaron por un castigo enérgico contra los mozalbetes que se atrevían a faltar de tal suerte a la Iglesia y al representante del Soberano Pontífice. Los diarios liberales protestaron contra la actitud de la policía que había citado y retenido a los jóvenes redactores de «La Vida Moderna», infringiendo de esta suerte uno de los principios fundamentales de la Carta política del Estado, cual es la libertad de pensamiento.

Gaspar, que al principio estuvo vacilante, deseoso de evitar a sus amigos disgustos y vejámenes, sin embargo de que sobre él no recaían sospechas por razón de sus vinculaciones con doña Dorotea, resolvió arrostrar las consecuencias de su acto y publicó, en otro órgano de la prensa diaria, una declaración en la que hacía constar quién era el autor del artículo en cuestión.

El ministro del Exterior, socarrón, acariciando el golpe que daba a ese jovenzuelo descreído, envió por correo el recorte que contenía la declaración de Gaspar, con una esquela muy atenta, a doña Dorotea,

© Biblioteca Nacional de España

expresándole su extrañeza de que fuera precisamente su sobrino el autor de ese furibundo ataque.

La solterona se impuso con furor que llegaba al frenesí, de que era a Gaspar a quien se debía tamaño desacato. Estando como estaba hospedado en su casa el representante del Papa, el delito de su pariente, tomaba las proporciones de un crímen, agravado por la circunstancia de haber provocado un escándalo sorprendiendo a Luque, y exponiéndolas a ella y a su sobrina a la más cruda maledicencia de la población.

Resolvió echar de su casa a Gaspar y no verlo más en su vida. Tener bajo su techo un excomulgado la exasperaba. ¡Qué vergüenza! ¡Qué estigma para la casa de Silva! Era una mancha que nada ni nadie podría borrar más. La deshonra de Carmencita no tenía importancia para doña Dorotea, comparada con aquella afrenta fulminada contra un miembro de su familia, justamente cuando su casa albergaba a monseñor Dal Verne, el enviado de la Santa Sede. La honra y la felicidad de ese hospedaje se desvanecían por culpa de un impío, que a mayor abundamiento, llevaba el ilustre apellido de la casa y habitada en ella, gracias a un corazón caritativo. El desliz de su sobrina pasaría desapercibido, se casaría, la vergüenza quedaría en secreto y la falta cometida reparada; pero tener un excomulgado en la familia, en su mismo hogar, llevando la misma sangre cristiana de los Silvas, eso no lo había creído nunca, no lo había soñado en sus más horribles pesadillas.

Fué el coronel retirado quien recibió el encargo de notificar a Gaspar la determinación de su tía. Este,

© Biblioteca Nacional de España

libres sus compañeros merced a su valiente actitud, esperaba ser citado por la policía, que le iniciaran el correspondiente juicio de imprenta y que se desencadenara la tonante cólera de doña Dorotea sobre su cabeza. Hallábase en su cuarto de estudio, leyendo el «Diario Intimo» de Amiel, empapado en esa filosofía amarga, siguiendo con su pensamiento el soliloquio del espíritu atormentado del autor. Sentíase deprimido por los acontecimientos y por la lectura pesimista, por las confidencias de ese hombre cuyo espíritu gozó voluptuosamente el placer extraño de atormentarse a sí mismo.

De pronto, el coronel retirado, luego de anunciarse golpeando con los nudillos de los dedos la puerta de entrada a sus habitaciones, apareció en el umbral de la misma, solemne, envuelto en un grueso gabán café, con el sombrero en la mano.

—¿Me da permiso, señor don Gaspar?

—Adelante don Anselmo.

El hombre avanzó tímidamente dando vueltas su sombrero entre las manos, sin decidirse a pronunciar el ultimatum.

—Tome asiento don Anselmo,—dijo Gaspar sonriendo ligeramente, al darse cuenta de la confusión de aquél—¿Trae usted un mensaje de mi tía, ¿no es cierto? Hable usted, coronel, sin temor.

—Señor don Gaspar,—repuso el coronel, resuelto ya da dar comienzo a su cometido.—Su señora tía me ha dado una misión sumamente desagradable. Créame. No tengo más remedio que cumplirla. Ya sabe usted que soy medio inválido y que vivo de la caridad de su señora tía.

© Biblioteca Nacional de España

—Lo sé don Anselmo.

—Pues bien, señor don Gaspar, su señora tía me encarga decirle, que siendo usted el autor del artículo publicado en «La Vida Moderna» contra Su Excelencia, el Delegado Apostólico y habiendo recaido sobre su persona excomunión mayor, no puede tenerlo más tiempo en su casa, por lo que le ordena cambiar de domicilio en el término de un día. Añade que espera no tener el desagrado de volverlo a ver en su vida.

Gaspar, que había ido palideciendo a medida que hablaba el inválido coronel, quedó un instante silencioso. Después de reflexionar un momento, repuso:

—Ya me temía esto don Anselmo. Mi tía padrá ser muy católica, pero es muy mala. En esta casa ejerce un dominio despótico que bien podía yo no respetar, puesto que siendo Silva, tengo tanto derecho a ocupar una parte de la casa como esa caritativa señora. Voy a irme. Hace tiempo que pensaba abandonar esta residencia, en la que no vivo por vinculaciones de familia, según la opinión de mi tía, sino gracias a los sentimientos caritativos de esa señora, que se gasta una fortuna en engordar al Delegado Apostólico y que se dispone a dejarme morir de hambre y de frío.

Dígale Ud. a mi señora tía, don Anselmo, que será obedecida. Esta tarde misma buscaré habitaciones en otra parte .Afortunadamente, tengo un empleo que me permitirá vivir a despecho de tan excelente señora.

Exprésele que, por lo que me toca, nada me se-

© Biblioteca Nacional de España

rá tan agradable como la probabilidad de librarme de su despotismo estúpido.

—Señor don Gaspar, crea usted que siento profundamente estos sucesos y que es a pesar mío que doy este paso.

—Ya lo sé don Anselmo.

—Servidor de usted, señor don Gaspar. ¿Si en algo puedo serle útil?

—Gracias, coronel, no se moleste más por mí.

—Buenos días señor don Gaspar.

—Adiós coronel.

Eran las diez de la mañana. El joven pensó que no había tiempo que perder, salió a la calle, compró un diario y buscó la página de avisos, en la que recorrió con la vista la sección de anuncios de casas y cuartos de alquiler. Señaló dos y se encaminó a las direcciones indicadas. Eran cuartuchos miserables por los que pedían cánon carísimo para él. No le quedaría lo preciso para comer. Comenzó a desalentarse. Revisó otros diarios y otros avisos y fué a ver nuevas habitaciones. Siempre lo mismo. Los más sórdidos locales tenían cánones subidos. El alquiler más módico lo halló en un cuartito de tercer piso, especie de bohardilla, con techo bajísimo y con vistas a un tejado. No obstante era alegre y claro. Pagado el arriendo le quedaría poco dinero para comer y vestirse. Buscaré un trabajo suplementario, se dijo.

Todo su tiempo quedaría ocupado. Tendría que despedirse de sus dulces lecturas de poetas y novelistas, de las sabrosas pláticas de filósofos y de

© Biblioteca Nacional de España

las tesis eruditas de jurisconsultos y de tratadistas de derecho. Apenas si tendría pequeños ocios para ellos.

Había que tomar la cosa con filosofía. Cerró el trato por el cuartucho del tejado.

A más de las doce del día dirigióse a un restaurant barato y almorzó. Al pagar hizo el balance de sus fondos. Le quedaba muy poco hasta el fin de mes. Estaba en quiebra. Vería si algún amigo le hacía un préstamo.

A la hora de costumbre encaminóse a la actuaría. Apenas llegó a su oficina, hízolo llamar el juez. Subió. Esperábalo éste de pie. Invitóle asiento, examinándolo severamente al través de sus lentes y dijo con calma, marcando las palabras:

—Señor Silva, tengo el sentimiento de manifestarle que, por orden superior, queda usted destituido de su cargo de actuario. Por mi parte lamento esta medida tomada por sus censurables ataques a la santa madre Iglesia. Ahora mismo se servirá usted preparar la entrega del archivo de la oficina a su sucesor, que se halla citado para la una y media. Buenas tardes, señor Silva. Lo dicho.

El viejo, cuya calva cubría una gorra de gamuza, volvió a la lectura de su expediente, mientras Gaspar, que al recibir tal notificación, sentía un escalofrío correrle de la cabeza a los pies, abandonaba el juzgado.

Estuvo a punto de caer desfallecido cuando entró en la que había sido su oficina. Le cortaban los últimos recursos, el único medio de vida que le quedaba.

© Biblioteca Nacional de España

En tanta maldad descubría la mano de su tía, influyente y vengativa.

Con esfuerzo calmó sus nervios, puso en orden sus ideas y cuando llegó el jurista que debía reemplazarlo, entrególe la actuaría, conforme a inventario.

A las cinco de la tarde, fatigado y con el espíritu lleno de tristeza y de malos presentimientos, dejó el palacio de justicia y se dirigió a casa de Arenales. Quería contar a su amigo lo que le pasaba y pedirle consejo. Su confusión era tal que no atinaba a reflexionar. Sentíase ofuscado, torpe, desorientado.

Arenales no estaba en casa. Gaspar tuvo que hacer un largo rodeo para dar tiempo a que su amigo regresase. Se encaminó hacia un paseo público y sentado en un banco, con la mirada perdida en la inmensidad del cielo y en la melancólica placidez del paisaje, pensó en su desgraciado destino.

La exitación nerviosa de que se sentía poséido cedía a una dulce voluptuosidad morbosa del sufrimiento. Largos suspiros hincharon su pecho y un golpe de lágrimas anubló sus ojos. Enjugólas y se ordenó a sí mismo valor.

Fué de nuevo en busca de Arenales y esta segunda vez estuvo más feliz. Hallólo ajeno a los acontecimientos e ignorante de lo que pasaba a su amigo.

Cuando Gaspar acabó de contarle las últimas ocurrencias, exclamó indignado:

—Es increible chico. ¡Qué perversidad de señora! Esta noche nos vamos a comer juntos y mañana nos echamos a la calle para buscarte un empleo. Yo te ayudo. ¡Cuánto fanatismo y estupidez existen

© Biblioteca Nacional de España

todavía en este país! ¡Tranquilízate! Ya arreglaremos algo.

Salieron ambos. En la plaza principal encontraron a Gálvez y a Quiroz. Juntos se dirigieron a un restaurant.

Durante la comida forjaron planes para la consecución del empleo que debía ocupar Gaspar.

—Yo opino que, aunque tengas que trasladarte a La Paz, te convendría el cargo de redactor en cualquiera de las Cámaras,—dijo Arenales.—Es un puesto difícil y exige indiscutible competencia en quien lo desempeñe. Tú con las cualidades indiscutibles que posees, serías un redactor excelente.

—¿Lo crees así?

—Es claro. El sueldo es regular. Te alcanzaría para vivir con decencia.

—Sí, pero para obtener el nombramiento de redactor se necesitan influencias de que yo carezco,—repuso Gaspar.

—Es cierto,—afirmó Gálvez.—Creo que no tienes ningún pariente senador o diputado.

—Ninguno.

—¿Conoces al oficial mayor de cualquiera de las Cámaras?—interrogó Arenales.

—No, y ¿ustedes?

—Tampoco.

—Además de la dificultad proveniente de mi falta de relaciones y de las antipatías que mi actitud ha despertado, las Cámaras se reunirán recién en Agosto. Hasta entonces faltan dos meses y no tendré más recurso que morirme de hambre,—observó Gaspar.

© Biblioteca Nacional de España

—No exageres hombre.

—No digo más que lo que es.

—Y ¿una auxiliatura de Ministerio?

—Fuera de que tienen poquísimo sueldo están ocupados por los hijos, sobrinos y ahijados de los ministros,—contestó Gaspar.

Arenales había pedido una botella de vino de Burdeos y llenado la copa de aquél, diciéndole:—Bebe un poco. El vino tonifica el cuerpo y reconforta el espíritu.

—Conságrate a la diplomacia—decía Quiroz a Gaspar, sonriendo—Sigues la carrera y un buen día te nombran ministro ante la Santa Sede.

—Lo mejor, lo más seguro para tí es un puesto de amanuense en el bufete de un abogado,—opinó Gálvez.—Para eso no necesitarás sino competencia, que la tienes de sobra.

—¡*Eureka!*—exclamó Arenales.—Esta es la resolución del problema. Mañana mismo te buscaremos la plaza de pendolista. Ahora, olvidemos todas estas dificultades y malos ratos y alegrémonos. Yo adoro el optimismo sano de la época que se abre campo entre esceptisismos rancios y fatalismos pasados de moda. La vida es un regio presente. Hay que vivirla. Cantemos con los hermanos Quintero la alegría de vivir.

Gaspar sonrió tristemente.

A la botella de Burdeos, en breve concluida, sucedió otra. Como siempre que bebían el vino les había soltado la lengua. Hablaban a un tiempo, discutían. Arenales a la hora del café pidió cigarros puros y pagó la cuenta. Fueron después a

© Biblioteca Nacional de España

conversar a una salita reservada en que había un piano. Quiroz ejecutó algunos motivos de música ligera. De pronto, abandonó el instrumento, exclamando:—Distraigamos a Gaspar. Vamos en busca de hembras.

Gaspar rehusó.

—Vamos chico,—gritó Arenales.—Déjate de romanticismos. El amor material es el único verdadero. Vive la vida. Vamos en busca de hembras.

Gálvez apoyó entusiasta a sus amigos y los tres se encaminaron a un próstibulo.

Allí bebieron nuevamente vino y cerveza hasta embriagarse. En estado de semiconciencia Gaspar percibía música de piano y guitarra, palmas, cuecas frenéticas bailadas por hombres y mujeres beodos, valses canallescos, palabrotas.

Una mujer pálida, ofreciósele entre besos y lo condujo a un lecho grande, en un cuarto lleno de oleografías, de retratos, de espejos, de flores.....

Aquella hembra se apoderó de su escaso dinero, dejándolo sin un céntimo.

A las dos de la mañana, con el cerebro velado aún por los vapores del vino, solo y más triste, más desesperado que nunca, tomó el camino del «convento verde».

Una vez en sus habitaciones, sus pesares adquirieron en su imaginación proporciones fantásticas. Las desgracias que lo afligían parecíanle inrremediables. La pasión por su prima ponía una trágica sombra en su alma.

Amaba a Carmencita poseída por otro, con intensidad mayor que nunca, con amor doloroso agi-

© Biblioteca Nacional de España

gantado por los celos, sintiendo aún en los labios el dejo amargo de los besos comprados.

Pensó en escribir una carta a su amada, la última y desistió enseguida. ¿Comprendería ella la profundidad de su dolor? Para su prima, sólo había en el mundo un amor que desear, el de Luque. Todo lo demás que no fuese la afección del macho que la había poseído, importábala poco. No valía la pena de escribir a Carmencita.

Recordó a su madre muerta, su pobre madre a la que no había llegado a conocer y de cuyos besos no conservaba ni la memoria ni el sabor.

Con lágrimas en los ojos evocó la memoria de su padre, dipsómano, envilecido por el alcohol, que nutriera grande afecto por él, y, como una amenaza diabólica se precisó en su espíritu el peligro de la herencia.

Se sentía borracho. Sería fatalmente como su progenitor, alcóholico, dipsómano.

Una idea súbita y siniestra se produjo en su espíritu y lo estremeció. El suicidio se le presentaba como la salvación.

Al día siguiente tendría que dejar esas habitaciones y la casa en que nació y vivió. Se vería en la calle, abandonado de todos.

Estaba cierto de no encontrar empleo. Eran el hambre y la vergüenza que se acercaban. Sus amigos buenos, pero egoístas, amaban la dicha, la alegría. Se avergonzarían de él y acabarían por evitar su presencia.

La noble sangre de los Silva que llevaba en las

© Biblioteca Nacional de España

venas, se sublevaba contra la ignominia. Más valía la muerte.

Llorando a sollozos, poseído de angustia y congoja indescriptibles, escribió algunas líneas a sus amigos Gálvez y Arenales.

Un poco más sereno, después de haber deshogado su desesperación en esa carta empapada de lágrimas, cargó con calma el grueso revólver que le dejara su padre. Llevó el arma a la sien, cerró los ojos.... Un supremo esfuerzo.....y una detonación seca y fuerte estremeció el estudio de Gaspar, que cayó con el cráneo destrozado por el proyectil.

© Biblioteca Nacional de España

IV

Al día siguiente doña Dorotea supo la desgracia por boca de la servidumbre, pues la noche del suceso, el estámpido del arma de que se sirviera Gaspar para matarse, ahogado dentro del cuarto cuyas ventanas y puertas estaban cerradas, no alcanzó a despertar a los habitantes del «convento verde». Fué la criada que le llevaba desayuno, quien aterrorizada, esparció la siniestra noticia en la casa.

Al enterarse de la desgracia, la beata señora tuvo un paroxismo de cólera contra el sobrino, que acababa de suicidarse en la misma morada en que se encontraba el representante del Sumo Pontífice. ¡Qué contratiempo tan grande para ella! ¡Qué malos recuerdos de su hospitalidad cristiana llevaría Su Eminencia!.

Ni un remordimiento cruzó su espíritu por haber echado á la calle sin recursos a su sobrino y por haber influido para que lo destituyeran de su empleo. Creía haber cumplido su deber como buena católica.

Su solo deseo en ese momento fué librarse del cadáver sacrílego. No se dignó siquiera ver al muerto.

© Biblioteca Nacional de España

Sabíale a pecado el mirar el cuerpo de un individuo cuya alma debía hallarse en el infierno. Sentía odio contra la memoria de Gaspar.

Carmencita al saber la mala nueva descendió despavorida a las habitaciones de su primo. Viendo el cadáver tendido en el suelo, la terrible realidad conmovióla profundamente. Prorrumpió en sollozos, cogió entre sus brazos el cuerpo inerte de Gaspar y contemplando su cara lívida, en un impulso de piedad y ternura, lo besó en los labios pálidos y fríos.

En su sentimiento no se proyectó la sospecha de que el amor por ella, hubiese contribuido poderosamente para determinar ese drama

Ahogada por los sollozos, huyó al escuchar voces que se aproximaban.

Eran los agentes de la justicia: un representante del Ministerio público, un juez instructor, un médico legista.

Verificóse que el tiro había partido chamuscando los cabellos de lo sien derecha; que el orificio de entrada del proyectíl era pequeño y que éste había salido por el extremo opuesto, destrozando el cráneo del suicida y perforando la pared de la habitación a la altura de un metro noventa centímetros; que alrededor del orificio de entrada la pólvora se había incrustado en la piel, lo que comprobaba que el disparo había sido próximo. El revólver de que se sirviera Gaspar yacía a su lado.

Efectuada una inspección en las habitaciones del difunto, constatóse la existencia de una carta cerra-

© Biblioteca Nacional de España

da, cuyo sobrecristo se hallaba rotulado a Ramón Arenales y Federico Gálvez.

Terminada su misión, las autoridades judiciales iban a retirarse, llevando consigo el cuerpo del delito, cuando llegaron los dos íntimos amigos de Gaspar que habían recibido la noticia de la desgracia y que venían hablando acaloradamente. Entregóseles la carta que abrieron allí mismo, por órden del agente fiscal.

La carta decía:

«*Mis queridos amigos:*

«*Muero porque estoy cansado de vivir una vida mezquina, opaca, incompleta, bajo la tiranía de una parienta fanática y perversa; porque creí en el amor que han cantado los poetas de todos los siglos, divina mentira. Solo el amor material es cierto. La mujer que amaba se ha entregado a un rufián*».

«*Me faltan medios de vida Tuve el valor y la sinceridad de decir lo que pensaba y por eso se me ha arrojado a la calle y un juez estúpido, rutinario y beato, me ha destituido de mi empleo*».

«*Ante la amenaza del hambre, de la ignominia; pobre, sin recursos, sin amor que ilumine mi miseria, sin ilusiones qee alegren mi juventud, sin otro porvenir que el proletariado del funcionalismo público; convencido de que nací paria como otros nacen príncipes, por injusticia del destino tan arbitrario y cruel como las instituciones creadas por el hombre, renuncio a esa existencia precaria y a esa pobreza vergonzosa, hago dimisión de la vida y..... .....muero. ¡Adios!*

Los asistentes escucharon la lectura de la carta con lágrimas en los ojos.

© Biblioteca Nacional de España

Aquella misiva escrita por Gaspar, cuya letra, no obtante la nerviosidad de los trazos, reconocieron los destinatarios, constituía la última e irrefragable prueba del suicidio.

Los amigos de Gaspar obtuvieron permiso para trasladar el cadáver de éste a la casa de Gálvez. Doña Dorotea aceptó de buen grado tal proposición. No quería tener ni una hora más al réprobo, bajo su techo.

En la casa de Gálvez arreglóse una capilla ardiente, en la cual los alumnos de las facultades de Derecho y Medicina velaron el cadáver durante la noche y la que visitaron en silenciosa romería de confraternidad en ideales y sentimientos.

El entierro fué grandioso. Más de doscientos estudiantes acompañaron el féretro, en dos columnas, marchando sombríos, casi militarmente, soñando una revolución social, deteniendo su paso en cada esquina para escuchar fogosos discursos pronunciados por uno de sus camaradas.

Sánchez, en pomposa oración fúnebre que parecía una arenga y un desafío, llamó a Gaspar, mártir de los prejuicios sociales, víctima del obscurantismo, héroe sucumbido en la gran batalla de las ideas modernas con las estratificadas superticiones seculares.

Sobre el féretro modesto, sus compañeros de aulas juraron con la cabeza descubierta y la mano derecha extendida, vengarlo y luchar con energía por el triunfo de los grandes ideales, siguiendo el memorable ejemplo del glorioso combatiente, cuyos restos mortales acompañaban al cementerio.

Un centenar de guirnaldas de flores frescas en-

© Biblioteca Nacional de España

brió el ataúd barato en que yacía el cadáver del estudiante y la apoteósis de sus funerales terminó en el cementerio, delante del nicho en cuyo tenebroso hueco debía hundirse la caja mortuoria.

Allí, cuando él crepúsculo de invierno cantaba su elegía roja sobre el cielo azul pálido, un músico del regimiento 2º de caballería, al que perteneciera Gaspar, llevándose el clarín de guerra a la boca, dejó escuchar el doliente toque de silencio que se expandió vibrante y triste y ante cuyos sones agudos y largos los circunstantes, destocados y silenciosos, tuvieron la sensación de los adioses supremos.

© Biblioteca Nacional de España

V

Transcurrida una semana de la muerte de Gaspar, Monseñor Dal Verne bendijo el matrimonio de Carmencita en el oratorio de la casa de Silva.

En el "convento verde" no se llevó luto por el fallecimiento del infortunado estudiante, al que doña Dorotea presentaba como a pariente lejano. Sólo Carmencita vistió de negro hasta el día de su boda.

Cuando delante del altar del oratorio, los contrayentes pronunciaron el sí que debía ligarlos en la vida con vínculo indisoluble, la novia, radiante de felicidad, miraba amorosamente a su esposo y éste, gallardo y altivo, sonriendo interiormente a su victoria, paseaba sus ojos de vencedor por la asistencia, al mismo tiempo que acariciaba con fruición la idea de la fortuna que había cogido con sus malas artes.

Entre los pocos invitados hallábanse Alcira de Sepúlveda y Rosita Vásquez, que cuchiceaban socarronamente mirando a la pareja.

—Cualquiera al ver a la novia,—decía la primera,—creería que es un angel de pureza. ¡Qué aire de candidez el de la pequeña!

© Biblioteca Nacional de España

—¿Es cierto que los sorprendieron en la cama? ¡Tú sabes! ¡Habla Rosita!

—O poco menos,—respondió la segunda.—Lo que sé es que fué un escándalo tremendo. No hubiera creído a Carmencita capaz de tanto.

—Estas moscas muertas son las peores, hija,—murmuró por lo bajo la de Sepúlveda.—Casi siempre se casan después de haber saboreado la fruta prohibida.

Cuando terminó la ceremonia los circunstantes bebieron champagne y tomaron sorbetes con golosinas.

Al darle el abrazo de despedida, Alcira besó a Carmencita en ambas mejillas deseándole eterna luna de miel y luego dejó un ósculo largo en el rubí de la esposa que ceñía el dedo anular de la pletórica y velluda mano que acercó a sus labios el Delegado Apostólico.

Un año más tarde, muerta doña Dorotea, cuya fortuna heredaron, vendidas todas las propiedades, partía el matrimonio para España. Luque hallábase convertido en uno de esos indianos que regresan a la Península a hacer ostentación de su riqueza y que contribuyen a mantener la misteriosa atracción de esa América lejana, en la que se conquistan fortunas con tanta rapidez y facilidad.

Había engordado. Su esbeltez de barbilindo dejó paso a un regular abdomen de burgués satisfecho. Lucía grueso brillante en el dedo anular de la mano derecha y una perla valiosa en el alfiler de la corbata.

Su estudiada cortesía hacia la que era su espo-

© Biblioteca Nacional de España

sa había desaparecido. Los hábitos del caften antiguo daban a su voz y a sus actitudes acritud e insolencia, que estremecían y atemorizaban a la mujer dominada y tímida, la cual, por un raro fenómeno de psicología, sentía crecer su amor y admiración por el marido, a medida que aumentaba el despotismo de éste.

Se embarcaron para Europa en el puerto de Antofagasta una linda mañana llena de azul de cielo, de blancuras de espuma, vuelos de gaviotas y manchas rosadas de nubes

El padre Sierra, el buen protector, los despidió a bordo.

- Juan que te llevas la dicha.

—Si padre, no me quejo y a usted se la debo.

—¡Adiós! ¡Que sean felices!

Y cuando el vapor partió despedido por un centenar de pañuelos que se agitaban temblorosos, el jesuita no pudo menos que decir, traduciendo en voz alta su pensamiento, con la profunda convicción del hombre experimentado:

— *Audaces fortuna juvat.*

© Biblioteca Nacional de España

Principales erratas notadas

Página	21	dice	Córdova	léase Córdoba
"	39	"	bándido	" bandido
"	41	"	que me abraza	" que me abrasa
"	53	"	desendientes	" descendientes
"	54	"	zanganos	" záuganos
"	55	"	veinse	" veíase
"	55	"	fuecias	" fuesias
"	56	"	al caminarse	" al caminar
"	56	"	construída de un flanco	" construída en un flanco
"	60	"	A raz del suelo	" A ras del suelo
"	67	"	poseido	" prescido
"	62	"	inata	" Inmata
"	72	"	farajidos	" forajidos
"	104	"	confedonario	" confesionario
"	116	"	absudas	" absurdas
"	138	"	ésta que interiormente	" Esta que interiormente
"	168	"	se habría *callndamente*	" se abría *calladamente*

© Biblioteca Nacional de España